

LO PÚBLICO EN EL UMBRAL

Los espacios y los tiempos,
los territorios y los medios

Editores

Mariano Fernández
Matías David López

Director

Carlos Giordano

Coordinadores Editoriales

Paula Porta, Bianca Racioppe
y Lucas Díaz Ledesma

 **EPC**
de Periodismo y Comunicación

 **ii com**
Instituto de Investigaciones
en Comunicación

LO PÚBLICO EN EL UMBRAL

LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS,
LOS TERRITORIOS Y LOS MEDIOS

LO PÚBLICO EN EL UMBRAL

LOS ESPACIOS Y LOS TIEMPOS,
LOS TERRITORIOS Y LOS MEDIOS

Editores

Mariano Fernández y Matías David López

Director

Carlos Giordano

Coordinadores editoriales

Paula Porta, Bianca Racioppe y Lucas Díaz Ledesma



Lo público en el umbral : los espacios y los tiempos, los territorios y los medios /
Mariano Fernández ... [et.al.] ; dirigido por Carlos J. Giordano ; edición
literaria a cargo de Mariano Fernández Alt y Matías David López. - 1a ed. -
La Plata : Universidad Nacional de La Plata, 2013.
E-Book.

ISBN 978-950-34-1045-5

1. Ciencias de la Comunicación. I. Fernández, Mariano II. Giordano, Carlos J. ,
dir. III. Fernández Alt, Mariano, ed. lit. IV. López, Matías David , ed. lit.
CDD 302.2

Diseño de tapa e interior: Jorgelina Arrien

Los artículos incluidos en esta compilación fueron sometidos a referato.
Convocatoria inicial a cargo de Paula Porta y Verónica Vidarte Asorey


Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

Derechos Reservados
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Primera edición, noviembre 2013
ISBN 978-950-34-1045-5
Hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Se permite el uso con fines académicos y pedagógicos citando la fuente
y a los autores.
Su infracción está penada por las Leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Por *Mariano Fernández y Matías David López* 6

PRESENTACIÓN

Discutir el Espacio de Lo Público

Por *Nora Rabotnikof* 13

CAPÍTULO I

Lo público como lugar practicado.

Regulaciones sociales, temporalidades colectivas
y apropiación diferencial de la ciudad

Por *Ramiro Segura* 18

CAPÍTULO II

La problemática de la “masa” en la mediatización actual,

Por *Sandra Valdetaro* 47

CAPÍTULO III

Post-neoliberalismo, corporativismo y conflictos políticos:
notas acerca del espacio público en Argentina y Ecuador

Por *Soledad Stoessel* 67

CAPÍTULO IV

El acceso a lo público. Agendas, espacios-tiempos
mediáticos y transformaciones de los dispositivos

Por *Gastón Cingolani* 90

CAPÍTULO V	
Tiempo, distancia e intermediación en el espacio público mediatizado	
Por <i>Mariano Fernández</i>	115
CAPÍTULO VI	
Primeras aproximaciones a la esfera pública virtual	
Por <i>Mariano Vázquez</i>	138
CAPÍTULO VII	
Público, privado, íntimo: las tramas de la vida social	
Por <i>Vanina Papalini</i>	164
CAPÍTULO VIII	
Lugares de vida. Nueva escena de espacios culturales emergentes de exhibición en la ciudad de La Plata	
Por <i>Matías David López</i>	189
SOBRE LOS AUTORES	219

PRÓLOGO

Por *Mariano Fernández y Matías David López*

Hemos concebido este trabajo bajo el impulso de la convocatoria que, en 2012, abrió el Instituto de Investigaciones en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Desde el principio, nos propusimos dos objetivos que tal vez hayan resultado complementarios.

Por un lado, quisimos promover una reflexión que asumiera como objeto de análisis la temporalidad, objeto que no por difícil de aprehender es menos constitutivo de aquello que, tradicionalmente, concebimos como “espacio” público. Al mismo tiempo, nos interesaba tomar como punto de partida la inestabilidad del estatuto de lo público, tensionado, como está, por la yuxtaposición entre las experiencias mediatizadas y no mediatizadas de la vida colectiva y por el debilitamiento de las perspectivas tradicionales, particularmente aquellas orientadas por pretensiones normativas. Nos interesaba revisar sus manifestaciones presentes sin necesidad de ponderarlas por sus distancias con un ideal estilizado.

De allí, también, el énfasis sobre la mediatización, pero evitando ciertos lugares comunes, casi consuetudinarios, de la crí-

tica a los efectos de las tecnologías mediáticas sobre el espacio público. Si la mediatización le ha hurtado al concepto de “espacio” público un referente preciso, también ha colaborado con la anulación de los límites (físicos, normativos, deseables, implícitos) de lo que puede ingresar a lo público, producirse en él; o de cualquiera de las condiciones que adquieran las propiedades que, según propone Rabotnikof, pueden sintetizar la semántica de lo público desde sus orígenes: lo visible, lo abierto y lo común.

A su vez, el espacio público, como imaginario, está genéticamente ligado a la organización política de la comunidad y, quizás por eso, se nos impone con la potencia de una tradición de pensamiento que le ha dado densidad normativa: lo público es un gran depósito de ideales y expectativas. No conviene renunciar sin más a ese horizonte, que también funciona como una potente arma de crítica. Sin embargo, no parece posible, en la actualidad, sostener la equivalencia entre público y político.

Como se ve, no podemos decir que nos moviera una hipótesis clara; era más bien una intuición (sobre las formas de ese desplazamiento de lo público entre el mundo no mediático y el de la mediatización; y entre los imaginarios espaciales y la temporalidad de la experiencia social). Intuición estimulada, a su vez, por una incomodidad que nos negamos a ahuyentar con prejuicios teóricos o simplemente, con prejuicios a secas: nos incomodaba, precisamente, la dificultad para nombrar eso que no sin titubeos identificamos como umbral.

Podemos confesarlo sin rubor: todavía nos debemos una definición precisa sobre el umbral. En nuestra intuición inicial el umbral remitía a un imaginario espacio-temporal: un intermedio de entrada/salida en el cual también se puede permanecer, aunque no indefinidamente, y en el que quedan los rastros del pasaje entre un polo y el otro. Es decir: el umbral como respuesta a la pregunta sobre el estatus, la entidad, la localización, la

duración, la emergencia o la dilución de lo público. El umbral – entendemos- es el presente, pero no como mera actualidad sino como historicidad hecha de rupturas, trozos, continuidades, pasajes. Preguntas, reflexiones y respuestas, siempre inquietas, por el presente. Probablemente, en la lectura acumulada del conjunto de artículos aquí reunidos termine por ofrecer un principio de definición. O no. Como se sabe, a veces no es posible corresponder con respuestas apuradas a las preguntas urgentes.

En cualquier caso, esta fue la sospecha que nos movilizó: que los espacios y los tiempos, en los territorios y en los medios, guardan lógicas específicas pero están sometidos también a pasajes internos (entre territorios, entre medios) y externos (entre territorios y medios). En esos umbrales se puede apreciar el devenir de vidas individuales y colectivas; allí se suceden experiencias comunes y se construyen subjetividades o se pugna por construirlas; allí, también, se producen conflictos, apoderamientos y expropiaciones, imposiciones y resistencias. La intención de este libro es indagar en esos umbrales para aprehender estas dimensiones yuxtapuestas, imbricadas, en tensión, de lo público en el espacio y en el tiempo.

El otro objetivo se vinculaba con los autores a los que haríamos extensiva la invitación a participar de la propuesta. Nos pareció una opción justa y estimulante integrar investigadores con trayectoria e investigadores en formación, pero lo hicimos siguiendo un criterio preciso: que el espectro de invitados abarcara perspectivas, y por lo tanto preguntas, categorías, problemáticas e incluso lenguajes diversos. Es que como objeto de la reflexión intelectual, el espacio público nos resulta un fenómeno desbordante. Desborda las perspectivas, los conceptos y también los referentes.

Expuestos los objetivos, debemos decir que nos gustaría que este libro se insertara en un campo de discusión abierto y plural,

que lograra estimular en el espacio académico algunos debates y relevar problemas y líneas de indagación en curso. Y por qué no, que aportara materiales y reflexiones para, en perspectiva, abrir nuevos espacios sobre los temas y problemáticas que aquí nos convocan.

El modo en que está organizado el trabajo no guarda una lógica sucesiva o de afinidad temática. La lectura, por lo tanto, puede hacerse de manera aleatoria, según las preferencias del posible lector. Aún así, una breve, mínima, presentación de los artículos que componen este volumen es tal vez necesaria.

El primer artículo, escrito por Ramiro Segura, se titula Lo público como lugar practicado. Regulaciones sociales, temporalidades colectivas y apropiación diferencial de la ciudad. Partiendo de un postulado general (lo público es la puesta en práctica, contingente, de un lugar) y de una posición teórico-política (la necesidad de no idealizar el espacio público, y al mismo tiempo, de conservarlo como una herramienta de crítica del presente) Segura indaga en las experiencias urbanas, desplazamientos, interacciones de los habitantes residentes en un barrio de la periferia (el autor habla de “espacios segregados”) de la ciudad de La Plata.

La problemática de la “masa” en la mediatización actual, escrito por Sandra Valdetaro, es el segundo artículo del libro. La autora interroga algunos fenómenos contemporáneos de rebeliones políticas (por caso, la denominada “Primavera árabe”), en los que la intervención sobre el espacio público está precedida o articulada con intercambios en las redes sociales, recurriendo a la descuidada noción de “masa”. Volviendo sobre un clásico libro de Elías Canetti, Valdetaro propone una definición según la cual la “masa” es un “dispositivo de contacto” que se caracteriza por “inversión del temor a ser tocado”. Y aún más: la “masa”

opera como una “red política” en la que se anudan los cuerpos reales y la digitalización, uno de cuyos efectos es la producción de un nuevo “espacio-público político”.

En Post-neoliberalismo, corporativismo y conflictos políticos: notas acerca del espacio público en Argentina y Ecuador, Soledad Stoessel propone una reflexión sobre el efecto que la intervención de actores corporativos produce sobre el espacio público, que funciona, simultáneamente, como superficie de inscripción de demandas y como recurso de legitimación. El trabajo se basa en un estudio comparativo de dos conflictos recientes en Argentina y Ecuador. En el primer caso, la autora estudia las lógicas corporativas de la Mesa de Enlace durante el llamado “conflicto del campo” en el año 2008; en el segundo, el motín policial, acompañado por sectores de las Fuerzas Armadas, que en septiembre de 2010 se opuso al gobierno de Rafael Correa a raíz de la aprobación de la Ley Orgánica de Servicio Público.

En el cuarto capítulo, titulado El acceso a lo público. Agendas, espacios-tiempos mediáticos y transformaciones de los dispositivos, Gastón Cingolani, entiende a la mediatización como un modo de administrar y disponer espacios y tiempos que soportan la arquitectura de lo que será finalmente la sustancia de lo público. La mediatización estará entonces en la constitución misma de lo público. A partir de retomar de una forma renovada la noción de “agenda”, el autor afirmará que es el nombre de estrategias de disposición de temas en los medios y un tejido de reenvíos, para desde ahí analizar la transformación en el sistema de medios periodísticos y se interrogará, sobre el final, por las nuevas trayectorias mediáticas dadas por “la red”.

Bajo el título Tiempo, distancia e intermediación en el espacio público mediatizado, Mariano Fernández continúa indagando sobre la mediatización entendida como proceso histórico, tanto en un despliegue diacrónico como sincrónico, y atiende al víncu-

lo que tiene con la conformación de la esfera pública moderna. El autor se interroga sobre ¿qué es el espacio público mediatizado? en las formas contemporáneas de sociabilidad, constituidas por características diferentes a las que marcaron las formas burguesas, que fueron explicadas por los análisis clásicos sobre el espacio público. Lo que le interesa señalar es que lo que resulta “mediatizado” no es una sustancia sino una relación de intercambio discursivo, por lo que no es tan solo un lugar físico. Así, la mediatización afecta las condiciones productivas del sentido allí donde éstas implican una ruptura de escala espacio-temporal por la presencia de dispositivos tecnológicos de comunicación.

El sexto capítulo del libro se titula Primeras aproximaciones a la esfera pública virtual. Allí Mariano Vázquez busca delinear las características del modelo analítico de la “esfera pública virtual”, construido desde una revisión crítica de la teoría de la esfera pública y de la perspectiva que entiende a las nuevas tecnologías como “artefacto cultural” y que a la vez pone el foco en la “interactividad virtual”. El autor concluye que la esfera pública virtual se erige como un espacio social de disensos, de conflictos y desacuerdos donde distintos actores se posicionarán de acuerdo a sus intereses y sus estrategias, donde las relaciones asimétricas pueden convertirse en un elemento distintivo.

El anteúltimo capítulo, escrito por Vanina Papalini, tiene por título Público, privado, íntimo: las tramas de la vida social. En él la autora se interroga sobre la configuración histórica que opone y complementa en las sociedades modernas a la esfera privada de la dimensión privada. Según Papalini esta división entre las esferas no es “natural” ni tan nítida como se presupone. Su análisis busca argumentar que los procesos culturales contemporáneos colaboran en borrar esta distinción; proponiendo que las emociones se hacen visibles y audibles, constituyendo una justificación y una motivación válidas en el seno de la vida en común.

El libro se cierra con el trabajo titulado Lugares de vida. Nueva escena de espacios culturales emergentes de exhibición en la ciudad de La Plata, escrito por Matías David López. El punto de partida del artículo es la emergencia de “espacios culturales de exhibición” (galerías de arte, centros culturales, colectivos de reflexión sobre la curaduría y organización de muestras) a propósito de los cuales el autor se pregunta si constituyen un “nuevo escenario cultural”. Ese interrogante de partida está anudado con otros que López va desplegando a partir de entrevistas a los impulsores y gestores de estos espacios: ¿se trata de una nueva “elite cultural”? ¿Son nuevos “lugares de vida” en los que se producen y dinamizan las “batallas de ideas” y se disputan posiciones en el campo cultural? ¿Cómo se relacionan estos espacios con los actores políticos con capacidad de direccionar políticas culturales? Preguntas clásicas para un fenómeno novedoso, que reinstala en el espacio público de la ciudad las apuestas y visiones ligadas a la autogestión, la independencia y lo emergente en la producción cultural.

Nos resta, por último, agradecer a todos los autores por su inmediato interés y predisposición en participar de este volumen y por sus valiosos aportes para que esta apuesta –intencionada, reflexiva y múltiple- se llevara adelante. Queremos también agradecer a Nora Rabotnikof por la prestancia generosa con que respondió a nuestra invitación a realizar el comentario de apertura y por las precisas reflexiones que luego nos envió y que son la puerta de entrada a los textos que siguen; para nosotros es un orgullo que sea ella quien dé el puntapié inicial a este libro. Finalmente, queremos agradecer a las autoridades del IICOM por la aceptación de publicar esta propuesta y por la ardua tarea emprendida para que este e-book se concrete.

PRESENTACIÓN

Discutir el Espacio de Lo Público

Por Nora Robotnikof

Las concepciones normativas clásicas del espacio público condensaban experiencias (los espacios de sociabilidad urbanos, clubes y asociaciones, cafés y salones, cines y teatros, la imagen estilizada de la discusión parlamentaria, las interacciones callejeras) históricamente preñadas con expectativas de futuro más o menos distantes en el tiempo. La apuesta por la articulación política era fuerte: enlazar los circuitos políticos decisionales con redes de comunicación difusa, desde los espacios de interacción familiares o vecinales hasta el sistema político y jurídico, para reducir razonablemente la contingencia de lo jurídico y políticamente posible o, en un sentido más fuerte, para asentar las decisiones vinculantes en una voluntad colectiva racionalmente alcanzada. Esa voluntad podía volverse más fluida y moverse a través de circuitos de comunicación difusos, aunque mapeables. En las versiones más cercanas a nuestros días, ese espacio público no aparecía como el lugar de un sujeto soberano constituido, sino justamente como escenario de una pluralidad de voces, que, en un acceso reconocidamente desigual, pugnaban por aparecer y ser reconocidas.

Es posible que, aunque desde la sociología se cuestionara la imagen de la sociedad como sujeto colectivo capaz de actuar como un sujeto individual y se proclamara el advenimiento de la sociedad sin centro, y aunque desde la teoría política se cuestionara el estado y la soberanía, todavía subsistiera, aun en su versiones más actualizadas, una cierta idea de Estado, de sociedad y de centro. Probablemente a su dimensión espacial, que llegó a ampliarse a lo global, le costó incorporar archipiélagos, barriadas, marginalización, coexistencia de órdenes y lógicas diferentes que, al principio, solo pudieron ser tipificadas como desorden o caos, y después, glorificadas como nutrientes de nuevas vocaciones utópicas.

Estas imágenes clásicas y modernas operaban sobre un espacio reticular y con un tiempo propio. El viejo tiempo escandido entre pasado, presente y futuro. No es tanto que el tiempo fuera lo impensado del espacio o de la esfera pública. Por el contrario, esa imagen descansaba sobre una temporalidad (régimen de historicidad dirían algunos historiadores) específicamente modernos. La esfera pública moderna, se afirmaba, podía procesar las narrativas del pasado, ya sea que refirieran a tradiciones asentadas o a experiencias comunes y apropiarlas de manera colectiva, o en todo caso, transformarse en escenario de la lucha por las memorias. Y también era el espacio para programar el futuro, ya sea como piedra de toque de su factibilidad y deseabilidad o como laboratorio de experimentación de su capacidad de interpelación. Todo ello desde un presente que, asediado por el acontecimiento y la presión de lo inmediato, de todos modos guardaba lazos de hospitalidad con el pasado y asumía, a su modo, la contingencia del futuro. Estas visiones normativas registraban también una pluralidad de tiempos que coexistían en la simultaneidad: los tiempos del sistema político (elecciones, calendarios parlamentarios), el tiempo más largo de la discusión

racional (tradicionalmente enarbolada como privilegio intelectual o académico que podía prescindir de la decisión), el tiempo, en general más largo, del cambio cultural.

Este libro parte de las transformaciones en las condiciones de posibilidad de esa esfera pública, y en general de la construcción de lo público, a partir de las transformaciones inducidas por las nuevas tecnologías de comunicación e información. La cuestión forma parte de un gran debate, también global. Si algunos creen ver en ellas la expresión de una radical reorganización del *General Intellect* y una confirmación del paso del pueblo a la multitud, otros, sin caer (o cayendo) en un nuevo determinismo tecnológico auguran la realización de la sociedad del conocimiento, de la democracia virtual realmente existente. Otros más prudentemente registran la reorganización temporal de la agenda política pero también de la sociabilidad difusa. En cualquier caso, la temporalidad se transforma: de la tensión entre imperativos decisionales y procedimientos deliberativos, o entre rutina y acontecimiento, o entre normalidad y excepción, o entre el discurrir (tentativamente más pausado y más pleno de sentido) del mundo de la vida y los tiempos de los sistemas, pasamos a otras cadencias temporales. La simultaneidad de comunicaciones, el acontecimiento que ya es historia en el momento de su presentación mediática, la llamada aceleración temporal (que terminó, en algunas versiones, borrando la noción de futuro) articulada con las nuevas formas de interacción y conectividad inter individuales y la creación de nuevas formas de identificación colectivas, parecen desafiar la temporalidad supuesta por la esfera pública moderna. Se puede desconfiar de la “nueva espontaneidad” motorizada por las redes, exaltar la ausencia de direccionalidad política, desconfiar de esa ausencia o creer que hemos llegado a la plena socialización de los medios de producción de la información. Podemos investigar las nuevas formas de constitución

de la subjetividad o recelar de la consagración del aislamiento individualista. En todo caso la pregunta por el enlace entre esos múltiples territorios y temporalidades, por su articulación o más módicamente, coordinación, parece pasar a segundo plano frente al desafío de mapear el presente o los varios presentes.

Sin embargo, parece subsistir alguna imagen o referencia a la esfera pública, aunque cambie la valencia del individuo, de los grupos, de las corporaciones, del gobierno. Ya sea para invocar una esfera pública no gubernamental o no pública (Virno, por ejemplo), para alertar contra los peligros de una publicidad sin esfera pública o para denunciar, casi en términos clásicos, la clausura o eclipse imputado a la omnipotencia mediática.

Cuestión global, si las hay, esto adquiere sin embargo una tonalidad y una relevancia específica para Argentina, cuyos estudios de caso recoge el libro. Para cualquier extranjero, aún versado en cuestiones de la aceleración temporal, percibir los tiempos locales constituye un desafío. No solo porque dos fuentes de información distintas proporcionen dos mapas diferentes. Daría la impresión de que los territorios mapeados son también otros. Por otra parte, la agenda parece construida sobre lo extraordinario, no como domesticación de la contingencia, sino como exaltación de la misma. Todo acontecimiento es un parteaguas, todo momento es definitorio. A primera vista, entramos en el reino del presentismo, entendido este como la colonización del pasado por el presente, y la dilución del futuro en la contingencia y el riesgo. Los tiempos del sistema político, los del avance tecnológico, los del mundo global, los del barrio y los de la subjetividad parecen dispararse. Todo pasa a ser pasado demasiado vertiginosamente y el futuro parece resistirse a ser encuadrado en las formas clásicas (la utopía, la esperanza, el proyecto). Y sin embargo... a poco de estar, el extranjero, sin demasiada investigación etnográfica, descubre que el vínculo con el pasado no se

ha roto y que por el contrario la esfera pública, ahora pensada en diferentes registros, escenifica interpretaciones y versiones distintas sobre el pasado inmediato y también sobre el más lejano. Y que la referencia al futuro o los futuros sigue apareciendo bajo la forma de la reivindicación del proyecto, o del modelo, o de la impugnación a partir de la duda acerca de su sustentabilidad en el tiempo. Crisis del tiempo, en términos apocalípticos, pero también encuentro y desencuentro entre distintas temporalidades y distintos territorios.

Mientras tanto, a nivel conceptual, lo público del espacio público exige precisiones y redefiniciones. La referencia normativa a la representación de lo común y lo general, lo visible y manifiesto y a lo abierto e incluyente sigue teniendo utilidad, aunque la pelea por las palabras se escenifique en cada disposición sobre el espacio urbano, en cada decisión políticamente vinculante, en cada medida distributiva, en cada construcción periodística, y en cada movilización callejera. Un vasto territorio abierto a la exploración, a la investigación empírica y la reflexión teórica. Estamos en el umbral. Es cuestión de atreverse a cruzarlo.

CAPÍTULO I

Lo público como lugar practicado. Regulaciones sociales, temporalidades colectivas y apropiación diferencial de la ciudad

Por Ramiro Segura

Introducción

En este artículo interrogo a la ciudad como espacio público. Me pregunto particularmente por las formas de acceso, regulación y exclusión del espacio público urbano. A partir de un trabajo etnográfico preocupado por las formas de imaginación y uso de la ciudad de La Plata por parte de sectores urbanos segregados¹, busco delinear las lógicas predominantes en el espacio público urbano analizando las prácticas, las temporalidades y las regulaciones que se traducen en una apropiación diferencial de la ciudad.

1 Entre 2007 y 2009 realicé el trabajo de campo etnográfico en un sector de la periferia conocido actualmente con Centro Comunal Altos de San Lorenzo, emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata, cuya población se estima en 40000 habitantes. En este artículo me detengo principalmente en la experiencia urbana de los residentes de un asentamiento de la zona conocido como Puente de Fierro.

Esta perspectiva de abordaje de lo público supone, al menos, dos desplazamientos respecto de las nociones habituales. Por un lado, antes que pensarlo como un lugar fijo, delimitado y estable, se concibe al espacio público como puesta en práctica de un lugar (De Certeau, 2000), lo que supone acción, temporalidad y, muchas veces, irrupción e interrupción. Lo público, entonces, como contingente, como intersección entre la forma urbana y la práctica social. Por el otro, si bien se suele caracterizar al espacio público (Rabotnikof, 1997) asociado al interés colectivo (opuesto a lo individual), a lo visible (opuesto a lo oculto) y a lo accesible (opuesto a lo cerrado), considero que es en la propia práctica del espacio donde se definen los límites de “lo público” (lo colectivo, lo visible y lo accesible), definición cambiante y conflictiva, no exenta tampoco de exclusiones.

En esta dirección, buscaré mostrar que en la ciudad existe un conjunto de regulaciones y reglamentaciones, explícitas e implícitas, que prescriben y proscriben acciones y usos, delineando un acceso desigual al espacio urbano. Se trata de una “estructura de interacción” (Barth, 1977) que, si bien se encuentra sujeta a cuestionamientos, negociaciones y modificaciones, tácitamente supone que hay “un lugar y un tiempo para cada cosa” (y para cada clase, grupo, género, edad, etc.). La tarea consiste en caracterizar estas regulaciones y sus consecuentes temporalidades y espacialidades, así como marcar los cronotopos de interrupción/irrupción que la cuestionan y, eventualmente, la modifican.

El espacio público urbano: lugar practicado

Interrogar a la ciudad en su cualidad de espacio público supuso un necesario ejercicio de reflexión a partir del cual identificamos un conjunto de precauciones analíticas. En efecto,

espacio público es una de esas *categorías puente* que engloba “dimensiones de la sociedad, la política y la ciudad, conectando esferas fuertemente diferenciadas” (Gorelik, 2008: 34) y que, dependiendo de la tradición teórica, postula articulaciones cambiantes entre tales dimensiones.

En el caso específico de los estudios urbanos, debemos tener presente que una vez enunciada, en la década de 1970, la crisis de la ciudad, las posiciones han oscilado entre, por un lado, aquellas teorías que encuentran anclaje en la idea de la *disolución* de la ciudad y, por otro lado, aquellas que pregonan su *recuperación*, depositando gran parte de las esperanzas en -y orientando sus intervenciones hacia- el *espacio público* de la ciudad (Gorelik, 2002), entendido como lugar donde la ciudadanía se activa, se construye y se ejerce; espacio de encuentro entre diferentes; condición de posibilidad del diálogo, del disenso, del conflicto y de su eventual resolución. De esta manera, desde los años 80 hasta nuestros días, en el campo de los estudios urbanos (y, específicamente, del urbanismo que se piensa a sí mismo como progresista) asistimos a cierto “romance del espacio público”, como lo denominó Adrián Gorelik (2008). El problema de este romance reside no sólo en que “espacio público” es una categoría con la cual se dicen muchas cosas distintas y contrastantes, sino que además funciona en este contexto como fetiche, es decir, “lugar idealizado donde depositamos todas las virtudes de la ciudad para no tener que afrontar el difícil compromiso de ponerlas en práctica en la realidad de nuestras ciudades” (Gorelik, 2008: 44). Teniendo presente este señalamiento crítico del rol de la noción de espacio público en los estudios -y las intervenciones- urbanos se desprenden dos precauciones complementarias para realizar el análisis.

Por un lado, debemos *evitar reificar el espacio público*. Hace un tiempo Néstor García Canclini se preguntaba, no sin cierta

ironía: “¿se acuerdan de que hubo épocas en que lo público era un espacio?” (1996: 5). Y enumeraba: la plaza y el ágora en la Grecia clásica; salones, clubes y cafés a partir del Iluminismo. El lugar común de las investigaciones fue, entonces, asociar la desorganización de estas dos maneras clásicas de lo público con el advenimiento de las democracias masivas, pasando así del espacio público a la esfera pública. Separar analíticamente espacio público urbano de esfera pública política es una operación necesaria en tanto gran parte de las cuestiones públicas se vehiculizan cada vez más por medio de soportes tecnológicos y mediáticos distintos al espacio público urbano y a la comunicación cara a cara que predomina en este último; a la vez, tales procesos comunicacionales masivos impactan en el espacio urbano, coexistiendo con la ciudad material una “ciudad comunicacional” (García Canclini, 1998) clave para entender las representaciones y los usos del espacio público urbano. Simultáneamente, el intento de pensar las relaciones recíprocas entre ambos se enfrenta con el desafío de vérselas con lo que Adrián Gorelik reconoció como *la radical ambigüedad del espacio público*: por un lado remite a esferas de la acción humana (habla de la política), por otro nombra lugares materiales (habla de la forma). Así, mientras en su primera acepción aparece como la dimensión que media entre la sociedad y el Estado, en la que se hacen públicas múltiples expresiones políticas de la ciudadanía en distintas formas de asociación y conflicto con el Estado, desde la segunda ha sido revalorizado en su cualidad material: el espacio público de la ciudad, en el que la ciudadanía se activa. Lucha que no tiene lo estatal como amenaza sino lo privado (1998: 19-20). Es precisamente esta ambigüedad constitutiva la que se ha transformado en un obstáculo para pensar la producción mutua entre el espacio público urbano y la esfera pública política, desarrollándose estudios bifurcados: los que analizan la política,

donde la ciudad aparece como escenario, como telón de fondo, por un lado; los que analizan la forma (tipología, evolución, aspectos físicos, etc.) sin pensar en su significación y vínculo con la esfera pública, por otro. Siguiendo nuevamente a Gorelik, en el intento de superar esta dicotomía podemos pensar al espacio público como “el producto de la colisión, fugaz e inestable, entre forma y política”. De este modo, más que de tratarse de una relación estable entre forma y política, *la emergencia del espacio público puede ser pensada como una coyuntura*, en su doble acepción: como ocasión puntual en la historia y como contacto entre esferas diferentes. Un espacio es público, entonces, cuando “es atravesado por una experiencia social al mismo tiempo que organiza esa experiencia y le da formas” (1998: 20). En los términos de Michel de Certeau, entendemos al espacio público como lugar practicado. Así, mientras lugar (o forma) remite al “orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, es decir, “a una configuración instantánea de posiciones”, hay espacio “en cuanto se toman en consideración los vectores de dirección, las cantidades de velocidad y la variable tiempo” (2000: 129). La práctica social no se localiza sino que “espacializa”, es decir, produce espacio.

Por el otro lado, debemos *evitar idealizar el espacio público*. Es habitual encontrar afirmaciones donde, desde una posición normativa, se sostiene que “ese espacio colectivo por excelencia no debería rechazar ni extrañarse ante lo extraño, dado que resulta de un proceso masivo de extrañamiento recíproco” y, por lo mismo, es el ámbito donde “es posible estar juntos sin jerarquías ni estructuras concluidas” (Delgado, 2007: 49-50). Y prosigue el citado autor:

el espacio público es programáticamente un espacio no sólo asexuado, sino también aclasista, aétnico y ageneracional, en el sentido de que las diferencias de género, clase, etnia o edad deberían ser irrelevantes a la hora de ejercer lo que Hannah Arendt había llamado “derecho a la presencia”, es decir derecho de todos y todas a acceder y disfrutar de lo que es de todos y de todas, derecho que se adquiere por el mero hecho de estar ahí (2007: 260).

Sin renunciar a tales ideas como horizonte político, en la investigación es conveniente no perder de vista que *lo público es producto de desigualdades, exclusiones y conflictos*. Ha sido Nancy Fraser quien, a partir de la noción de esfera pública de Habermas como “foro de las sociedades modernas donde se lleva a cabo la participación política a través del habla (...) espacio institucionalizado de interacción discursiva” distinto del Estado y de la economía (1997: 97), señaló que el modo en que Habermas formuló el concepto no es totalmente satisfactorio, ya que no se cumplen cuatro de sus supuestos centrales: el supuesto de igualdad, cuando en realidad la esfera pública se constituyó históricamente por medio de exclusiones y desigualdades; el supuesto de un público único, cuando es habitual (y fructífera) la emergencia de “contra-públicos”; el supuesto de que el espacio público debe restringirse a la deliberación sobre el bien común, cuando muchas veces sucede que la rotulación de ciertos intereses como “privados” limita el rango de problemas; y el supuesto de la total escisión entre Estado y sociedad civil, cuando en realidad existen públicos fuertes y públicos débiles, en base a las posibilidades de cada uno de participar no sólo en la formación de opinión sino también en la toma de decisiones.

Antes que depositar todas (o muchas de) las esperanzas en el espacio público, romance que en el caso de la ciudad parecería significar que construir espacios públicos es un modo de avanzar en la resolución de los problemas sociales y urbanos², convendría pensar –siguiendo la tradición de Simmel y Benjamin– que “el espacio público funciona, más que como un modelo aplicable, como una herramienta de crítica del presente” (Gorelik, 2008: 39). De esta manera, si el espacio público urbano se define en términos normativos por los ideales de heterogeneidad, accesibilidad e igualdad (Caldeira, 2000) o por las cualidades de lo común, lo accesible y lo visible (Rabotnikof, 1997) propios de un ámbito moderno y democrático, la investigación consiste en describir las prácticas sociales urbanas (el lugar practicado) para identificar y comprender las regulaciones, los conflictos, las irrupciones y las exclusiones. “Conflictividad constitutiva” (Huffschmid, 2012) del espacio público urbano, ya que pese a las tentativas normalizadoras, no hay nada estabilizado o garantizado para siempre, sino negociación, conflicto, incluso naturalización, y una multiplicidad de modos de practicar y significar la ciudad.

2 En las intervenciones urbanas que exclaman “más espacio público” convergen ambos problemas: lo público se reifica (es una cosa, por ejemplo, una plaza) y se lo idealiza como solución (se asume que resuelve problemas). Con esto no estoy proponiendo abandonar necesariamente este tipo de intervenciones así como tampoco olvido las tendencias privatizantes presentes en muchas de nuestras ciudades; solo me limito a señalar la ingenuidad (o la coartada) de ciertas intervenciones.

Tránsitos y relaciones categoriales en el espacio público

El espacio público urbano ha sido caracterizado como el espacio que posibilita el encuentro entre extraños, constituyendo la diferencia, la complejidad y la extrañeza aspectos constitutivos de la experiencia urbana (Sennett, 1997: 29). Si la ciudad tiene habitantes, el espacio urbano tiene usuarios, personas que están de paso (transeúntes, manifestantes, vendedores y paseantes, entre otros), “sin derechos de propiedad ni de exclusividad sobre ese marco que usan y que se ven obligados a compartir en todo momento” (Delgado, 1999: 33). De esta manera, las relaciones que los actores sociales establecen en el espacio público de la ciudad, denominadas “relaciones de tránsito” (Hannerz, 1986), generalmente se caracterizan por ser relaciones de “interacción social mínima” entre actores que son recíprocamente extraños, desconocidos y/o anónimos, es decir, nos encontramos ante relaciones sociales que combinan la proximidad espacial y la distancia social (Simmel, 1986). A diferencia de otros dominios urbanos como la relaciones de vecindad, las familiares o las laborales, el espacio público urbano “tiende a constituirse en escenario de un tipo insólito de estructuración social, organizada en torno al anonimato y la desatención mutua o bien a partir de relaciones efímeras basadas en la apariencia, la percepción inmediata y relaciones altamente codificadas y en gran medida fundadas en el simulacro y el disimulo” (Delgado, 1999: 12).

Anonimato, alteridad y movilidad (movimiento y, también, movilización) surgen como las características distintivas de la experiencia social del espacio público urbano. Y por esto, la vida social en los espacios públicos con sus relaciones de tránsito y su cruce de movilidades y de tiempos se caracteriza “no tanto por estar ordenada, como por estar permanentemente ordenando-

se” (Delgado, 2007: 90), orden que es el resultado transitorio e inestable producto de la relación entre la forma urbana, los practicantes de la forma (formantes) y las reglas implícitas y explícitas que orientan y son producto de las prácticas del espacio (formalidades). Estructuras que, antes que estructuradas, están continuamente estructurándose, “en el sentido de estar elaborando y reelaborando constantemente sus definiciones y sus propiedades” (Delgado, 1999: 25).

Ahora bien ¿cómo se procesa social y cotidianamente en el espacio urbano ese juego de heterogeneidades, de anonimatos, de alteridades? Hace tiempo Clyde Mitchell (1999) señaló que en la ciudad es posible distinguir, además de las relaciones estructurales (relaciones –como las laborales- que tienen pautas permanentes de interacción basadas en roles) y las relaciones personales (red de lazos afectivos que los individuos configuran en torno suyo), lo que denominó *relaciones categoriales*, es decir, relaciones que se desarrollan en situaciones en las que los contactos son superficiales y rutinarios, y que son resultado de la tendencia a categorizar a la gente en función de algunas características visibles y a ordenar su comportamiento de acuerdo con dicha categorización (generalmente estereotipada). Se trata, pues, de un método para simplificar o codificar el comportamiento en situaciones que de otro modo serían “no estructuradas” y, de esta manera, habitualmente (re) producir estereotipos y prejuicios. En efecto, la experiencia cotidiana del espacio urbano ha sido descrita como una sociedad de miradas, “ágora visual” (Sennett, 1997: 381) donde prevalece la mirada sobre el discurso (Simmel, 2001) y donde, en consecuencia, ante todo cuenta lo observable a primera vista, lo intuido o lo insinuado mucho más que lo sabido (Delgado, 2007). En la experiencia de vivir la ciudad somos máquinas de hacer inferencias donde, como puso de manifiesto Bourdieu (2007), los gestos más insignificantes, la vestimenta y

los rasgos corporales pueden brindar pistas sobre la identidad de quien los realiza y el lugar que ocupa en el espacio social.

En esta dirección, en una investigación sobre miedos e inseguridad urbana en la ciudad de La Plata (Segura, 2005, 2009a) identificamos un conjunto de espacios (particularmente, la periferia urbana pobre), de tiempos (paradigmáticamente, la noche) y de rostros (especialmente, jóvenes varones de sectores populares, pero también manifestaciones políticas, vendedores ambulantes, indigentes y policías) del miedo. Quedó claro, pues, que las relaciones en el espacio urbano remiten constantemente al problema de la accesibilidad y la diversidad en la ciudad, ya que “la gente reacciona no sólo al hecho de estar cerca, sino a estar cerca de tipos particulares de personas” (Hannerz, 1986: 117), a “categorías sociales” específicas (para usar los términos de Mitchell). A los fines de este artículo me gustaría señalar tres cuestiones relevantes que serán retomadas más adelante. En primer lugar, antes que constante y permanente, el miedo es claramente situacional y contextual y, por ende, temporal y discontinuo. Se teme en ciertos momentos y lugares, en el encuentro ante ciertas personas. En segundo lugar, en la mayoría de los relatos lo heterotópico (Reguillo, 2003) y las topofobias (Lindón, 2005) remiten a campos de sentido que se entrecruzan: afuera, villa, noche, droga, jóvenes, pobreza. En tercer lugar, salvo excepciones, no se trata de una alternativa dicotómica entre estar y no estar en el espacio público de la ciudad; antes bien, se trata de modos de estar, de transitar y de vivir la ciudad. En definitiva, el miedo y la inseguridad funcionan como un poderoso regulador de los usos de la ciudad y, por ende, de la densidad del espacio público urbano. De hecho, como señaló Gabriel Kessler, el miedo y la inseguridad se vinculan a cambios en la experiencia urbana que adopta la forma “de un relato sobre trayectorias y usos del espacio” (2009:194), en el que se observa una paulatina diferenciación entre lugares controlados y

no controlados, y la consolidación de estrategias de restricción de movimientos, evitación de lugares y protección en circunstancias específicas (Segura, 2010a).

Movilidades, regularidades y regulaciones en el acceso al espacio público

A partir de lo dicho hasta aquí podemos sostener que el espacio público urbano en tanto lugar practicado es el resultado de la cambiante articulación entre movilidades, alteridades y estructuraciones en los usos de la ciudad. Analizar, pues, el espacio público urbano supone analizar la movilidad cotidiana, las interacciones (encuentros, evitaciones, conflictos y/o exclusiones) que las mismas provocan y los ordenamientos espacio-temporales (más o menos estables) que tales movimientos e interacciones (re) producen.

Tradicionalmente los estudios urbanos han enfatizado la posición y el estatismo, ignorando o trivializando la importancia de los movimientos cotidianos de las personas vinculados con el trabajo, la vida familiar, el ocio, la cultura, la religión y/o la política (Sheller y Urry, 2006). La pregunta por los desplazamientos no busca, sin embargo, contraponer teorías “sedentaristas” de la vida social con metáforas “nomádicas” o “líquidas”, sino analizar cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2010b), para conocer las formas de vida urbanas, es decir, “el “proceso consistente en integrar crecientemente la movilidad espacial en la vida cotidiana, hasta un punto en que ésta queda vertebrada por aquélla” (Delgado, 1999: 23). Entre la “inmovilidad forzada” y las diversas formas de “movilidad obligada” (Urry, 2002) se despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad cotidiana, accesos al espacio público y relaciones con otros en la ciudad.

Sintetizando nuestra propuesta, en lo que queda del artículo analizaremos las formas de acceso y de regulación del espacio público a partir de la experiencia urbana de los residentes de un barrio estigmatizado de la ciudad de La Plata. Se trata de una alternativa intermedia entre los clásicos análisis que desde los lineamientos de la Escuela de Chicago abordan espacios residenciales populares como si fueran relativamente autónomos y los trabajos que a partir de los aportes de Erving Goffman se centran en las relaciones e interacciones en el espacio público sin conocer el *background* de los actores sociales involucrados.

Por medio del análisis de los desplazamientos y las interacciones de los residentes de la periferia en el espacio público busco precisar, entonces, dos cuestiones. Por un lado, si bien el espacio público urbano no está estructurado de manera estable tampoco es totalmente caótico o aleatorio, siendo posible identificar lógicas y patrones, regularidades y regulaciones, con sus necesarias limitaciones y reconociendo que son potencialmente modificables. Por el otro lado, las movilidades y los tránsitos tienen modalidades específicas. Me refiero con esto a que no alcanza con contraponer quietud y movimiento, sino identificar los cuándo, los cómo, los quiénes y los para qué de tales desplazamientos e interacciones. Parafraseando a Michel de Certeau (2000) -y suponiendo un mismo trayecto- circular y pasear podrían distinguirse, entre otras cosas, en que el paseante otorga un máximo de tiempo a un mínimo de espacio y la circulación busca exactamente lo opuesto.

Lógicas de circulación por la ciudad

Que los residentes en la periferia compartan una posición espacial y social desventajosa y que sea imperioso para ellos desplazarse por la ciudad, no debe conducir a la conclusión de que sus movimientos sean idénticos. No alcanza con señalar que los

residentes de la periferia se desplazan cubriendo grandes distancias físicas y sociales y cuestionando un conjunto de límites económicos (falta de dinero), geográficos (distancia y ubicación), urbanos (ausencia de infraestructura y servicios) y simbólicos (estigmas). En necesario reconstruir sus lógicas de circulación (Kessler, 2004) por la ciudad.

Para esto en la investigación retomamos los cinco dominios urbanos (doméstico, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito) identificados por Hannerz (1986) y analizamos la territorialidad de las prácticas de los residentes de la periferia asociadas a cada uno de esos dominios. En términos generales, lo primero que identificamos es la centralidad que tiene la práctica del salir, es decir, el desplazamiento hacia fuera del barrio, en las estrategias de aprovisionamiento. El barrio no es un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes deben salir para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida. En otro trabajo (Segura, 2009b) propuse la ecuación “recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro” como una fórmula que condensaba esquemática y parcialmente la vida en barrios populares, vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro. Se trataba de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, porque no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale únicamente en búsqueda de recursos. En segundo lugar, porque según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades varían sensiblemente. De hecho, del trabajo de campo realizado surge que para comprender los desplazamientos por la ciudad se debe mirar la cambiante articulación entre la condición laboral, el género y la edad, entre

otras dimensiones, que influyen tanto en el conocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad (Segura, 2012a)

Como la razón fundamental para salir del barrio se vincula con el aprovisionamiento, la ocupación de las personas es fundamental para comprender sus desplazamientos, sus vínculos con la ciudad y las representaciones que tienen de la misma. Varones como Carlos (albañil) y Javier (cartonero) sostienen lo mismo que Víctor (electricista) “voy al centro todos los días”. Como describe Daniel “la gente de barrio es más quedada, viene del trabajo y se queda, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Hay muy poco contacto con la gente de ciudad”.

Además de la inserción en el mercado de trabajo, el género nos ayuda a comprender las lógicas de circulación por la ciudad. Mientras la mayoría de los varones adultos salen del barrio hacia sus trabajos, caracterizados por la informalidad y la baja calificación, las mujeres (independientemente de su inserción en el mercado laboral) se encargan de la reproducción del espacio doméstico y de sostener las actividades barriales, lo cual implica también la movilidad cotidiana hacia la escuela, la salita o el hospital, el comedor. Se delinea una lógica barrial cotidiana: los varones salen temprano para trabajar y regresan al barrio por la tarde; las mujeres –independientemente de su vínculo con el mercado de trabajo- se ocupan de las actividades de la casa, muchas de las cuales implican grandes desplazamientos y sostienen diversas instancias barriales como el comedor. Por supuesto, existen significativas variaciones en el grado de movilidad de las mujeres. Así, mientras Azucena “no sale mucho”, cuida de la casa y de sus hijos, y realiza la contraprestación del plan en un comedor del barrio, Ester, militante social y referente de un comedor, relata: “casi siempre estoy en el centro, porque si no me muevo esto no funciona”.

Más allá de las variaciones, de las que las experiencias de Azucena en tanto ama de casa y Ester con su rol clave en la trama social y política del barrio quizás sean las posiciones extremas, las relaciones de género se traducen en la lógica de circulación cotidiana en itinerarios territoriales claramente diferenciados entre varones y mujeres. Mientras los primeros realizan itinerarios lineales del tipo casa-trabajo-casa, podríamos caracterizar a los itinerarios femeninos como no lineales o múltiples, en tanto deben hacer compatibles múltiples requerimientos (domésticos, laborales, etc.). Así, el almacén, el comedor, la escuela y la salita son espacios específicamente femeninos, puntos a partir de los cuales las mujeres organizan cognitivamente el resto de la morfología urbana (Delgado, 2007: 238) y ordenan sus andares, con itinerarios del tipo casa-escuela-trabajo-almacén-casa, o casa-salita-casa-escuela-casa.

De esta manera se observa que la mayor parte de los desplazamientos por la ciudad son instrumentales (Grimson, 2009), se sale por algo puntual y específico, y suponen un gran esfuerzo en términos económicos, temporales y corporales. Sin embargo, en algunas ocasiones salir puede ser también una oportunidad. Además de las estrategias de aprovisionamiento, las prácticas (excepcionales) ligadas al consumo y al ocio y la política constituyen instancias para salir del barrio. Azucena, a quien conocí precisamente en una marcha al centro de la ciudad que realizaban organizaciones políticas de la periferia, relataba:

Voy a las marchas que hace el comedor. Ahí es donde me voy un poco a despejar, porque paso mucho tiempo acá en la casa. Vamos con algunas compañeras del comedor, por ahí la llevo a mi hermana, a mi mamá, vamos porque miramos, porque es tranquilo. Para ver, para salir al aire.

Por ahí a marchas de Buenos Aires, si van me prendo, más cuando hay un micro, mejor. Porque una vez me fui en tren y después a la vuelta hicieron un piquete en las vías y no había tren. Por eso me voy cuando hay micro. Aparte porque conocés gente, ves la gente.

Para una mujer como Azucena, las marchas son fundamentalmente una oportunidad para salir de la casa, despejarse, mirar, conocer gente. La forma en que habla sobre dichas prácticas condensa los sentidos asociados al salir por contraposición con el estar adentro: “me voy un poco a despejar”, “salir al aire”. De esta manera, en oportunidades como la descrita, salir adquiere un alto contenido simbólico, en tanto permite escapar momentáneamente a una cotidianeidad anclada y circunscripta a los límites del barrio (y, en el caso de muchas mujeres, de la casa) por una conjunción de límites económicos (ausencia de dinero, sin vínculos con el mercado de trabajo), geográficos (distancias, inaccesibilidad y medios de transporte), políticas públicas territorializadas (que tienden a reforzar el aislamiento) y roles de género tradicionales.

Relaciones de tránsito, interacciones y estigmas

Como decíamos más arriba, las interacciones en el espacio público exceden la relación entre anónimos, poniéndose en juego relaciones categoriales (Mitchell, 1999). Marcas o atributos funcionan como indicios de la edad, el género, la etnicidad, la clase y la ocupación (entre otras) promoviendo, según los casos, el acercamiento, la indiferencia, el rechazo. Las relaciones de tránsito, relaciones de “interacción mínima” constitutivas de la ciudad, constituyen un ámbito de la vida urbana relevante para

entender la experiencia urbana de quienes residen en un barrio periférico. ¿Cómo experimentan sus propios desplazamientos por la ciudad? ¿Qué imagen les devuelven los otros con los cuales se encuentran e interactúan en el espacio público?

En el imaginario de la ciudad, asentamientos como Puente de Fierro son cotidianamente estigmatizados. Los medios de comunicación refuerzan estos estereotipos al asociar de modo unívoco dicho espacio con los delitos, las carencias infraestructurales y las usurpaciones de terrenos. Ester señala que “los del centro a nosotros nos dicen villeros y en la escuela a mi hija le decían villera, porque a ella le decían “¿dónde vivís?” “en la 90” “¡Ah!, esta es una negrita villera”. La mayoría de la gente dice “a la 90 no vamos, es peligrosa”.

En el relato de Ester se condensan las características principales de los estigmas territoriales (Wacquant, 2007); básicamente el desplazamiento que el estigma opera desde un tipo de hábitat o vivienda a un tipo de persona -de la villa a los villeros- lo que se traduce tanto en las prácticas espaciales de los habitantes de la ciudad, que asocian esos espacios a la violencia y la delincuencia, por lo que los evitan, como en una marcación que acompaña a los residentes del barrio a diversos espacios de interacción social, sumando una desventaja adicional a las que ya experimentan.

Aurora relata que durante una capacitación en un comedor del barrio, una de las talleristas se refería a los chicos como “los del barrio, los negritos” y ella le dijo

Se equivoca, porque muchas veces puede haber negritos y muchos maleducados pero no hace falta tener plata y vivir en el centro para ser educado”. Muchos lo piensan así, igual que en las charlas en el San Juan de Dios, donde una

doctora dijo “los mocosos del barrio” cuando hablábamos de las adicciones, yo digo, “no hace falta ser del barrio para ser adicto”.

Esta situación se agrava con los habituales controles discretivos que realiza la policía a los residentes del barrio, ya sea cuando están saliendo o retornando a sus hogares, en las inmediaciones del barrio, o cuando se encuentran en espacios públicos alejados de su lugar de residencia. Como relata Daniel “cuando la policía te pregunta de dónde sos y vos le decís de Puente de Fierro, listo, para ellos ahí están todos los malandras”. Cansado de esta situación, Daniel aprendió a responder a los interrogatorios policiales callejeros.

Daniel: Después uno va tomando experiencia y le cambiaba la dirección a ver qué es lo que pasaba

Ramiro: ¿Y qué le decías?

Daniel: En vez de decirle Puente de Fierro, decía “calle 88 entre 28 y 29” entonces, qué hace el policía, piensa, dice “¿adónde queda?”. Como que se pierde.

La anécdota es reveladora. El cambio en los criterios de referencia y localización, desde el nombre propio estigmatizado (Puente de Fierro) a la racionalización y cuantificación del espacio propio de los criterios abstractos de la grilla fundacional de la ciudad le permiten, al menos situacionalmente, desmarcarse. A la vez, es una muestra más de que la mayoría de las personas que habitan la ciudad desconocen la ubicación del barrio, lo que no impide que en general continúen reproduciendo el estigma.

Ahora bien, la estigmatización no es solamente territorial, recordándonos que el acceso desigual a la ciudad se articula y combina con dimensiones étnicas y raciales, entre otras. Daniel cuenta que

hay dos o tres compañeras que ya están independizándose, quieren hacer su vida, salen a buscar trabajo, salen al centro y ahí cuentan ellas que como son morochitas, las hicieron al costado y agarraron a otra más blancona, ¿entendés? Se sentían muy mal estas chicas porque habían sido despreciadas. Donde se ve un trabajo que lo puede hacer cualquiera, eligen a gente sin experiencia y más blancos.

Y Ester señala que después de reiteradas agresiones a su hija en la escuela decidió ir a hablar con la maestra y la directora y les dijo “a mí me pueden decir boliviana, bolita, lo que ustedes quieran, pero a mi hija no. Le guste a quién le guste, mi hija es muy nacida en esta tierra y en este suelo, y tiene todos los derechos como todos estos”.

De esta manera, además de los obstáculos económicos y geográficos, los residentes en los asentamientos son objeto de la estigmatización cotidiana en múltiples ámbitos de la vida social (trabajo, educación, salud, políticas sociales), a la cual muchas veces se oponen, cuestionando los argumentos sostenidos acerca de ellos. Y también en la circulación por los espacios públicos, en los espacios transicionales entre el barrio y la ciudad.

De esta manera, el análisis de los desplazamientos y las interacciones en el espacio público por parte de los residentes de la periferia permitieron identificar una lógica o estructura más o menos estable –y más o menos *naturalizada*- de posiciones y re-

laciones en el espacio urbano. Queremos decir con esto que en la ciudad existe un conjunto de regulaciones y reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos. Se trata de una “estructura de interacción” (Barth, 1977) que, si bien se encuentra sujeta a cuestionamientos, negociaciones y modificaciones, tácitamente supone que hay “un lugar y un tiempo para cada cosa” (y para cada clase, grupo, género, edad, etc.). De hecho, como veremos a continuación, es precisamente cuando suceden acontecimientos no esperados -y distanciados de la rutinaria reproducción de los usos habituales de la ciudad- que este conjunto naturalizado de supuestos y de relaciones se deja ver.

Irrupciones e interrupciones

Esta cotidiana reproducción de una lógica de interacción más o menos estabilizada en el espacio público urbano -anclada en un conjunto de condiciones de existencia, configuraciones espaciales, relaciones sociales y sentidos e imaginarios sobre la alteridad- fue puesta en suspenso por la irrupción de un acontecimiento que funcionó tanto como interrupción de dicha lógica como condición de posibilidad para su intelección.

En la investigación constatamos que los jóvenes constituían para los demás actores barriales un “problema” y tanto desde las políticas estatales como desde las organizaciones barriales se implementaban diversas actividades que los tenían como foco de acción: cursos de educación sexual, talleres de arte, capacitaciones laborales, entre otras. Pese a estos intentos, los jóvenes del barrio no tenían lugar: se encontraban fuera de la escuela (los índices de deserción eran elevados), fuera de la casa (espacio de los adultos, generalmente de pequeñas dimensiones) y fuera del mercado laboral formal (Saraví, 2004). Así, la ocupación de esquinas y des-

campados que tanto temor generaba en otros residentes, lejos de hablarnos de una apropiación y dominio juvenil del espacio barrial, señalaba el repliegue hacia el único lugar y tiempo disponibles.

Tampoco era sencillo para ellos ir al centro de la ciudad, debido al estigma territorial que reducía sus posibilidades de accesibilidad y circulación por el espacio urbano. Si la lógica dominante sostiene que los residentes de la periferia pobre van a la ciudad casi exclusivamente por razones instrumentales, estos jóvenes – desde esta misma lógica- no tienen nada que hacer ahí. Sus relatos (y muchas veces los de sus madres) sobre su experiencia urbana coincidían con el relato de la estigmatización “centrado en la vivencia continua de un estigma en el barrio, del hostigamiento y el maltrato de la policía y de los patovicas en los lugares de diversión” (Kessler, 2009: 121). Como sostenía Aurora, madre de tres hijos, “no pueden ir al centro porque los tienen identificados, la policía les pregunta dónde viven, los levantan y los llevan” y en la misma dirección -y remarcando una diferencia de género- la maestra de una escuela del barrio contaba que “cuando les digo que vamos a ir al centro los chicos dicen que no, las chicas sí, pero los chicos directamente dicen que no”.

Sin embargo, más allá de estos obstáculos, a medida que avanzaba en el trabajo de campo pude observar que era frecuente que chicas y chicos del barrio pasaran algunas tardes y noches en plazas céntricas de la ciudad. En el relato de Luz y Sofía, dos hermanas de 15 y 16 años, frecuentaban la plaza para “pedir plata o robar algo, para pasar el tiempo” y se encontraban con chicos y chicas de otros barrios periféricos de la ciudad. Fue en el marco de estas “incursiones” de jóvenes de la periferia pobre al centro de la ciudad que fueron agredidos. En efecto, el 25 de julio de 2008, cerca de la medianoche, un grupo de adultos atacó con cadenas, fierros y armas blancas a un grupo de alrededor de 20 chicas y chicos que habitualmente pasaban sus días –y últimamente también sus

noches- en la plaza, bautizado tiempo antes por los medios locales como la “banda de la frazada” o “banda de la plaza San Martín”.

He analizado con detalle este acontecimiento y el proceso político posterior en otro lugar (Segura, 2012b). Sólo me detendré aquí en los supuestos implícitos acerca del acceso y permanencia en el espacio público urbano que la presencia “fuera de lugar” de estos jóvenes permitió objetivar. En este sentido, a lo fines de mi argumentación lo más relevante es que existen pruebas más que suficientes de que la presencia de las chicas y los chicos de la periferia en el espacio céntrico de la ciudad generaba malestar desde tiempo antes de la agresión, así como también que la agresión no fue un hecho aislado, aleatorio o espontáneo. En definitiva, estos jóvenes fueron en primer lugar vistos, es decir, recortados como distintos y peculiares en el marco de un espacio intensamente transitado; recién después de esta operación de visibilización y de diversos intentos de expulsión es que fueron agredidos.

Como señalamos, uno de los presupuestos fuertes de la noción de espacio público es la igualdad en la accesibilidad al mismo y en la movilidad a través de él. Cuando esto sucede, la actitud habitual hacia los demás en el espacio público se caracteriza por lo que Goffman (1974) denominó “desatención cortés”, es decir, una forma de sociabilidad, una manera de organizar la co-presencia de extraños entre sí en los espacios públicos que consiste en “una manera de tener bien presente la presencia de aquellos a quienes se ignora” (Delgado, 2007: 137-138). Nos encontramos ante personas que en sus tránsitos por el espacio público, ya sea para circular o permanecer en el mismo, han conquistado el “derecho al anonimato”, lo que les permite transitar por la ciudad sin dar explicaciones. Es precisamente este derecho al anonimato lo que les fue negado a los jóvenes de la plaza como consecuencia de la progresiva visualización (mayoritariamente negativa) por parte de distintos actores sociales, dejando de resultar desconocidos

que no despiertan ningún interés, para pasar a ser detectados y localizados como individuos cuya presencia suscita situaciones de malestar, inquietud o temor.

En efecto, lo que generó la práctica de chicas y chicos de barrios periféricos de ocupar una plaza central de la ciudad es que “llamaron la atención” -de la policía, de la prensa, de los comerciantes cercanos, de algunos “vecinos”- precisamente porque su presencia y sus prácticas contradecían la hasta ese momento implícita “estructura de interacción” dominante y naturalizada en la ciudad que estipula tránsitos básicamente instrumentales para los residentes de la periferia pobre de la ciudad hacia el centro. Su presencia “fuera de lugar” supuso su visibilización creciente, la consecuente pérdida de su “derecho al anonimato” y el verse interpelados constantemente a dar explicaciones sobre sí mismos y sobre lo que hacían ese lugar.

La (in) visibilización consiste, sin dudas, en un proceso paradójico. Como han señalado los estudios feministas del espacio urbano (Wilson, 1992; Tonkiss, 2005), no se trata de optar entre visibilidad e invisibilidad, sino de precisar cómo (con qué sentidos y en qué contextos) un determinado colectivo o actor social es (in) visibilizado. En nuestro caso, no hay dudas que la visibilización es el resultado de un consenso implícito (“estos jóvenes no pueden estar acá”), actualiza un conjunto de prejuicios y criterios valorativos acerca de para quién es la ciudad y obstaculiza el usufructo del espacio público. Simultáneamente –y de manera ciertamente paradójica- la “pérdida del derecho al anonimato” de estos jóvenes fue la punta de lanza para la consolidación de organizaciones y acciones como “Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle” primero y la “Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez” después que, a partir de la agresión, buscaron visibilizar otras cuestiones mediante la apropiación del espacio público: la situación social de los jóvenes de sectores populares en

la ciudad, las políticas represivas que sistemáticamente recaen sobre ellos y la inacción de un conjunto de legislaciones y dispositivos que tienen por finalidad asegurar sus derechos.

La agresión a los jóvenes y la dinámica política ulterior permitieron identificar una estructura de interacción (sujeta a discusión) que regula las prácticas espaciales en la ciudad y que supone que los residentes de los barrios periféricos únicamente van a “la ciudad” (al centro de la ciudad) por motivos instrumentales: trabajo, trámites burocráticos, ir al hospital. Es por esto que en las lógicas de sus desplazamientos desde la periferia hacia el centro (su andar) y en el tipo de espacio apropiado y los modos de apropiarse del mismo (su estar) los jóvenes cuestionaban, quizás sin saberlo, un conjunto de límites sociales y simbólicos acerca de los usos de la ciudad.

Epílogo. Regulaciones del espacio público

La noción de “espacio público” constituye una poderosa herramienta de crítica del presente. Antes que partir de un sentido reificado e idealizado del espacio público –es decir, antes que suponer un espacio estable donde es posible el encuentro y el diálogo igualitario entre diferentes- el desafío consistió en conocer las formas de practicar el lugar, con sus tiempos, sus lógicas, sus obstáculos y también sus exclusiones.

Por medio del análisis de la experiencia que de la ciudad tienen los residentes de espacios segregados -una elección metodológica *in between* las tradicionales investigaciones de espacios residenciales que “anclan” a los actores a dichos lugares y las indagaciones de las relaciones entre desconocidos en el espacio público, donde los actores parecen no venir desde ni ir hacia ningún lugar- busqué conocer el grado de regularidad y lógica (Barth,

2000) que tienen sus desplazamientos y usos del espacio público.

Desde la perspectiva escogida, no se trataba ni de presuponer a priori una estructura coherente y estable, como tampoco asumir acríticamente una celebración un tanto ligera de la movilidad, la inestabilidad y la indeterminación en la caracterización del espacio público urbano. Manuel Delgado (1999) contrapone la idea de un espacio estructurado, típico de dominios como el laboral o el familiar, con la imagen de un espacio estructurándose, propio del espacio público urbano. Sin embargo, en sus trabajos el énfasis se coloca en lo maleable, lo inestable, lo móvil... y nos quedamos preguntándonos porqué llamar a eso estructura (del tipo y cualidad que sea). Por mi parte –y a partir de los resultados obtenidos- considero que, si bien inestables y contingentes (y, por lo mismo, transformables), asistimos a estructuraciones del espacio público urbano.

En nuestro caso, las condiciones de existencia, la temporalidad involucrada en la reproducción cotidiana de la vida, las configuraciones espaciales y los sentidos e imaginarios sobre la alteridad que impregnan las interacciones cotidianas delinean unas formas más o menos identificables de vivir la ciudad (y el espacio público) por parte de los actores sociales analizados. “Estructura de interacción” (Barth, 1977) es el concepto que mejor articula la tensión entre el orden y el caos, entre lo fijo y el movimiento, dejando abierta la posibilidad, además, a que esas interacciones estructuradas sean modificadas en la misma temporalidad y desarrollo de la interacción en el espacio público. No se trata, entonces, de una estructura que se impone a los actores, sino que es una estructura (o, si quieren, figuración) que ellos mismos (sujetos situados social y espacialmente) producen cotidianamente en sus relaciones, conflictos y evitaciones en la ciudad, por medio de la cual se regulan esferas de la vida social y se (re) producen asimetrías y desigualdades sociales.

Bibliografía

- BARTH, Frederik, *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, FCE, 1977.
- BARTH, Frederik, “A análise da cultura nas sociedades complexas”, en *O Guru, o iniciador e outras variações antropológicas*. Rio de Janeiro, Contracapa, 2000.
- BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- CALDEIRA, Teresa, *Cidade de Muros*. San Pablo, Editora 34, 2000.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I*. México, ITESO, 2000.
- DELGADO, Manuel, *El animal público*. Barcelona, Anagrama, 1999.
- DELGADO, Manuel, *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Anagrama, 2007.
- FRASER, Nancy, *Iustititia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá, Siglo del Hombre / Universidad de los Andes, 1997.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, “Público-privado: la ciudad desdibujada”. *Alteridades*. Vol. 6. Nº 11. Pp. 5-10, 1996.
- GOFFMAN, Erving, *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Madrid, Alianza, 1974.
- GORELIK, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- GORELIK, Adrián, “Ciudad”, en Altamirano, Carlos (Dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- GORELIK, Adrián, “El romance del espacio público”. *Alteridades*. Vol. 18. Nº 36. pp. 33-45, 2008.
- GRIMSON, Alejandro, “Introducción: clasificaciones espaciales y

- territorialización de la política en Buenos Aires”, en Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, Cecilia y Segura, Ramiro (Comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- HANNERZ, Ulf, *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Buenos Aires, FCE, 1986.
- HUFFSCHMID, Anne, “Introducción: Topografías en conflicto”, en Huffschmid, Anne y Durán, Valeria (Editoras), *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa*. Buenos Aires, DAAD/Nueva Trilce, 2012.
- KESSLER, Gabriel, *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- KESSLER, Gabriel, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- LINDÓN, Alicia, “Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias”, en Reguillo, Rossana y Godoy, Marcial (Ed.), *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC, 2005.
- MITCHELL, Clyde, “Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en África”, en Banton, Michael (Comp.). *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza, 1999.
- RABOTNIKOF, Nora, *El espacio público y la democracia moderna*. México, Instituto Federal Electoral, 1997.
- REGUILLO, Rossana, “Utopías urbanas: la disputa por la ciudad posible”. *Revista Ciudades*. N° 60. RNIU, Puebla, 2003.
- SARAVÍ, Gonzalo, “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en contexto de pobreza estructural”. *Revista de la CEPAL*, n° 83, pp. 33-48, 2004.
- SEGURA, Ramiro, “Los otros en el espacio urbano. Miedo y construcción del “otro peligroso” en el espacio urbano”, en *Vivir en la ciudad. Espacios urbanos en disputa*. Rosario, Laborde Editor, 2005.

- SEGURA, Ramiro, "Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata". *CUADERNO URBANO. Espacio, cultura, sociedad*. N° 8. pp. 59-76, 2009a.
- SEGURA, Ramiro, "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires", en Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, Cecilia y Segura, Ramiro (Comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo, 2009b.
- SEGURA, Ramiro, "Reseña: KESSLER, Gabriel. 2009. El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito. Buenos Aires: Siglo XXI Editores". *Cuadernos de Antropología Social*. N° 32. pp. 223-227, 2010 a.
- SEGURA, Ramiro, "Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata". Tesis doctoral. Programa de Doctorado en Ciencias Sociales. Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social. 2010b.
- SEGURA, Ramiro, "Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata". *Quid 16. Revista del Área de Estudios Urbanos*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA. No. 2. pp. 106-132, 2012a.
- SEGURA, Ramiro, "La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata". *Revista Question*. Universidad Nacional de La Plata. Vol. 1, N° 35. pp. 188-200, 2012b.
- SENNET, Richard, *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- SHELLER, Mimi y John Urry, "The new mobilities paradigm". *Environment and Planning*, vol. 38, pp. 207-226, 2006.

- SIMMEL, Georg, *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- SIMMEL, Georg, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Ediciones Península, 2001.
- TONKISS, Fran, *Space, the City and the Social Theory: Social Relations and Urban Forms*. Cambridge, Polity, 2005.
- URRY, John, "Mobility and Proximity". *Sociology*, vol. 36, n° 2, pp. 255-274, 2002.
- WACQUANT, Löic, *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
- WILSON, Elizabeth, "The Invisible Flâneur". *New Left Review*. N° 191, 1992.

CAPÍTULO II

La problemática de la “masa” en la mediatización actual

Por Sandra Valdetaro

La persistencia de la “masa”: el ocaso de las teorías de la manipulación

El tema de la conformación de la “sociedad de masas” y del “hombre-masa” formó parte de la constitución del “núcleo duro” del campo de estudios de la Comunicación y continúa circulando como parte central del “canon”, vinculado con el fenómeno de emergencia y consolidación de los medios masivos de comunicación a partir de fines del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX. Tanto es así que dicha temática es la que ocupa un privilegiado “primer lugar” en una “pretendida” historia de las teorías sobre efectos de los medios: la teoría de la manipulación, o de la aguja hipodérmica. Tal concepción focalizó los efectos distorsivos de los medios en la sociedad, la cultura y los individuos desde distintos supuestos (crítica conservadora, y crítica freudomarxista de la Escuela de Frankfurt, entre otras): la “sociedad de masas” obtura toda referencia crítico-racional y genera individuos enajenados/alienados por la acción manipuladora de los

medios. Tanto el uso de los medios por parte de los totalitarismos europeos, como la democracia de masas norteamericana y su “industria cultural”, constituyeron el campo referencial de dicha hipótesis, y, en términos de operación de delimitación de la disciplina, se tornó funcional a los propósitos de “control” de los diversos aspectos de la comunicación que en tal contexto reclamaban tanto la industria como la política (cfr. Valdetaro 2013).

La actual vigencia de una doxa asentada en dicha “teoría de la manipulación” -doxa, hay que decirlo, en muchas de sus versiones francamente infame- vuelve a colocar de manera central el tópico de las “masas”, hecho que, en épocas de Internet, resulta sólo en apariencia paradójico, ya que en realidad nos obliga a reflexionar de un modo complejo los desafíos que presentan los fenómenos de mediatización via lenguajes digitales cuya interfaz con diversos movimientos sociales y políticos produce nuevas interrogaciones.

Las masas que, ininterrumpidamente, en la actualidad, y a nivel global, irrumpen en el espacio público urbano -calles, plazas, cuerpos-, desplegando inadvertidas y, en principio, evanescentes formas de ejercicio político, colocan al pensamiento social “progresista” en una especie de estado de estupefacción, que produce un campo de reacciones atestado de audaces operaciones teóricas plagadas de anacronismos, en los cuales parece advertirse una nueva productividad heurística: de la “sugestión” y el “contagio” de la sociopatología de las masas del siglo XIX, a ciertas hipótesis neurofisiológicas actuales, y no sin dejar de recurrir a la psicología de las masas de Freud, el tema de la “multitud” spinoziana por ejemplo -en oposición al degradado concepto de “pueblo” de los considerados clásicos de la filosofía política- ocupa en la actualidad un lugar destacado en la agenda de interrogantes acerca de la ancestral complejidad inherente a la ontología del lazo social (cfr. Valdetaro 2008 y 2013).

La hipótesis constructivista y el retorno de Lazarsfeld

En tal contexto, sostener el motivo de la “manipulación” como explicación de las masas -motivo que, insistimos, es el que ocupa de manera preeminente el rumor mediático en la actualidad, a pesar, es de suponer, de la conciencia de su improcedencia por parte de todo tipo de comunicadores más o menos intelectuales o incultos- descansa sobre un ocultamiento que, aunque se quiera inadvertido, constituye en sí mismo una “mera” operación ideológica. Dicho ocultamiento en el tratamiento del tema de las masas consiste -entre otras operaciones- en una tergiversación flagrante de la hipótesis constructivista que, a diferencia de la representacionista (que tributa a la idea de manipulación), alude al carácter “formal”, de lenguaje, de los medios; es decir, a su capacidad sintáctica de construir sentido, que varía de acuerdo a cada dispositivo y materialidad significativa (cfr. Valdetaro 2013). Mediante una impúdica operación de cambio de nivel de análisis -de las dimensiones formales a las contenidistas- dichos voceros ideológicos reponen el verosímil de la idea más simplista de manipulación a partir del implícito de que, si los medios “construyen” la realidad, entonces la “manipulan”. Nos encontramos, en tal sentido, plenamente en la dimensión de “lo ideológico”, ya que -como señala J. L. Fernández- “... lo ideológico (es)... el límite que a la producción discursiva... ponen los *verosímiles sociales* o *de género* de una sociedad dada. Lo *ideológico* no es... tanto lo que se dice sino el proceso que impide que se piense y/o digan otras cosas” (Fernández 2012: 243). De tal manera, la circulación actual de la doxa de la manipulación impide advertir la complejidad de los procesos comunicativos y, en su marco, las modalidades de conformación de las masas.

Vale dejar claro que el constructivismo implica posicionarse, entre otros niveles de abordaje, en la dimensión de producción semiótica de la mediatización, y la manipulación no ocupa, en dicha perspectiva, ningún lugar, quedando reservada, en todo caso, a ciertos intentos hermenéuticos de atribución de intención situada en producción, perspectivas que se encuentran hace tiempo superadas a partir, principalmente, de las propuestas de la deconstrucción. En definitiva, podemos decir que la teoría de la manipulación -en los términos acá reseñados- no está (nunca estuvo, en realidad) en condiciones de responder el complejo fenómeno de conformación de las masas. La manipulación, en todo caso, ocupa su puesto legítimo sólo como una hipótesis a postular -y que en todo caso habrá de confirmarse empíricamente mediante investigaciones fundadas- dentro de un campo más amplio de efectos retóricos buscados por la instancia emisora.

Si la manipulación, entonces, no es una vía posible de explicación, en épocas de Internet la que sí parece recobrar un interés en relación con el tema de las masas es la perspectiva lazarsfeldiana, nombrada en ocasiones como un “neo-lazarsfeldismo” (Lacalle 2012: 123). El clásico tema del papel principal que cumplen las redes interpersonales en el flujo de la comunicación masiva que, al decir de Katz, y de manera sintética, supone que las personas deciden más “hablando” entre ellas que por la acción de los medios (Otero 2000 en Valdetaro 2013), recobra interés en la actualidad al calor de las llamadas “redes sociales”. El contacto interpersonal habilitado por la convergencia de la informatización de la comunicación, con sus efectos de liberalización del ámbito de la recepción y complejización de la circulación, produce modificaciones profundas en las campañas electorales por ejemplo -el caso más contundente es la campaña de 2008 de Barack Obama a las presidenciales de EEUU (cfr. Lacalle 2012 en Valdetaro 2013).

Las nociones, propuestas recientemente, y entre otras, de “red de medios” (Carlón 2012: 182), de “hipercomunicación” a partir del “circuito producción global + interface comunicacional + consumo individual” (Fernández 2012: 257), de “realimentación intermediática” (Verón 2011: 81), etc., ayudan justamente a considerar la complejidad de la mediatización actual en relación a la construcción de nuevas modalidades del lazo social y reactualización de formas “primitivas” de socialidad, tanto en el nivel de la interacción mediática como en el de la conformación de las masas.

Por ejemplo, focalizando en el primer nivel aludido -el de la interacción con los medios-, se proponen nuevas figuras espectatoriales habilitadas por la convergencia mediática: “nuevo sujeto televidente 2.0” (García Fanlo, 2012: 101) o “nuevo sujeto espectador convergente” (Carlón, 2012: 190 y stes.)

En el dominio de investigación relativo a la conformación de las masas actuales en contacto con las tecnologías, cabe señalar los desafíos que presenta la fenomenal mutación de la circulación que implica, entre otros efectos, profundas alteraciones en las “condiciones de acceso” (Verón, 2011: 287) que producen una “alteración del vínculo de los actores con el espacio-tiempo social” (Verón 2011: 21), y mutaciones en las relaciones entre “cuerpos concretos” y “cuerpos técnicos” (Verón 2011: 287 y stes.).

Verón postula que los “nuevos cuerpos eléctricos... que pululan en la Red” (Verón 2011: 309) se articulan, históricamente, no con los “cuerpos densos” de los códigos, sino con una “primera familia de discursividades efímeras (panfleto, libelo, brochure, tract, broadside)” de la temprana modernidad, cuya figura principal es la de la “urgencia” (Verón 2011: 294)¹. ¿Cómo situar, entonces,

1 Ver, en Valdetaro 2013, las referencias que Verón (2011) realiza en relación con las reflexiones de Darnton a este respecto.

el estudio de las masas en el contexto de la mediatización actual? ¿Cuál es su relación con las llamadas “redes sociales” habilitadas por los recursos de Internet?

La “masa” en las redes: producción del contacto y reacción participativa

Digamos, en principio, que *entendemos a la masa como un dispositivo del contacto*, ya que, en tanto agrupación, lo específico que promueve es, según Canetti “la inversión del temor a ser tocado” (Canetti 1960: 10). Se produce, en la masa, un montaje del lazo social guiado por una afección instantánea; un efecto de inmediatez que liga a los cuerpos con el rumor de la calle promoviendo un “escenario psíquico” (Canetti 1960: 60) de contagio, un “deseo de crecer” y una “vivencia de igualdad” (Canetti 1960: 11 y 25). El temor a ser tocado se convierte, en la masa, en su contrario (Cfr. Ritvo 2011: 53 y stes.)

Dicho esto, es preciso aclarar que la noción de “redes sociales” articulada a la problemática de las masas, resulta -a los propósitos analíticos- demasiado imprecisa y, en todo caso, necesitaría ser especificada cada vez. Siguiendo a Latour (2008), proponemos el concepto de “asociaciones-en-red”, y específicamente, en el caso del estudio de la conformación de las masas en la actualidad, de “redes políticas” (cfr. Valdetaro 2011 y 2012).

Este tipo de “redes políticas” conformadas por la convergencia de cuerpos-reales y digitalización -“cuerpos efímeros”, al decir de Verón (2011: 287 y stes.)- produce un nuevo espacio público-político. Nuestra *hipótesis* es que *la mediatización actual es condición de producción de dicha mutación* por los niveles inéditos de fusión y contagio que hacen “masa” promoviendo acontecimientos de rebelión en muchos casos nombra-

dos como “revolución” (Valdettaro 2012). *Las “asociaciones-en-red” promovidas por Internet actúan “en cadena” con la ciudad, sus calles y sus plazas porque cuerpos, redes y calles son “conectores-de-afectos-en-vivo”* (Valdettaro 2012: 161). El espacio público político de la ciudad se encuentra, así, afectado en su propia cotidianeidad por la irrupción de una multiplicidad de “contactos” cuya evanescencia se torna, paradójicamente, singularmente ubicua por su poder de atravesamiento a escala incluso global. La específica modalidad de este tipo de “contactos” -contacto básico (mejor sería nombrarlo como una indiciabilidad “blanda”, eminentemente “fática”²)- *tiende a desvanecer la frontera entre el face-to-face y los intercambios mediatizados* al hacer coincidir en un espacio situado y local, y en un tiempo puntual, a la materialidad de los cuerpos con sus extensiones. Via mediatización, esos cuerpos resultan radicalmente inscriptos en su contexto, un contexto que presenta la fisonomía horizontal de la vida urbana³: el espacio se torna territorial más allá de toda soberanía (o, en todo caso, habilitando soberanías in-situ y ad-hoc, siempre provisionales), y el tiempo se encoge en un flujo de instantes.

Desde el punto de vista de una epistemología del sujeto, no nos parece posible -en estos casos de conformación de un sujeto-colectivo en tanto masa- suponer un mecanismo racionalístico de toma de decisión. La “decisión” de hacer masa -o de “entrar”, para ser más claros, a la masa- no constituye, en tal sentido, una

2 Tomamos la sugerencia de Fernández J. L (2012) y lo relacionaremos con su concepto de “textura”.

3 Remitimos en este punto a las reflexiones de José Luis Fernández sobre la vida urbana, de claro tono certeauniano. Cito, como ejemplo, el siguiente fragmento: “... en la misma baldosa compartimos la familia y el mundo” (en 2012: 278).

acción -tal como se entiende a la “acción” en las sociologías clásicas (cfr. De Ipola 2001)-, sino, al contrario, una *reacción*. La noción -central para el entendimiento de la acción desde este punto de vista- de “indeterminación situacional de la acción” (que De Ipola retoma de Verón y otros, en 2001: 24) supone una relación de “incertidumbre” entre la acción y su entorno, y se aparta de cualquier funcionalismo o esquema estímulo-respuesta. Se trataría, entonces, de un sujeto paradójal, conjetural, cuyo contacto básico, primario, con las “texturas” de la masa produce una reacción que se torna en decisión de rebelión. Más que motivos racionales, lo que se pone en juego, entonces, es un conjunto de “razones semióticas de decisión” entre las cuales, sin dudas, se incluyen las “razones” -discriminación, opresión, segregación, explotación, denigración, avasallamiento, etc.- pero, preeminentemente, ciertos “rasgos de textura” (Fernández, 2012: 285 y 288)⁴. Entre dichos rasgos de textura, que hacen a la fisonomía somática de la masa, podemos nombrar citando a Canetti: un “ritmo”, “una especie de notación musical rítmica” (Canetti, 1960: 27), una “euforia del movimiento en común” (Canetti, 1960: 51), en definitiva, un “placer voluptuoso” por el “número que crece de golpe” (Canetti, 1960: 90).

Esta inicialidad blanda, eminentemente fática -tal como la caracterizamos más arriba- supone “un primer efecto de *contacto*

4 Cfr. los comentarios acerca de la noción de “textura radiofónica” en Fernández J. L. (2012: 133 y stes). La noción de textura, que proviene de lo textil, remite en pintura a la pincelada; en escultura a las tensiones entre el grano del material y el trabajo de las herramientas; en teoría musical a la textura de diferentes voces o líneas melódicas, contrapuntística o polifónica; etc. Se trata de “un concepto visual y táctil”, de la “primera impresión que produce el contacto, planificado o no”, a partir de lo cual se produce atracción o repulsión. Aclara Fernández que en el “efecto de textura” también interviene algún aspecto referencial o temático: amor, muerte, deporte, política, información, ficción. (Paráfrasis mía del texto referido).

material” como construcción del vínculo (Fernández, 2012: 175), que incluye, entre otros rasgos, lo sensorial, y que hace emerger una especie de acuerdo “estilístico” entre los participantes⁵.

Podemos completar, de este modo, *una teoría de la decisión en cuanto reacción* proveniente de la sociología, con las nociones de “textura” y “razones semióticas de decisión” como modalidad básica del contacto de la sociosemiótica (en este caso nos referimos a la obra citada de J. L. Fernández), en tanto supuestos de *una epistemología del sujeto de carácter conjetural*: “... un sujeto no capta ni puede captar *directamente* a otro. Lo que efectivamente capta, son los significantes que representan al otro... Y lo hace anticipándose a la certeza mediante conjeturas...” (Ritvo 2011: 12/13)⁶; no un sujeto-de-decisión, sino un *sujeto paradójal*, y en el nivel del análisis de lo político desde el punto de vista de la “metáfora fuerte” que remite a la idea de “revolución” (cfr. De Ipola 2001). En tal sentido, De Ipola rescata la idea de Laclau de la importancia de “... el registro de lo Real lacaniano para el análisis de lo político al concebir el campo sociosimbólico como estructurado en torno a una fisura que resiste a la simbolización, que no puede ser simbolizada”. Es en dicho registro -dice De Ipola- donde “... interviene la decisión como operación constitutiva” (De Ipola 2001: 77). Es por ello que la decisión, en el campo de la política, es radicalmente paradójica. Define Luhmann que “se da una paradoja cuando las condiciones de posibilidad de una operación son, al mismo tiempo, condiciones de su imposibilidad” (en De Ipola 2001: 78). La deci-

5 Remitimos nuevamente a Fernández J. L. y su noción de “sintonía estilística o ideológica” (en 2012: 249).

6 Nos permitimos un recorte de la cita simplemente a los fines analíticos del presente texto y con la intención de evitar derivaciones psicoanalíticas que, de todos modos, podrán ser desarrolladas en otro lugar.

sión, entonces, opera como “irrupción”, “interrupción”, “corte”; no como resultado de un proceso lógico, calculado, racional, de deliberación, sino con una modalidad de “urgencia precipitativa” y “violencia disruptiva” (Derrida referido en De Ipola 2001: 77), haciendo emerger un “sentido instituyente” en lo político (De Ipola 2001: 77). No es asimilable, por tanto, la “decisión política”, a lo que puede entenderse por “decisión” en el ámbito del lenguaje cotidiano. Tiene que ver, al contrario, con “la urgencia de decidir en esos momentos de indecidibilidad” (nuevamente referencia a Laclau 1990 en De Ipola 2001: 78). Por lo tanto, resultaría impropcedente -desde un punto de vista epistemológico- asimilar el análisis de acciones y decisiones relativo al sujeto individual con el nivel de la conformación de sujetos colectivos.

A los fines de especificar, entonces, el abordaje epistemológico, citamos la hipótesis que desarrolla De Ipola en relación con el sujeto colectivo: “El sujeto colectivo al que nos referimos es un tipo muy específico, por lo general emerge de una forma particular de intervención que es la protesta social, forma pública pero sólo incipientemente política, que no tiene que habérselas aun con las paradojas, desafíos y potencialidades de la representación, forma relativamente compleja, pero inscripta en una memoria y un espacio míticos y que acaba por construir un discurso propio.... Esto vale no sólo para la protesta social, sino para toda empresa política” (De Ipola 2001: 84).

Ubicándonos en el punto de vista de la “metáfora fuerte” de lo político planteado por De Ipola⁷, el tiempo de la decisión -repeti-

7 De Ipola reconstruye dos grandes modalidades de concebir la política, a las cuales llama “metáforas de la política”: por una parte, la política concebida como un “subsistema” dotado de funciones predeterminadas -como por ejemplo la “autorregulación” de lo social- o como una “superestructura” social predeterminada, y, por

mos, no entendida como acción, sino como reacción precipitativa e incierta a una situación indeterminada- supone un flujo de instantes que se desenvuelve en el tiempo y que remiten al acontecimiento por excelencia: la revolución. La política, desde este punto de vista, se aleja de sus prerrogativas representacionistas, y adquiere un carácter pático y micro, pero con consecuencias virales. Asimismo, la mediatización de la masa no implica tampoco representación, sino directamente “presentación” de esos cuerpos mediatizados en el espacio urbano que se vinculan directamente en tanto individuos en estado de suspensión de la interdicción del contacto, es decir, en estado-de-masa. Tanto la repetición como la difusión global de dichos acontecimientos de masas en la actualidad van imponiendo una tendencia moral que implica ya una reciente pero específica memoria mediática. Así como el face-to-face tiende a confundirse con la mediatización, del mismo modo el discurso de la actualidad y el de la memoria reciente tienden a fundirse en un mecanismo de permanente reedición del directo de las masas movilizadas en las distintas pantallas. Es esa específica manera que los dispositivos indiciiales tienen de situar espacios particulares en temporalidades acotadas lo que se viraliza a nivel global produciendo una tendencia de rebelión siempre a punto de ser retomada.

otra parte, “como la dimensión de contingencia inherente a lo social”, como su “dimensión de apertura, que posibilita la intervención eficaz de la decisión individual y colectiva sobre el mundo social y, en particular, que permite, dadas ciertas circunstancias, el cuestionamiento del principio estructurante de una sociedad, de su pacto social fundamental, ya sea para reafirmarlo, ya para subvertirlo e instituir un nuevo orden...” (De Ipola 2001: 9).

La masa como comunidad de carencia

El tipo de comunidad que deviene de una masa así constituida se caracteriza no por alguna pretendida identidad, sino de manera carencial. Los miembros se unen por aquello que no poseen, no por lo que tienen en común; lo común -dicho de otro modo- es la carencia. En esto consiste el *efecto comunitario* de las masas actuales, en *poner en común aquello que no poseen*, y dicha apuesta se realiza de manera focal, sin un espacio específico, pero en un territorio que se funda en el propio gesto del contacto directo en la calle. La comunidad de tal modo conformada supone, entonces, un “sujeto sin sustancia o sin soporte: sin otro soporte que una relación”; único modo, tal vez, de sustraerse a la “obra de muerte” que sin dudas fue la “comunidad” en toda la historia humana (Nancy en Esposito 2007: 11/18).

En el “Coloquium” al libro de Esposito, Nancy sitúa sus preocupaciones en la “actualidad abrumadora” del tiempo de su escritura: “Bosnia, Kosovo, Congo, Timor, Chechenia, Pakistán, Afganistán, Irlanda, Córcega, violencias intercomunitarias en India, Indonesia, África”. A partir de ello, plantea que “hemos sido incapaces de dismantelar o de desalentar los recursos a las esencias comunitarias” (Nancy en Esposito 2007: 12), y que “... aún no hemos podido comprender o inventar una constitución y una articulación del ser-en-común, decididamente distintas” (Nancy en Esposito 2007: 12). A partir, entonces, de la responsabilidad que implica en tal presente abrumador de la experiencia trágica del siglo, referirse a la “comunidad”, el texto se dedica a deconstruir las nociones comunes y plantear un programa intelectual que se constituye en programa político. ¿Qué implica la comunidad?: “El **cum** es lo que *vincula* o lo que *junta* el **munus** del **communis**... el reparto de una **carga**, de un **deber** o de una **tarea**, y no la comunidad de una sustancia” (Nancy en

Esposito 2007: 15 16). Ese “con”, siendo efectivamente “nada”, consiste meramente en “... **el lugar mismo**”, en “... la capacidad de que algunas cosas, y algunos, estén **ahí**, es decir que **ahí se encuentren** los unos con los otros o entre ellos, siendo el **con** y el **entre**, precisamente, no otra cosa sino el lugar mismo, el medio o el **mundo** de existencia” (Nancy en Esposito 2007: 17): “...**la circulación de la proximidad en su alejamiento propio, y del alejamiento en su proximidad**: la devolución o el rebote de próximo en próximo por el cual un mundo hace un mundo...” (Nancy en Esposito 2007: 17/18). Es por ello que se trata de un sujeto sin sustancia o sin soporte; como citábamos más arriba: “**sin otro soporte que una relación... la de una circulación de sentido**” (Nancy en Esposito 2007: 19)⁸.

En realidad, *communitas* designa no lo que es común, sino lo que no es propio, ya que siendo “público” -es decir, concerniendo a más de uno- comienza allí donde lo propio termina (Esposito 2007: 25/26). Pero, además, al sentido del *cum* se adhiere otro, que vuelve a la fórmula altamente conflictiva: el del *munus*, que remite a la idea de “deber” y, en una de sus acepciones, al *don* como *deber* (Esposito 2007: 26). De tal manera, se abre un campo semántico particular alrededor del *munus* en tanto *donum*, que, recuperando las reflexiones de Mauss, indica “un don particular que se distingue por su carácter obligatorio” (Esposito 2007: 27). Es un “don que se da porque se debe dar y no se puede no dar”, dice Esposito. El *munus* es, entonces, “la obligación que se ha contraído con el otro y requiere una adecuada desobligación”. Es ponerse a disposición, “a merced” del otro, instalando

8 Todas las negritas del original.

la “reciprocidad” del compromiso, a la manera de un “juramento común” (Esposito 2007: 28/29). En definitiva, en su sentido antiguo, *communis* es “quien comparte una *carga* (un cargo, en encargo)” (Esposito 2007: 29).

Remarcamos, entonces, esta *modalidad carencial* en el concepto de *comunidad*: “*Communitas* es el conjunto de personas a las que une no una «propiedad» sino un deber o una deuda”... las personas no se encuentran unidas “por un *más*, sino por un *menos*, una *falta*” (Esposito 2007: 29/30). La comunidad, para Esposito, también tiene ese carácter somático, esa “textura” a la cual ya nos referimos: “... un vértigo, una síncope, un espasmo en la continuidad del sujeto” (Esposito 2007: 32). El motivo batailleano del excedente energético sacrificial que expone al individuo más allá de sus propios límites hacia el encuentro de un “contagio metonímico” es la propia comunidad; comunidad “de aquellos que, evidentemente, sólo la tienen perdiéndola y perdiéndose en su mismo deflujo...” (Esposito 2007: 48/49/198). La masa, en tanto comunidad, es entonces un desgarrado *ponerse-en-juego* con los otros⁹. De este modo se encuentra el locus batailleano que define la lógica de la comunidad: el don por excelencia, sin motivación ni retribución, de la comunidad batailleana, es el de la vida. Implica el abandono de cada identidad “no a una identidad común, sino a una común ausencia de identidad” (Esposito 2007: 202).

9 Ver las referencias a Bataille en Esposito: “(Bataille)... busca la comunidad en un contagio provocado por la ruptura de los límites individuales y la infección recíproca de las heridas”, hay una “ley: los seres humanos sólo están unidos por desgarros o heridas.... Cada uno de ellos pierde por un desgarramiento de su integridad una parte de su propio ser en provecho del ser comunal” (cita 42 en Esposito 2007: 201 y referencias a Bataille en Ibidem: 51).

La modalidad preeminentemente carencial que se detecta en la conformación de las masas actuales puede constatarse a partir de la identificación de estos componentes segregatorios y sacrificiales que se ponen en juego. En los procesos conocidos como la Primavera Árabe, por ejemplo, se produjeron numerosas inmolaciones, como la de Mohamed Buaziz, que se inmoló con el fuego el 17 de diciembre de 2010 en Túnez, muriendo unos días después. De tal manera, se pone en acto un primitivismo de la crueldad que se convierte en “slogan” de la revolución, tomando a la palabra “slogan” en su genealogía de “grito de combate”, que remite al “grito de guerra de los muertos” (Canetti 1960: 40 en Valdetaro 2012: 156), y que liga, de este modo, a las masas actuales con las luchas ancestrales. Del mismo modo, el uso de símbolos de masa como el fuego -que, según Canetti, es el “más vigoroso que existe para la masa” (Canetti 1960: 15)- contribuye a reforzar las hipótesis retrospectivas. Este ancestral mecanismo sacrificial que evade toda sustitución simbólica como acto político de masas reúne las condiciones requeridas por la mediación actual para su viralización: máxima visibilidad, máxima destrucción, máxima ambigüedad, inmediata extinción, urgencia instantánea. La masa, de este modo, se abre y entra en su fase de “estallido” alcanzando a todos (Canetti 1960: 17), su gramática interna muda de lo cardinal a lo ordinal¹⁰, de la agregación a la fusión. Y su carácter paradójico se hace evidente.

10 Dice Ritvo, tomando una intuición de La Boétie, que “la red del poder es eminentemente ordinal. Un tirano no domina directamente a una masa indiferenciada: uno se liga a seis, que a su vez se ligan a sesenta, que a su turno... etc., hasta formar una pirámide de solidaridades y complicidades, de pactos y de traiciones” (Ritvo 2011: 23/24 y nota 6 en las mismas páginas),

Mucho se ha remarcado, también, el “carácter joven” de la llamada “wikirrevolución del jazmín” (cfr. Castells 2011). Los datos confirmarían dicha hipótesis: casi el 70 % de los árabes tiene menos de 30 años; y cuentan con una importante penetración de medios y, principalmente, de los dispositivos ligados a Internet. Son los jóvenes, justamente, quienes mayormente desarrollan un vínculo estrecho con las nuevas tecnologías, y fueron ellos quienes ocuparon un lugar central en el desarrollo de estos acontecimientos. Asociada a los dispositivos, la música desempeñó también un rol importante desde el punto de vista de la irradiación de las revueltas. Por lo tanto, es posible caracterizar estos fenómenos mediante una serie de rasgos estilísticos característicos de la juventud, ya que la “juventud” -además de construirse como un artefacto sociológico a partir de determinados indicadores-, se distingue “por una condición que hace al carácter de la época: el contacto multimediático permanente” (Fernández 2012: 253). Pero es de suponer que la vida de una masa excede dicha identidad etaria conformándose como una “comunidad estética identitaria” (Fernández 2012: 259) capaz de aglutinar diferentes componentes generacionales. Podríamos postular que son, justamente, esas rutinas de contactos multimediáticos trans-generacionales lo que hace a la conformación de las masas actuales.

El carácter ambiguo de una masa así constituida presenta una modalidad radicalmente paradójica abriendo un espacio de indeterminaciones en cuyo seno son posibles las bifurcaciones: de lo negativo a positividad, del autosacrificio a una masa que hace rebelión. La “posibilidad individualizada de conmutación universal” habilitada por las tecnologías (Verón 2011: 146) refuerza la lógica del contacto y produce escenarios de inéditos niveles de complejidad cuyos grados de incertidumbre contribuyen al despliegue de trayectorias impensadas. Estas masas

instantáneas y, en principio, fugaces, habilitadas por las tecnologías, constituyen la modalidad central de ejercicio político de los “excluidos” en la actualidad o, para decirlo con palabras de Rancière, de aquellos que “no tienen parte” (cfr. Rancière 2007). De este modo, se cuestiona “la división policial de lo sensible” o, dicho de otro modo, “el reparto de lo sensible”¹¹, ya que “la actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido” (Rancière 2007: 45). Se pone en juego, de tal modo, la distribución entre lugares y partes tornando a la política una *estética*: “... la política es estética en tanto que es la misma composición estética, la distribución de lugares y partes la que se pone en juego, es ese el terreno de la disputa, la composición y la percepción de un común y de unas partes exclusivas; y a la vez es estética ya que supone la constitución de un nuevo tipo de comunidad basada en el *como si* que implica cuestionar la partición de lo sensible instituida, la «*esthesis*» vigente, así como la formación de una nueva repartición exigible que evidencia la parte de los que no tienen parte” (Di Filippo 2010: 29).

11 El reparto de lo sensible se entiende como “la ley generalmente implícita que define las formas del tener-parte definiendo primero los modos perceptivos en los cuales se inscriben,...es el recorte del mundo y de mundo, el *nemein* sobre el cual se fundan los *nomoi* de la comunidad” (Rancière 2006: 70). También, en *El reparto de lo sensible*, Rancière define como división o reparto de lo sensible a “ese sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y partes respectivas” (Rancière 2009: 9).

La política, en su sentido “fuerte” de “revolución” (De Ipolá), depende, entonces, en principio, de la *visibilización* de las *reacciones* posibles de esos cuerpos en contacto; la masa -desde este punto de vista- es una *asociación pasional*, un *dispositivo del contacto* cuyo estallido dependerá del tipo de articulación de ciertos *vectores pasionales* que instituyen un espacio indeterminado y contingente de acción; y esto es así, porque “antes o después de los géneros, el individuo elige entre *texturas...*” (Fernández 2012: 284/285). Siendo, como decíamos más arriba, la mediatización actual condición de producción de la conformación de las masas actuales, ello no implica necesariamente un efecto de estabilización o institucionalización de los vínculos. Al contrario, el escenario que se habilita es, también -en consonancia con la caracterización de “sujeto”, “acción” y “decisión” que realizáramos más arriba- radicalmente *paradojal*. Parafraseando a Luhmann, podemos decir que la inmediatez del contacto que faculta la digitalización, es, efectivamente, “condición de posibilidad” de la masa, y, simultáneamente, “condición de su imposibilidad”, ya que las asociaciones-en-red via digitalización tienden, como la masa, a la evanescencia. En definitiva, sólo se trata de una ligera levedad que, de manera incierta, tal vez, pueda producir “revolución”.-

Bibliografía

- Canetti, Elias (1960), *Masa y Poder*, Barcelona, Muchnik Editores, 1994.
- Carlón, Mario, “En el ojo de la convergencia. Los discursos de los usuarios de Facebook durante la transmisión televisiva de la votación de la ley de matrimonio igualitario”, en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs As: La Crujía, 2012.
- Castells, Manuel, “La wikirrevolución del jazmín”, en Opinión, Lavanguardia.es, 29/01/2011.
- De Ípola, Emilio, *Metáforas de la política*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2001.
- Di Filippo, Marilé, “Jacques Rancière: acerca de virajes estéticos y escándalos políticos”, Tesina de Grado, Licenciatura en Ciencia Política, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Rosario, UNR, 2010.
- Esposito, Roberto, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.
- Fernández, José Luis, *La captura de la audiencia radiofónica*, Liber Editores, Bs As, 2012.
- García Fanlo, Luis, “Twitter y la rebelión de los ciberfans de Gran Hermano 2.0” en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs As, La Crujía Ediciones, 2012.
- Lacalle, Charo, “Elecciones catalanas y web 2.0”, en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs As: La Crujía, 2012.
- Latour, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Bs As, Manantial, 2008.
- Nancy, Jean Luc; “Conloquium” en Espósito, *Communitas. Origen*

- y destino de la comunidad*, Buenos Aires, Amorrortu; 2007
- Otero, E, “Diálogo con Elihu Katz”, en Revista Talón de Aquiles Nro. 8, Chile, invierno de 2000.
- Rancière, Jacques, *Política, policía y democracia*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2006.
- Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Bs As, Nueva Visión, 2007.
- Rancière, Jacques, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.
- Ritvo, Juan Bautista, *Sujeto, Masa, Comunidad. La razón conjetural y la economía del resto*, Santa Fe, Mar por Medio Editores, 2011.
- Valdettaro, Sandra, “Midiatização e Multidões: reflexões sobre os vínculos entre sociosemiótica e filosofia política na atualidade” en Neto F. y otros (orgs.). *Midiatização e processos sociais na América Latina*, São Paulo: Editorial Paulus, 2008.
- Valdettaro, Sandra, “Audiencias, de las redes sociales a las asociaciones en red”, en Valdettaro Sandra coordinadora, *Interfaces y Pantallas: análisis de dispositivos de comunicación*, Rosario, UNR Editora, 2011.
- Valdettaro, Sandra, “Fuego, revolución, tecnologías: la masa te pasa a buscar”, en Carlón M. y Neto F., *La política de los cibernautas. Nuevas formas de participación*, Bs A, La Crujía, 2012.
- Valdettaro, Sandra, “Revisión de las teorías sobre efectos en el contexto de la mediatización actual: la cuestión de la masa” en Maestri M. y Biselli R. (Compiladores), Cuadernos del CIM Nro. 1-*Mediatizaciones en foco*, Rosario, UNR Editora. 2013.
- Verón, Eliseo, *Papeles en el Tiempo*, Bs As: Paidós, 2011.

CAPÍTULO III

Post-neoliberalismo, corporativismo y conflictos políticos: notas acerca del espacio público en Argentina y Ecuador

Por Soledad Stoessel

La invocación y reflexión en torno a la noción de espacio público constituye una de las preocupaciones teóricas más recurrentes a la que la filosofía y sociología políticas han destinado décadas de debates y teorizaciones. Si bien dicho concepto ha atravesado múltiples recorridos polisémicos y entuertos semánticos imposibilitando hallar un consenso en torno a su significado, hoy en día continúa siendo una de las categorías claves de las ciencias sociales para analizar y comprender los procesos políticos. Desde diferentes perspectivas teóricas se ha venido recuperando esta categoría para dar cuenta de múltiples fenómenos sociales y políticos contemporáneos, otorgándoles diversos sentidos. Tanto desde paradigmas herederos del republicanismo cívico (Arendt, 2008), pasando por las teorías “transicionales de la democracia”, hasta distintas perspectivas (neo)liberales, el espacio público –o la esfera de lo público– ha estado íntimamente asociado al mismo tiempo con determinadas formas de comprender la construcción del orden social, las disputas por la hegemonía y las relaciones entre el Estado y la sociedad (Rabotnikof, 2008).

Asimismo, varias de estas reflexiones no estuvieron ajenas a una concepción normativista –y también idealista- del espacio público al descontextualizar su análisis de las condiciones reales de (re)producción o, por el contrario, anclar la noción en casos específicos para desde allí, otorgarle ciertas atribuciones, sentidos y funciones *a priori*. El problema con los estudios con fuertes referencias normativistas –que no siempre son explicitadas- muchas veces reside en la adopción de sus premisas y conclusiones para explicar fenómenos socio-políticos que responden a otros contextos de producción. Varias de las concepciones en torno a “lo público” en América Latina fueron elaboradas a partir de la importación de teorías y paradigmas europeístas para analizar los fenómenos de nuestra región -como las perspectivas herederas de la filosofía política habermasiana- y muchas de sus debilidades para explicarlos ha sido producto de la carencia de estudios empíricos en clave latinoamericana acerca de los modos en que la noción de esfera pública funciona en determinadas coyunturas y procesos socio-políticos latinoamericanos.

Las tesis según las cuales el espacio público opera como una arena autónoma, plural y democratizadora en donde se construye la voluntad colectiva y la opinión pública “real” a través de la deliberación racional entre los ciudadanos (Habermas, 1986), o como una instancia mediadora entre la sociedad civil y el sistema político que funciona como una caja de resonancia para que los ciudadanos puedan tematizar pública y políticamente de un “modo influyente” los problemas de “interés para todos” (Habermas, 1992: 444; Cohen, 1985) calaron profundamente en el debate sociológico y politológico post-regímenes dictatoriales en América Latina. La premisa defendida por algunos paradigmas latinoamericanos en pleno auge del neoliberalismo y de las luchas sociales en contra de este modelo durante los años ‘80

y '90 que colocaba a la esfera pública como la instancia crítica y emancipadora (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006) frente a un Estado dictatorial, represor y neoliberal abrevó en aquellas tesis e impregnó gran parte de los estudios en torno a las transiciones democráticas en América Latina. El surgimiento de “nuevos movimientos sociales” en algunos países habría contribuido a ampliar la esfera de lo público para sectores históricamente relegados y excluidos. Movimientos como el de derechos humanos y de “trabajadores desocupados” en Argentina, los movimientos urbanos vecinales en Brasil (Avritzer, 2006) y el zapatismo en México resignificaron la noción de lo “público” la cual había estado asociada hasta ese momento al estricto campo estatal. A partir de entonces, comenzó a hablarse de “lo público no estatal” (Bresser y Cunill Grau, 1998) en donde, en tanto instancia crítica del poder estatal y de fiscalización pública, se instauraría la comunidad política y se defendería el interés general de las sociedades.

En este contexto, las diferentes acepciones que fue asumiendo la noción de espacio público implicó la imposibilidad de atribuirle una definición inequívoca, provocando una profundización del “desfase” entre el corpus teórico y la realidad (Zemelman, 1987), una disociación entre el pensamiento teórico y los fenómenos objeto de estudio y análisis. Ceñirse a conceptos con significados delimitados y acuñados en otros contextos puede acarrear el problema de “leer” los fenómenos a partir de determinadas lentes conceptuales que encorsetan y amarran al investigador, llevándolo incluso a la invención de realidades acordes a dichas nociones. Es por esta razón que los conceptos y teorías deben ser revisados a la luz de las exigencias que amerita la realidad, del surgimiento de fenómenos concretos, nuevos, inusitados e imprevistos para los cuales no existen -o si existen deben ser repensadas- herramientas conceptuales.

Es a partir de estas premisas que el presente artículo¹ se propone ofrecer una breve reflexión acerca del funcionamiento del espacio público a la luz de los procesos socio-políticos contemporáneos suscitados con la llegada al poder político de gobiernos que imprimieron un “giro a la izquierda” (Arditi, 2009; Panizza, 2005) al ciclo político inaugurado con el advenimiento del siglo XXI, como los casos de Argentina y Ecuador². Específicamente, se interroga por el modo en que el espacio público opera, en determinadas coyunturas conflictivas, al mismo tiempo como superficie y recurso para que actores socio-políticos corporativos puedan movilizar y defender intereses y agendas particularistas.

Para ello, se presentarán sucintamente dos casos concretos de contiendas políticas protagonizadas por sectores corporativos en rechazo de políticas estatales. El primero desarrollado entre el gobierno presidido por Cristina Fernández de Kirchner y las entidades patronales ligadas al sector agropecuario durante 2008, en torno a una resolución presidencial que modificaba el régimen de derechos de exportación, y el segundo protagonizado en septiembre de 2010 por la Fuerza Pública de Ecuador contra el gobierno de Rafael Correa a raíz de la aprobación de

1 Este artículo recoge algunas de las reflexiones esbozadas en la tesis realizada en el marco de la Maestría en Ciencias Políticas de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Ecuador.

2 Otros países como Bolivia y Venezuela también son incluidos por gran parte de la literatura académica dentro de este grupo de países cuyos nuevos regímenes políticos han implementado políticas progresistas, de izquierda. No obstante, por cuestiones de espacio, en este trabajo nos detendremos en los casos de Argentina y Ecuador que si bien difieren en aspectos tales como “origen, estilo, discurso, formas de apelación, base social, alianzas de intereses y políticas” (Kitzberger, 2010: 61), comparten algunos elementos como la recuperación de la autonomía del Estado para llevar adelante el proceso de cambio.

la Ley Orgánica de Servicio Público que reestructuraba ciertas ámbitos del sector público.

El artículo se estructura en tres apartados. En primer lugar, se presentan una sintética contextualización y principales lineamientos político-ideológicos de los gobiernos post-neoliberales de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina y de Rafael Correa en Ecuador y su relación con el corporativismo. En segunda instancia, se indagará en el modo en que funcionó la noción de espacio público en los dos casos de conflicto político en los que la esfera de “lo público” operó como arena en la cual movilizar intereses sectoriales-particulares y legitimarlos. Por último, se propondrán algunas reflexiones en torno a las condiciones de producción y reproducción del espacio público latinoamericano.

Entre la recuperación de “lo público” y el corporativismo en los nuevos gobiernos post-neoliberales

A partir del siglo XXI, algunos países de América Latina, como Bolivia, Argentina, Ecuador y Venezuela, experimentaron la llegada al poder de gobiernos que dieron un giro político – algunos más, otros menos- en relación a las décadas anteriores en tanto se propusieron superar la ortodoxia neoliberal cristalizada en el Consenso de Washington durante la década de los años noventa. Tanto el gobierno argentino de Néstor Kirchner en 2003 como el de Correa en 2007 en Ecuador emergieron como consecuencia del agotamiento del paradigma neoliberal en tanto modelo económico y proyecto político. La expresión “Que se vayan todos” que representó las caídas presidenciales tanto de De la Rúa en Argentina en 2001 como de Lucio Gutiérrez en Ecuador en 2005 fue el resultado de la crisis que decantó

la instalación de la agenda neoliberal en esos países (Ramírez, 2010) y la nula intervención del Estado en pos de las mayorías.

Para lograr este propósito, las coaliciones políticas y movimientos que encarnaron los nuevos gobiernos colocaron al Estado en un primer plano en tanto agente político de regulación económica, redistribución de la riqueza, inclusión social y coordinación de lo social (Ramírez Gallegos, 2010a; Vilas, 2010). En Argentina y Ecuador, la recuperación de las capacidades estatales, opacadas y minimizadas durante el neoliberalismo, constituyó uno de los elementos en el que estos gobiernos se fundaron y legitimaron para llevar adelante las agendas de cambio político y resignificar los sentidos de la política y el Estado. El Estado “empoderado” recuperó un sentido de lo público que durante el neoliberalismo se había visto fuertemente aniquilado: el Estado como un actor orientado a construir y lograr el bien común a través de una lógica de acción basada en la universalización de los intereses (Rabotnikof, 2008). La primacía de la nueva acepción de lo público-estatal por sobre otras variables ha posibilitado que estos gobiernos adquieran cierto grado relativo de autonomía (Thwaites Rey, 2009) respecto a los actores pro-Consenso de Washington que durante el ciclo neoliberal habían marcado los procesos políticos, económicos y sociales.

El kirchnerismo³, desde sus inicios, se caracterizó por la construcción de un discurso cargado de tintes antineoliberales, nacionalistas y populistas (Muñoz y Retamozo, 2009), dirigido a interpelar y atraer a los sectores desfavorecidos durante el ciclo

3 Entendemos por kirchnerismo el proyecto político iniciado en mayo de 2003 con la asunción del ex Presidente Néstor Kirchner y continuado en diciembre de 2007 por la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner.

neoliberal, erigiendo como antagonistas a los actores afines a la dictadura militar, las empresas privatizadas, la clase política de ese período y las diferentes corporaciones, entre ellas, los medios de comunicación, quienes desde el discurso kirchnerista, durante el neoliberalismo colonizaron la esfera pública y actuaron como verdaderos poderes fácticos a favor de las políticas pro-mercado (Kitzberger, 2010: 84). Este repertorio discursivo, que demostró una gran productividad política, se vio acompañado de un conjunto de políticas y gestos políticos implementados con el objeto de revertir los perjuicios generados en la etapa anterior, mostrando una relativa ruptura con el núcleo duro de la etapa neoliberal. Algunas de las políticas más significativas fueron las políticas de derechos humanos destinadas a satisfacer algunas de las demandas esgrimidas por el movimiento de derechos humanos argentino, como la derogación de las Leyes de Obediencia Debida y de Punto Final que otorgaban indultos a los militares y policías responsables de la desaparición y muerte de personas durante la última dictadura militar; el descabezamiento de las cúpulas militares; la renovación de la Corte Suprema de Justicia debido al desprestigio y deslegitimación social en el que habían caído sus jueces durante los gobiernos de Menem, reemplazándolos por un cuerpo de mayor autonomía y pluralidad ideológica (Mauro y Rossi, 2011); las retenciones al sector agrario con fines redistributivos y el aumento de los ingresos en los sectores pobres.

La asunción de Cristina Fernández de Kirchner en diciembre de 2007, habiendo ganado las elecciones con un 45 %, significó la profundización y continuidad del proyecto iniciado con Kirchner. Pese a contar con un contexto económico relativamente favorable, un capital político heredado de su esposo, recursos institucionales de poder y una oposición política pulverizada, a los cuatro meses de iniciado la gestión y sin haber alcanzado aún

un rumbo propio, esta se vio envuelta en un intenso conflicto como consecuencia de una decisión presidencial que modificaba el nivel de retenciones a las exportaciones de cereales.

Con respecto al gobierno ecuatoriano de Correa, al igual que el kirchnerismo, enunció desde el inicio un discurso “anti-neoliberal, bolivariano e izquierdista” (Ramírez, 2010a: 178), construyendo como adversarios políticos a la elite económica ecuatoriana encarnada en los grupos empresarios –la oligarquía guayaquileña o “pelucones” desde la retórica de Correa- respaldados por el partido de la derecha –PSC-, organismos internacionales de crédito que impusieron la agenda neoliberal y la clase política ecuatoriana y al sistema político en general. Alianza País, el movimiento político fundado para los fines electorales, precisamente prescindió de una estructura partidaria y manifestó signos de distanciamiento con los partidos políticos tradicionales.

Además de la decisiva convocatoria a una Asamblea Constituyente para reformar la Constitución en el año 2008, el proyecto correísta de la “Revolución Ciudadana” (RC) llevó adelante contundentes políticas de gran impacto popular. Por ejemplo, la intervención total en la base área en territorio ecuatoriano controlada hasta ese momento por el gobierno de EEUU, la suspensión de las negociaciones en torno al Tratado de Libre Comercio (TLC); la incautación de empresas correspondientes al Grupo Isaías, uno de los conglomerados económicos y mediáticos más poderosos del país que había sido responsable de la crisis financiera ecuatoriana de 1999. Estas políticas se vieron acompañadas por la implementación de programas en materia de educación, salud, vivienda y desarrollo humano, como el aumento del Bono de Desarrollo Humano, la duplicación del Bono orientado a la vivienda, la aplicación de subsidios a la energía para los hogares de menor poder adquisitivo (Ospina, 2009), y una reforma progresiva del sistema tributario, entre otros, lo-

grando un mejoramiento en todos los indicadores sociales y económicos. De esta forma, el proyecto de la RC comenzó a cobrar un tinte institucional y exhibir un gran apoyo popular alrededor del liderazgo de Correa.

Este novedoso escenario supuso, casi como una petición de principios, la activación de una aguda dinámica de conflictividades socio-políticas proveniente de diversos frentes, cuyos actores vieron perjudicados, de alguna u otra manera, sus intereses a raíz de este giro en las agendas políticas progresistas. La resistencia a las políticas orientadas a modificar el *status quo* provino, especialmente, de poderosos sectores sociales y políticos corporativos renuentes a aceptar un cambio en la correlación de fuerzas políticas y en su capacidad –vigorosa durante el neoliberalismo- de intervenir en el seno del Estado. De esta forma, el conflicto “condicionó el tiempo político de los nuevos gobiernos y abrió un momento fundamentalmente antagónico en la política democrática de la región” (Ramírez, 2010a: 134). La relación que los gobiernos post-neoliberales entablaron con los actores que caben bajo la noción de corporativismo estuvo marcada por constantes tensiones debido a su imposibilidad de lograr conservar ciertos beneficios y privilegios en las arenas en las que tradicionalmente habían actuado –como en el Parlamento, al interior de las agencias estatales, acuerdos privados-, por lo que el momento antagónico encontró su modo de expresarse fundamentalmente a través del espacio público.

Por corporativismo entendemos una dimensión dual que estará íntimamente ligada a los tres sentidos que Rabotnikof (2005) identifica para la dicotomía público-privado: lo relativo al bien común frente a los intereses particulares; lo manifiesto y visible, frente a lo oculto; y lo accesible a todos, frente a lo que se sustrae a la disposición del colectivo. Por un lado, entendemos al corporativismo como un “sistema de representación de intere-

ses y/o actitudes, un particular arreglo institucional ideal-típico, para vincular los intereses de la sociedad civil organizados en asociaciones con las estructuras de decisión del Estado” (Schmitter, 1998: 70), es decir, a través de “arreglos institucionales”, determinados grupos logran enquistarse en las estructuras de decisión del Estado e influir en determinadas áreas institucionales que los benefician. En este sentido, la lógica corporativa carecería de la visibilidad y accesibilidad que encarnaría “lo público” dado que establece acuerdos que no necesariamente son conocidos por el resto de la sociedad y a los que sólo pueden acceder los grupos organizados, reconocidos institucionalmente como tales.

Por otro lado, aquella que refiere al contenido y orientación de ciertos intereses y demandas. Esta concepción, que se retrotrae a las teorizaciones de Gramsci en torno al par dialéctico “fase económica (intereses particulares)-fase política (interés general/hegemonía)” (Gramsci, 1999), basa su definición en las particularidades que revisten ciertos intereses defendidos por sectores y organizaciones, en contraposición a una “cultura de la generalidad” (Rosanvallon, 2008). En los casos que analizaremos en las próximas páginas veremos que fueron los sectores corporativos los que, de alguna u otra forma, lograron desestabilizar a ambos gobiernos y amenazar la democracia en estos países.

La “colonización” del espacio público en Argentina y Ecuador

Las contiendas políticas escogidas como trasfondo de estas reflexiones condensaron, como pocas, una multiplicidad de dimensiones e involucraron una heterogeneidad de actores sociales y políticos -como partidos políticos, organizaciones, movimientos sociales y medios de comunicación, entre otros- que

complejizan su estudio⁴. No obstante, a continuación nos detendremos sucintamente en un aspecto de las mismas –la relación entre corporativismo y espacio público- a partir del siguiente interrogante: *¿De qué modo y con qué consecuencias, frente el ahogo de los mecanismos corporativos para tramitar los intereses y demandas, el espacio público operó como superficie y recurso de construcción de legitimidad por parte de sectores corporativos?*

El 11 de Marzo del año 2008 el gobierno argentino presidido por Cristina Fernández de Kirchner anunciaba en una conferencia de prensa la “Resolución 125” la cual estipulaba un aumento en los derechos de exportación para la soja y reglamentaba un esquema de retenciones móviles para los cereales por un período de cuatro años, según el cual aumentaban o disminuían las alícuotas según lo hicieran los precios internacionales de los granos. Esta medida, desde el discurso oficial, estaba dirigida a frenar la inflación de los productos en el mercado interno, evitar la sojización y redistribuir el ingreso hacia los sectores más desfavorecidos, gravando a aquellos que más ganancias extraordinarias recibían a través de sus actividades productivas.

La política adoptada por el gobierno nacional en un marco carente de debate con los actores corporativos involucrados generó un fuerte rechazo de los diversos sectores que se veían perjudicados económicamente por la decisión política, los cuales iniciaron un enfrentamiento para demandar la derogación de la

4 Si bien todo conflicto político logra visibilidad pública en el momento de su estallido, entendemos que sería necesario remitirnos a los antecedentes contextuales no tan inmediatos de los mismos para comprenderlos, dado que no operan en el vacío sino que muchas veces constituyen el resultado de la acumulación de eventos pasados. No obstante, en este trabajo no serán abordados por una cuestión de espacio.

“125”. Ante la falta de respuesta por parte del gobierno nacional, a los pocos días de anunciada la medida las entidades gremiales representativas de los heterogéneos estratos del sector agropecuario⁵ se aliaron en un bloque conocido como Mesa de Enlace (ME). El conflicto se desplegó durante cuatro meses, en los cuales la ME así como grupos de “autoconvocados”⁶ apelaron a diversos repertorios de acción -que, en principio, no se asocian a una gramática política corporativa (Giddens, 1994)- como son los piquetes, paros, *lock-outs*, movilizaciones y asambleas, logrando incluir en sus reclamos originales un conjunto de demandas provenientes de diversos actores.

El intenso y prolongado activismo llevado adelante en el espacio público por estos actores desbordó la demanda inicial, logrando aglutinar reclamos provenientes de las clases medias (“mayor diálogo por parte del gobierno”), los partidos políticos (“debatir la Resolución en el Congreso”) y los medios de comunicación (“libertad de expresión”). De esta forma, se operó un desplazamiento desde un reclamo estrictamente sectorial a una demanda que ganó en generalidad a partir de la interacción contenciosa que el “campo” supo sostener en el tiempo y a través de la cual logró aglutinar a un conjunto heterogéneo de sectores, *a priori* irreconciliables.

De esta forma continuó el conflicto entre los dos polos que se habían conformado –el “campo” y el gobierno nacional- intensificándose las acciones de protesta –con consecuencias tales

5 Ellas son Sociedad Rural Argentina (SRA), Federación Agraria Argentina (FAA), Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Confederación Intercooperativa Agropecuaria Limitada (CONINAGRO).

6 Aquellos productores que no son representados por ninguna entidad gremial.

como el aumento exponencial de los precios de los alimentos e incluso su desabastecimiento- alternándose con momentos de tregua, hasta que en julio la presidenta decidió tramitar este conflicto enviando el proyecto de la “125” al Congreso para su debate y aprobación o derogación. La resolución terminó derogándose en una votación muy pareja de la que tuvo que desempatar el vice-presidente del país –también presidente del Senado- Julio Cobos.

Con respecto al conflicto en Ecuador, a principios de julio de 2009, el presidente Rafael Correa envió a la Asamblea Nacional el proyecto de Ley Orgánica de Servicio Público (LOSEP) para su debate. Éste proponía un conjunto de normativas tendientes a racionalizar, homogeneizar y democratizar el régimen laboral de los servidores y empleados públicos a través de la eliminación de prerrogativas y privilegios que históricamente habían gozado ciertos sectores dentro de la función pública tales como las condecoraciones, medallas y “canastas navideñas” para policías y militares. Asimismo aumentaba los salarios totales al incluir el pago por horas extras, lo cual democratizaría el servicio público.

A partir de esa fecha, se convocó a diferentes sectores de la oposición política, organizaciones sociales, sindicatos y movimientos sociales con los cuales se comenzarían a entablar discusiones y debates en torno al contenido de la LOSEP para redactar el informe que sería remitido al Poder Ejecutivo. Al ser una ley bajo la cual se regían trabajadores de diferentes ámbitos dentro del sector público -desde los empleados estatales del Poder Ejecutivo, hasta trabajadores de la salud y educación, pasando por las FFAA y la Policía- el debate contempló la participación de una amplia variedad de organizaciones, en especial los sindicatos representativos de los trabajadores del sector público. Luego de haberse desarrollado dieciséis sesiones de debate, se redactó el primer informe que sería remitido al Presidente de

la Asamblea Nacional. El Pleno de la Asamblea aprobó la Ley habiéndose dado un gran consenso entre asambleístas oficialistas y de la oposición. El proyecto que se enviaría nuevamente al Ejecutivo para su aprobación no incluía los dos artículos que perjudicaban a la Fuerza Pública –la suspensión de la entrega de medallas y condecoraciones- y que habían constituido el objeto de debate, negociaciones y acuerdos corporativos entre los asambleístas, las diversas organizaciones, entidades gremiales y la Fuerza Pública.

Sin embargo, el presidente Correa vetó el proyecto de ley, rechazando algunos de los artículos propuestos y aprobados por mayoría en el seno de la Asamblea. A partir de este momento, el conflicto adquirió una visibilidad pública. Asimismo, desde diversos sectores ya se venía gestando un clima de malestar en torno a la forma en que el Poder Ejecutivo estaba procesando el debate de ciertas leyes al interior de la Asamblea, especialmente a través de la figura del veto presidencial. Fue a partir de este momento que comenzó el ciclo de movilizaciones que decantarían en lo que se conoció como el “30-S”.

A primeras horas de la mañana del 30 de septiembre, la capital ecuatoriana amanecía con la noticia de que los policías del Regimiento Quito n°1 se habían acuartelado y decidido no ofrecer sus servicios a la comunidad, declarándose en estado de huelga. A medida que transcurrían las horas, las policías de las otras provincias se sumaban a la protesta en sus respectivas ciudades para exigir al gobierno que retrocediera con la aprobación de la LOSEP. El motín policial se vio acompañado de la toma del aeropuerto de la capital ecuatoriana por parte de un sector de las FFAA, movilizaciones en diversas ciudades por parte de estudiantes y docentes representados por la Unión Nacional de Educadores, tomas de las gobernaciones y ocupación de la Asamblea Nacional por parte de movimientos sociales, como la CONAIE, organizaciones

sindicales, como la Unión General de Trabajadores del Ecuador y partidos políticos, como el Partido Sociedad Patriótica.

El motín policial había constituido el catalizador para que tanto sectores ubicados en la derecha como en la izquierda del espectro político-ideológico, se fueran incorporando a la protesta de forma más o menos oportunista, generando mecanismos de articulación entre diversos sectores. Se puso de manifiesto que detrás de lo que parecía una reivindicación de la Fuerza Pública, otros sectores aprovechaban el contexto de malestar que se venía gestando a lo largo de los meses para intentar desestabilizar al gobierno, e incluso destituirlo. Este escenario se convirtió en una verdadera crisis político-institucional, lo cual forzó al gobierno nacional a decretar el estado de excepción y resolver el conflicto con la intervención de las Fuerzas Armadas⁷.

Lo interesante de estas contiendas políticas es que revelaron que cuando el tipo de racionalidad que impera en las lógicas corporativas no encuentra las condiciones necesarias para su eficacia –sea porque el Estado no reconoce sus intereses, sea porque alianzas políticas al interior de dichos espacios los obstaculizan, como fue en los casos analizados- el enfrentamiento se desplaza hacia otro terreno, el espacio público. Cuando los contenidos particulares de las agendas son desconocidos por el sistema político que en otros momentos u ordenamientos sociales

7 Algunos de los factores que imposibilitaron un efectivo golpe de Estado fueron, por un lado, el importante hecho de que la CONAIE no convocara activa y públicamente a sus bases. Por otro lado, ante los evidentes intentos golpistas, varios actores sociales y políticos decidieron no movilizarse. Asimismo, el número de muertos y heridos que hubo en un país que se caracteriza por bajos niveles de violencia física en acciones de protesta, ofreció las condiciones para que el conflicto se canalizara tal como lo hizo.

habían sido absorbidos de forma institucional, entonces deben salir de su aislamiento –superar la fase económica-corporativa, diría Gramsci- y funcionar como una superficie más amplia de representación susceptible de acoger otras demandas que contribuyan a devolver la legitimidad que el sistema les amputó. Es aquí donde el espacio público muestra enérgicamente su potencial para que demandas particulares “ganen en generalidad” (Rosanvallon, 2008) y se articulen en un bloque político capaz de bloquear decisiones políticas vinculantes.

En el caso del conflicto argentino, la lógica corporativa quedó cercenada con anterioridad al inicio del conflicto, ni siquiera se generó el contexto para que ese tipo de vínculo entre los grupos sectoriales y el Estado pudiera desplegarse: una decisión política emanada desde el Ejecutivo a través de las facultades que le concede la Constitución para decretar ese tipo de resoluciones ya había agotado toda posibilidad de que los sectores involucrados pudieran negociar sus intereses con el poder político. En Ecuador, por el contrario, la lógica corporativa pudo operar en la arena parlamentaria desde el primer instante en que se tomó conocimiento del proyecto de la LOSEP. El Ejecutivo, a diferencia del caso argentino, había enviado el proyecto a la Asamblea Nacional para su debate y posterior aprobación. El gobierno ecuatoriano contaba con que gozaba de mayoría parlamentaria y que, por lo tanto, no debería haber obstáculos para su aprobación. Sin embargo, la Asamblea logró llegar a un consenso –con votos de los asambleístas oficialistas- para que se derogaran los artículos que “perjudicaban” a los policías y militares. Ante el veto presidencial, estos sectores no encontraron otro canal de expresión de disenso más que el espacio público. El amotinamiento policial activó tal violencia que generó un escenario hostil para la estabilidad democrática, incluso, la vida del propio presidente (Ramos y Páez, 2010).

Ahora bien, la diferencia que existe entre la temporalidad de la lógica corporativa frente a la temporalidad que se despliega en el espacio público da cuenta, en efecto, de los diversos modos en que debe operar la acción política dependiendo del terreno donde se está jugando. Si en la primera el reconocimiento institucional ya está de antemano garantizado, agilizando los acuerdos y arreglos institucionales entre los actores y el sistema político, es a través de la segunda que los actores contendientes deben idearse nuevas modalidades de acción para lograr presentar sus demandas de forma tal que sean recepcionadas por el poder político como legítimas, lo cual puede implicar esfuerzos prolongados y activos.

En ambos casos, la dinámica que adquirió el espacio público, colonizado por diversos sectores para los cuales la “calle” no es un espacio habitual de negociación y disputa de intereses, fue un hecho que los gobiernos no supieron ni pudieron anticipar. La duración y la naturaleza que adquirió la interacción contenciosa entre el “campo” y el gobierno argentino lo colocaron a un paso de la crisis político-institucional ante la cual el gobierno se vio obligado a ceder a la presión corporativa. No se percató de que el alto grado de movilización social en su contra durante un tiempo prolongado, los intentos fallidos por parte del sector de entablar negociaciones con el oficialismo, los tropiezos tácticos del gobierno (haber logrado reunir a actores tan disímiles en un frente común) prepararon el terreno para que una vez enviada la resolución al Parlamento, la correlación de fuerzas fuera positiva para el “campo” y ejerciera una presión sin igual sobre los legisladores. El Ejecutivo debió respetar la decisión del Congreso y derogar la Resolución. Se estaba, pues, cediendo ante la lógica corporativa que se había querido ahogar desde el inicio.

En Ecuador, al igual que en el caso argentino, el gobierno debió ceder ante la lógica corporativa propia de las Fuerzas Militares. Pese a estar sospechadas de haber participado en el intento

de golpe de Estado, el presidente les delegó la tarea de resolver la situación, volviendo a ejercer el rol de fuerza dirimente en los asuntos políticos, tal como había ocurrido en las últimas caídas presidenciales en Ecuador (García, 2009). Incluso los meses posteriores al 30 de septiembre el presidente firmó algunos decretos que beneficiaban a la Fuerza Pública, en especial, a las FFAA.

Reflexiones finales

A partir de la recuperación de dos casos de conflicto político en Argentina y Ecuador, este trabajo intentó ofrecer elementos para responder a una doble necesidad: por un lado, en un nivel teórico, romper con las concepciones esencialistas sobre el espacio público que le atribuyen un inherente potencial democratizador y por otro lado, en un nivel empírico-político, explorar la relación entre espacio público y corporativismo a la luz de los nuevos procesos socio-políticos que se desplegaron con el surgimiento de gobiernos post-Consenso de Washington.

En primer lugar, si bien proponer una nueva noción de espacio público que se despoje de los resabios normativistas propios de algunas perspectivas constituye una tarea compleja y un tanto ambiciosa, consideramos pertinente, al menos, interrogarnos por los modos en que el espacio público opera en determinadas coyunturas. Las contiendas políticas aquí presentadas pusieron de manifiesto que el espacio público no sólo puede funcionar como una legítima superficie de expresión democrática de intereses, demandas y reivindicaciones y construcción de identidades por parte de sectores que no tienen voz, “la parte que no cuenta” (Rancière, 1996). El espacio de lo “público” también puede operar como un recurso estratégico para que sectores dominantes, o no necesariamente ubicados en posiciones subalter-

nas, que ven cercenados sus modos tradicionales de relacionarse con el sistema político e influir en él, puedan hacer aparecer, otorgar visibilidad e incluso disfrazar de legitimidad a agendas particularistas que, paradójicamente, no requirieron ser elaboradas ni legitimadas de forma pública. En este sentido, el espacio es público en la medida en que otorga visibilidad a intereses que, normalmente, se tramitan en específicos espacios institucionalizados con dinámicas temporales y políticas determinadas. No obstante, en los dos casos analizados, estos intentos fracasaron porque, en última instancia, quedaron encapsulados en sus particularidades, no pudiendo privilegiar una dimensión universal en sus reclamos. Fueron conflictos estrictamente distributivos, ya sea por la renta extraordinaria –en el caso argentino-, ya sea por el reconocimiento institucional de determinadas categorías sociales –en el caso ecuatoriano-.

No estamos sosteniendo que el espacio público sólo funciona como un “recurso” para sectores corporativos que se orientan con fines particularistas y escasa vocación democrática. Por supuesto la esfera pública constituye una potente herramienta con que cuentan las sociedades democráticas y debe revitalizarse, en especial, por aquellos sujetos que no encuentran otros canales de expresión y visibilización más que su irrupción pública. En el marco de estos gobiernos, el espacio público no abandonó su capacidad de funcionar como terreno de expresión de los sectores subalternos o excluidos pero comenzó a adquirir nuevas potencialidades, usos y sentidos e incluso fungir de superficie para que actores corporativos puedan movilizar públicamente sus intereses y lograr su legitimidad. La idealización del espacio público, no obstante, puede oscurecer el hecho de que -aún corriendo el riesgo de situarnos en un plano ético-normativo- no todas las demandas revisten de legitimidad democrática y muchos menos una vocación por la vida en democracia.

En relación al segundo aspecto, estos conflictos, en definitiva, pusieron de manifiesto que la bandera política de la descorporativización con la que estos gobiernos se identifican termina activando conflictividades que, en última instancia, debido a la dinámica que adquiere la movilización social en el espacio público, obligan a los poderes políticos a ceder ante la lógica corporativa. El círculo vicioso que se activa (política orientada a la descorporativización -activación de conflicto que se expresa en el espacio público -fortalecimiento de las corporaciones) pues, termina agotando la capacidad del gobierno de absorber este *locus* de conflicto político y fortaleciendo a los actores contenciosos, anclados en intereses particulares y en muchos casos, con una débil, e incluso nula, vocación democrática. Esta reproducción de la lógica de funcionamiento del espacio público lejos está de responder a los principios habermasianos –deliberación, racionalidad comunicativa y entendimiento intersubjetivo-a los que tan enfáticamente apeló gran parte de la sociología política para caracterizar al espacio de lo “público”.

Bibliografía

- ARDITI, Benjamín, “El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal?” En *Ciências Sociais Unisinos*, 45(3), pp. 232-246, 2009.
- ARENDT, Hannah, *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- AVRITZER, Leonardo, *Democracy and Public Space in Latin America*. New Jersey, Princeton University Press, 2002.
- BRESSER-PEREIRA, Luiz Carlos y Cunill Grau, Nuria, *Lo Público No-Estatal en la Reforma del Estado*. Buenos Aires, Paidós, 1998.
- DAGNINO, Evelina, Olvera, Alberto J. y Panfichi, Aldo, *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México, FCE CIESAS UV, 2006.
- GARCÍA GALLEGOS, Bertha, “Singularidad de las Fuerzas Armadas y perfiles militares. De militares a empresarios: la crisis actual de las FFAA” En *Ecuador contemporáneo: análisis y alternativas actuales*. Montes del Castillo (ed). España, Edictum, 2009.
- GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel. Volumen 5*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. A. M. Palos (trad.). México, Ediciones Era / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1999.
- GIDDENS, Anthony, *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires, Amorrortu, 1994.
- HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*. México, Gustavo Gili, 1986.
- HABERMAS, Jürgen, *Facticidad y validez: sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid, Trotta, 1992.

- KITZBERGER, Philip, “Giro a la izquierda, populismo y activismo gubernamental en la esfera pública mediática en América Latina”. En Sorj, Bernardo (comp.), *Poder político y medios de comunicación. De la representación política al reality show*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- LACLAU, Ernesto y Chantal Mouffe (1985), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- MAURO, Sebastián y Rossi, Federico, “Entre la plaza y la Casa Rosada: dialogo y confrontación entre los movimientos sociales y el gobierno nacional”. En Malamud y De Luca (comps.), *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires, Eudeba, 2011.
- MOUFFE, Chantal, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, Paidós, 1998.
- MUÑOZ María Antonia y Retamozo, Martín, “Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner”. En *Revista Perfiles Latinoamericanos*. México, FLACSO-México, 2009.
- OSPINA PERALTA, Pablo, “Corporativismo, estado y revolución ciudadana. El Ecuador de Rafael Correa”, En *Estado, movimientos sociales y gobiernos progresistas*, Instituto de Estudios Ecuatorianos, 2009.
- PANIZZA, Francisco, “Unarmed Utopia Revisited: The Resurgence of Left-of-Centre Politics in Latin America”, *Political Studies*, número 53, pp. 716- 734, 2005.
- RABOTNIKOF, Nora, *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 2005.
- RABOTNIKOF, Nora, “Lo público hoy: lugares, lógicas y expectati-

- vas”. *Revista Íconos*, Flacso Ecuador, 2008.
- RAMÍREZ GALLEGOS, Franklin, “Decisionismos transformacionales, conflicto político y vínculo plebeyo. Poder y cambio en las izquierdas sudamericanas del siglo XXI”. En: *América Latina. 200 años y nuevos horizontes*. Buenos Aires, Secretaría de Cultura, Presidencia la Nación, 2010.
- RAMÍREZ GALLEGOS, Franklin, “Postneoliberalismo indócil. Agenda pública y relaciones socio-estatales en el Ecuador de la Revolución Ciudadana”. En *Revista Temas y Debates*, Número 20, Universidad Nacional de Rosario, CLACSO, pp. 175-194, 2010a.
- RAMOS, Mario y Alexei Páez, “El magnicidio perfecto. Análisis de la crisis del 30 de septiembre del 2010 en Ecuador” En *30S La contrarrevolución*. Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos, 2010.
- RANCIÈRE, Jacques, *El desacuerdo*. Buenos Aires, Nueva visión, 1996.
- SCHMITTER, Philippe, “¿Continúa el siglo del corporativismo?”. En Lanzaro, Jorge, *El fin del siglo del corporativismo*. Caracas, Nueva Sociedad, 1998.
- VILAS, Carlos, “Las “ideas y regresos” del Estado”. En *Utopía y praxis latinoamericana*, Número 49, pp. 101-108, 2010.
- THWAITES REY, Mabel, “Después de la globalización neoliberal: ¿Qué Estado en América Latina?”. En *Revista OSAL*, Número 27, pp. 19-43, 2009.
- ZEMELMAN, Hugo, *Uso crítico de la teoría. En torno a las funciones analíticas de la totalidad*. México⁸, Instituto Politécnico Nacional, 1987.

CAPÍTULO IV

El acceso a lo público. Agendas, espacios-tiempos mediáticos y transformaciones de los dispositivos

Por Gastón Cingolani

Frente a dos sobrentendidos

Tal como se propone varias veces en este mismo volumen, lo público se hace de tiempo y de espacio. Aunque ciertamente la metáfora espacial ha predominado, los modos de acceso a ello se organizan también según temporalidades. Quizás siempre haya sido así, indisociablemente espacio y tiempo participan en la constitución de lo público; pero particularmente en la era de la mediatización masiva, lo público se ha escandido, seccionado, distribuido y organizado según ritmos y fronteras diversas desarrolladas por la mediatización misma. Y, por si hace falta decirlo aún, la mediatización es un modo de administrar y disponer espacios y tiempos que soportan la arquitectura de lo que será finalmente la sustancia de lo público.

En consecuencia, tratamos aquí con un asunto que concierne al problema de la *mediatización*, a situaciones que pueden comprenderse como procesos de *mediatización*. Para evitar que se sobrentienda algo que no está definido para siempre ni mucho

menos, convendría hacer aquí algunas precisiones. Consideraremos *mediático* a cualquier proceso por el cual se producen y/o reconocen textos o “mensajes” (de cualquier naturaleza material y/significante) con algún grado de desfase temporal y/o espacial y/o intercorporal entre sendas instancias de producción y de reconocimiento.¹ Vale decir, que cualquier soporte autónomo de producción de sentido (autónomo con respecto a quienes se interrelacionan a través suyo) posibilita un proceso *mediático*: a modo de simple ejemplificación, podemos enumerar desde un diario íntimo hasta una fotografía, pasando por la dimensión decorativa de un objeto funcional –en tanto que comunica un sentido de pertenencia o de identificación–, etcétera.

Pero por *mediatización* entenderemos estos mismos procesos de signos autónomos producidos en una escala cuyas condiciones de reconocimiento involucran *la construcción de lo colectivo*.² Por *colectivo* no hacemos referencia únicamente a un *quantum* plural; bien podría ser, para desgracia de sus gestores, que un filme o un programa de radio sea visto o escuchado por un único individuo “receptor”; este caso no iría contra lo que aquí entendemos por dimensión *colectiva*. Son otros dos aspectos, de índole cualitativa, los que operan como implícitos necesarios, tanto en producción como en reconocimiento:

1. el texto es materialmente *idéntico* en todas las instancias de su recepción, tanto aquellos que operan como réplicas

1 Retomamos estas nociones (desfase, producción, reconocimiento) de la teoría de la discursividad de Verón (1993).

2 Evitamos emplear la denominación de masivo, ya que la noción de masa propone otros problemas que no vamos a tratar aquí. Sin embargo, algunos autores como Luhmann (2000) la emplean para referir a lo que aproximadamente aquí caracterizamos como mediatización a secas.

múltiples (los impresos son el caso más obvio, pero esto también está asumido en la distribución de todo tipo de ejemplares de grabaciones con el sufijo *-gráficas*: filmográficas, fonográficas, fotográficas, videográficas, etcétera.), como los de distribución instantánea de señales por sistemas *broadcasting* (como la radiofonía o la televisión).

2. la interpelación al sujeto receptor no es singularizante o individualizante, sino que sólo es invocado como formando parte de un colectivo: implica un gesto *generalizante*.³

Según esta hipótesis, esta doble operación es la condición de posibilidad de que la circulación de un texto construya el muy difundido pero no por eso menos particular proceso de *mediatización*, para lo cual debe interpretarse de tal modo tanto en producción como en reconocimiento.

El otro sobrentendido concierne a la naturaleza de *lo público*. Puede advertirse que el título expone algo a discutir: el *acceso a lo público*. El peligro es que por ello se sobrentienda que lo público es algo previo a su proceso de *publicación*. Tan es así, que es frecuente escuchar que la mediatización (sólo) posibilita (o restringe) su acceso. En lugar de ello, estamos con las tesis que sostienen que en las sociedades mediatizadas lo público *se construye en la mediatización*. Esto implica que lo *efectivamente* público no es algo preestablecido formalmente, ni responde a una inherencia independiente de sus condiciones empíricas de circulación social, lo que lleva a tener que trabajar forzosamente

3 Ampliamos esta perspectiva en una investigación en curso: "De los medios a las mediatizaciones (I). Estado de la cuestión.", Programa de Incentivos (MECyT), Área Transdepartamental de Crítica de Artes, Instituto Universitario Nacional del Arte, 2013-2014.

sobre condiciones empíricas y materializadas de producción de sentido. El *acceso* no es así un lugar que abre o clausura, que devela u oculta, sino por donde se llega, por donde se toma contacto *invariablemente* a lo público. Inclusive: analizar el *acceso* es analizar variantes de ese contacto, y analizar los recorridos, las trayectorias, las bifurcaciones y conexiones que son, en definitiva, la sustancia misma de lo público. Por tanto, *acceder* promueve siempre tensiones entre producción y reconocimiento; y sabemos bien por investigaciones que desde hace décadas se ocuparon de ello, que no hay estrategia en producción que tenga un único proceso posible de reconocimiento.

Valga una última aclaración, ya que los hemos involucrado estrechamente: proceso de *mediatización* no es sinónimo de *lo público*, sino su condición de posibilidad; pero en las sociedades mediatizadas, *lo público* es lo colectivo comprendido así, en sentido cualitativo y mediatizado.

Es conocida la tesis de que la organización del espacio público en la modernidad fue desarrollándose con especial apoyo en la mediatización generalizada de las sociedades.⁴ Para ello, coincidiendo con Luhmann, desde el siglo XVII se gestó paulatinamente un sistema social muy particular y específico encargado de producir *realidad colectiva*: el sistema que llama *medios masivos*. La *realidad colectiva* en tanto sustancia de *lo público*, como todo otro modo de procesar realidad de manera intersubjetiva, necesita materializarse; específicamente, es una materialidad que produce sentido en base a sus configuraciones. Nos preguntamos entonces por las formas de esa materialidad.

4 Cf., por mencionar sólo algunos estudios heterodoxos: Martin (1992), Ferry (1998), Luhmann (2000), Hjarvard (2008).

Está claro que un conocimiento de esta naturaleza puede darse con múltiples niveles de generalidad o especificidad, según se quiera o se pueda (según las condiciones de acceso a los materiales) analizar más o menos minuciosamente lo sucedido en tiempos y espacios históricos determinados. Desde ya, en la mayor parte de los casos, hace falta una investigación colectiva que analice las múltiples superficies de construcción de esa realidad mediática, ya que el número y variedad de materialidades mediáticas disponibles en un espacio-tiempo dado fue desde sus orígenes inabarcable por definición y no ha cesado de crecer, globalmente hablando, desde el comienzo de la mediatización de las sociedades.⁵

Por otra parte, quizás en los últimos 40 o 50 años –incluso más, según el caso– fue literalmente imposible para un mismo individuo, ver, procesar, apreciar, consumir toda la oferta del sistema local en una unidad de tiempo: leer todos los periódicos, escuchar todas las estaciones de radio, ver todos los canales de televisión de una ciudad, región o nación. Lo que de otra manera podría traducirse como la imposibilidad de tomar contacto con *toda la realidad*, metáfora con bastante de utopía, pero cuya vigencia se resiste a la extinción... Precisamente, a partir del punto en que esa imposibilidad se hace patente, es cuando el sistema medios masivos probablemente haya alcanzado el máximo de autonomía. No sólo se produce más información y evaluación sobre la realidad que la que se puede consumir, sino que se fortalecen crecientemente los mecanismos de diferenciación entre

5 Se pueden conocer las estrategias de indagación de los procesos de proliferación de impresos en las primeras centurias, en Martin (1962), Chartier (1994, 2000, 2006), Darnton (2003, 2010) o Eisenstein (2010), por citar los trabajos más reconocidos.

cada uno de los medios en competencia, como parte misma del proceso natural de “mejoramiento” del sistema.

En ese punto, lo público comienza a ser un universo al cual sólo se accede fragmentariamente. La totalidad es intensiva, ya que progresa hacia la hiper-especificación temática, y también expansiva, desplegándose en el eje de la actualidad, o mejor dicho, de la *actualización*. La temporalidad tiende progresivamente al gesto de mimesis con el *tiempo real*, es decir, hace uso de la ecuación vagamente regular e isomorfa entre el tiempo continuo y la temporalidad subjetiva.

Es en función de ello que me parece sensato repasar esquemáticamente ciertos aspectos de las articulaciones o configuraciones de la *agenda*.

¿Por qué volver a la noción de agenda?

Volvemos sobre la noción de *agenda*. Tal vez sea obvio, pero es fundamental comprender que esta es una noción que remite invariable y estrictamente a los procesos de *mediatización*, es decir, a los medios que participan en procesos de producción mediatizada de lo colectivo. Y al mismo tiempo, en tren de hacer análisis, la constitución de la agenda es un síndrome (conjunto de indicios sintomáticos) del funcionamiento de la mediatización de lo colectivo.

Entonces volvemos sobre ella, pero no como un recurso simplificador para resolver los problemas que se presentan. Por el contrario, de hecho, en el tiempo que hace que se teoriza en base a este concepto, las diferentes corrientes no se han puesto de acuerdo sobre los alcances de la noción: ¿hay *una* agenda o sólo hay *agendas* de cada medio?, ¿la agenda se establece (*setting*) o se construye (*building*)?, ¿se aplica sólo a los medios o hay una agenda de los individuos, una agenda de *la gente*, una agenda po-

lítica, etcétera? (Bregman, 1998). Incluso su invocación cotidiana se ve limitada por la nunca contrastada correspondencia con los hechos o con los datos producidos por un análisis, ya que se trata siempre de la evocación de una entidad imaginaria, al estilo de lo que sucede con *opinión pública*.

En todo caso, retomamos la noción de agenda como un instrumento para problematizar el *acceso a lo público* materializado en superficies discursivas concretas. A propósito de los modos de organización mediática de temas y de las disposiciones que otorgan valores acerca de esos temas, la noción de agenda puede y debe pensarse como articulación⁶ del conjunto –y de conjunto– de las materialidades mediáticas que organizan esas representaciones de la realidad.⁷

Agenda es, entonces, el nombre de las estrategias de *disposición de temas en los medios*. Y como tal, no consiste en algo fijo o fijado (como una fotografía), sino en un tejido de reenvíos que puede leerse a partir de las diferentes superficies discursivas, y reconstruirse pero no asignársele ni un centro ni un recorrido *necesarios* por encima de otros, aunque sí haya zonas de intensidad o densidad variable.⁸

6 Donde articulación no prejuzga sobre el carácter logrado o defectuoso, más o menos conforme a una norma o carente de coherencia de las estrategias mediáticas.

7 Empleo “representación de la realidad” en el sentido menos ingenuo que pueda pensarse, es decir, sosteniendo que “más allá” de esa representación no hay nada sino más representaciones o discursos, y que “realidad” es el nombre del universo de circunstancias resultante de las operaciones que producimos para adaptarnos a nuestro entorno (y no algo inmanente y/o positivo y/o universal). En tal sentido, evito decir “construcción” porque remite más al proceso que al resultado; lamento la estela positivista ingenua que las palabras “representación” y “realidad” siguen dejando. En adelante, evitaré las comillas sólo por simplificación.

8 Es, de algún modo, a lo que remite la noción de “diarios de referencia dominante”, en el marco del trabajo de investigación que presentan Steimberg y Traversa (1997b).

Esto implica varios aspectos: por un lado, tenemos la dimensión *organizativa* que resulta de lo que los medios producen como discurso expositivo de representación de la realidad. Analizar los materiales discursivos de los medios puede revelar las estrategias de organización, de ordenamiento y de configuración diferencial de la forma que tiene la realidad según cada medio, lo que en definitiva se traduce en esta dimensión de la agenda. Para observar la identidad de cada medio en particular, hay que hacer una visión del conjunto, visión compleja ya que es preciso conocer el estado del conjunto en un momento, pero también recuperar la progresión. En las superficies observables se encuentra cómo cada medio (pre) dispone con su esquema su representación de la realidad, y promueve recorridos posibles.

Nos apoyamos en alguna mirada atrás en la historia. Como ejemplo de transformación en los medios gráficos es muy interesante lo que sucede con los periódicos en el paso del siglo XIX al XX en Argentina; sólo por situar fechas y nombres propios, entre 1870 y 1913, tenemos los contrastantes nacimientos de *La Nación* y de *Crítica* (Cf. Steimberg y Traversa, 1997a; y Saítta, 1998), o incluso si nos estiramos hasta 1928 con el primer tabloide de nuestro país, *El Mundo* (Fernández, López Barros y Petris, 1996). En un recorrido por ese periodo se observa la constitución progresiva de la *puesta en página* como plataforma organizativa del recurso espacial para dar

El recorrido puede mostrar que, más allá de los consumos efectivamente producidos, medidos por cantidad (rating de audiencia, número de lectores o de ejemplares vendidos), hay un diálogo que da forma a posiciones y contraposiciones entre medios o entre actores que hablan en los medios, lo que permite registrar la forma del tejido cualitativo de la agenda. Por citar un caso sintomático, en los últimos años en Argentina, los medios llamados "oficialistas" han sido bastante menos poderosos en términos de consumo que de posicionamiento en un sistema en el que no han dejado de abrirse lugar por voluntad propia y también ajena.

sentido jerárquico a las noticias: la *cantidad* de espacio, los *lugares* ocupados, los recursos *paratextuales* (el *tamaño* de la tipografía de los títulos, las *imágenes*), y el paso de la titulación para encabezar las notas a la *autonomía* de los títulos constituyen las grandes operaciones consagradas a este efecto jerarquizante.⁹ Una progresión similar, con las diferencias del caso, se da entre los semanarios, donde en los primeros cuatro años de la década de 1960 se produce un cambio que –desde la perspectiva de algunos géneros– resulta drástico, con el abandono de la tapa como mero envase y su uso sistemático como espacio denso de reenvíos (Cingolani, 2007).

La temporalidad ha sido el otro gran insumo para la organización de la agenda. Con el avance del siglo, las salidas de los diarios fueron ocupando cada vez más horas del día con ediciones que iban actualizando la información, en una suerte de intento de construir un “tiempo real de la noticia” (Fernández, López Barros y Petris, 1996), remedo del directo, por naturaleza vedado a la prensa gráfica (toda escritura es *en pasado*). La radio, a través de los *flashes* y los informativos poco a poco emuló ese devenir y reconfiguró desde la producción propia de la noticia la forma del tiempo de la actualidad. (Gutiérrez Reto, 2008). Pese a las posibilidades del directo, la televisión de las primeras décadas en nuestro país no adoptó estas características: salvo bajo condiciones excepcionales, la configuración programática y el ancho de géneros y registros discursivos (ficción, entretenimientos, variedades, y sólo algunos espacios prefijados para la noticia periodística; cf. Varela, 2005) fue la matriz organizadora, en un modelo análogo al que Wolton (1992) denomina *televisión generalista* para los casos europeos.

9 En la actualidad, quien se ha hecho cargo de la parodia a estos recursos centenarios es la revista Barcelona.

Esto cambia con la aparición de las señales de cable y con ella los canales de noticias.¹⁰ Por citar otro caso, tuve la oportunidad de analizar en profundidad entre los años 2000 y 2001 las estrategias de los dos canales de noticias de mayor audiencia a nivel nacional en ese entonces, Crónica TV y Todo Noticias (ubicados así en orden de *rating*), que por entonces remitían a modelos opuestos. Mientras que la organización del segundo era mucho más cercana a la forma programática de un canal televisivo tradicional (las secciones y los programas tenían un nombre y un horario prefijados, partes de la emisión diaria estaban grabadas, los conductores tenían “firma propia”, los informes se editaban con duración acotada a una regularidad canónica), Crónica se desarrollaba como un devenir continuo, sin escansiones, sin cortes en la duración de una información, donde la voz institucional se mantenía por encima de la de los periodistas, y con un énfasis inédito en las operaciones de interrupción e irrupción para la figuración del estatuto imprevisto, febril, y contingente de la realidad (Cingolani, 2000, 2004). Crónica TV no hacía la diferencia tanto en la tematización ni sólo en la “mostración”: la forma de la temporalidad que adoptó generó un impacto sobre la agenda que transformó la jerarquización de *lo urgente* por encima de –o *como modo de*, se puede discutir la disyuntiva– *lo importante*.

Claramente, en este sentido la agenda no remite únicamente a los temas. Los recursos organizativos son una dimensión fundamental que revela que la tensión entre los distintos medios no es sólo temática, de “instalación” o “imposición” de asuntos, sino

10 El propio Héctor R. García (2012) cuenta cómo ensayó Crónica TV en la época en que fue propietario de Canal 2 de La Plata (es decir, antes de ser un canal de cable), y cómo ideó su estrategia de emisora observando la oferta previa.

también de la promoción de recorridos y reenvíos, delineados a partir de variaciones de volúmenes y densidades espacio-temporales. El procesamiento individual de la *realidad colectiva* en algún grado depende de la experiencia que mantiene el individuo con cada materialidad mediática. La disposición que cada medio adopta, y los recorridos que sugiere, propone concretamente una *forma* de la realidad. Sin llevar la hipótesis al extremo de despreciar la tematización (lejos de ello), la organización de las superficies discursivas habilita y restringe las operaciones que realiza el receptor para su encuentro con la realidad mediática.

Agenda, operaciones y autonomía del sistema medios

Parecerá anacrónico o desfasado en sus detalles, pero la puesta en discurso –incluso, para ser más específicos, la puesta en página– como condicionante de la dinámica discurso-lecturas, es asunto recurrente en los trabajos sobre los comienzos de la impresión de libros y el impacto concreto que tuvo en las condiciones de lectura (Cf. Chartier, 1994, 2000): es de alto aporte la atención puesta en la organización espacial gráfica en relación con las transformaciones de las prácticas escriturales y también como condicionante de sus lecturas, no sólo en su sentido interpretativo, sino también en lo que impacta en la práctica lectora en sí misma (lectura silenciosa, apropiación individual, etcétera).¹¹ La obra de Chartier dedicada a los procesos de producción,

11 Cf. la lectura oblicua que hace Eisenstein (2010:16) de la edición gráfica de The Gutenberg Galaxy de McLuhan.

circulación y lectura de libros nos da una pista para indagar los modos de acceso a lo público, no tanto por lo específico que tiene el mercado del libro, sino como modo de aprehensión de la organización cultural implicada (que incluye lo económico, lo semiótico, la historia de las prácticas y destrezas, y la de los accidentes singulares). Pero aún en esos casos, no existía en virtud de sus condiciones de circulación, la remisión intertextual y la organización de la estrategia temática a través de sus recursos gráficos como sucedió posteriormente con el sistema de medios periodísticos. Vale decir, el eje temporal que vertebra las condiciones de circulación del discurso constructor de lo público articula a través de la agenda la configuración de un sistema en el cual ningún *tema* puede dejar de ser leído fuera de ese trasfondo sistémico, lo que implica *la autonomización del sistema de medios*. Esto puede observarse a través de un triple juego de operaciones en la construcción de la tematización:

a. presencia/ausencia: se trata de un eje binario (un tema está o no está tratado en los medios), de tipo *cuantitativo*, en el que sin embargo uno de sus valores (el valor *ausente*) está atado a la paradoja que revela el uso del grillo en el cine sonoro: el silencio es representado a través de un sonido, de lo contrario no es silencio, es no-sonido. Un tema tiene el sentido de *públicamente ausente* –al que se lo cataloga como “silenciado” u “ocultado” por los medios– cuando supimos de él... *en los medios*. Así, tanto el valor positivo como el negativo son emergentes de un trasfondo que tiñe de *absoluto* un valor que sólo es relativo al intertexto: la ausencia se construye por presencia diferencial.

b. jerarquización: los temas son un insumo para la construcción de criterios de gradación de importancia, criterios también relativos al intertexto. El intertexto de la historia de

un mismo medio (¿este medio habitualmente brinda o no espacio/tiempo a ese tema?) y el del resto del conjunto de los medios (si el resto minimiza/enfatiza el tema ¿es *realmente* importante o lo están “inflando?”) operan como sostén de la valoración de las jerarquías.

c. tipificación o agrupamiento: con o sin rótulos, además de la jerarquía, hay una valoración que emerge del agrupamiento en zonas por afinidad temática (uno de cuyos casos es la organización por “secciones”). La grilla a través de la cual cada medio organiza esos agrupamientos, establece una de las formas que adopta lo real público bajo un tamiz cualitativo: desde la gran divisoria *información/opinión*, pasando por las secciones más arraigadas como “política”, “economía”, “deportes”, “policiales”, “espectáculos”, etcétera, o las de rango por proximidad (“locales”, “nacionales”, “internacionales”), hasta las vecindades mudas de rótulos (¿qué temas están en relación con cuáles otros?). ¿De qué se habla cuando se habla del *país*, de la *sociedad*, de *lo económico*, o de los temas situados en las secciones “blandas” o “populares”? La agenda en este punto es un sistema revelador de coloraciones diferentes que la realidad colectiva adquiere, y a la vez de la suposición que hay colectivos de preferencias (suposición *en producción* de lo que sucede *en reconocimiento*: representatividad asumida de los medios respecto de sectores socio-culturales).

La agenda tiene sentido como producto y a la vez como factor de los procesos de mediatización: resultado emergente *en producción* de lo que es el sistema medios en un momento, y gestor de efectos *en reconocimiento*; y cuando decimos *en reconocimiento* no excluimos de las consecuencias en la recepción aquellos efectos que tiene sobre el sistema mediático mismo. Allí se manifiesta claramente la dimensión de la temporalidad, expre-

sada en lo que Luhmann (2000: 57-58) remonta a la operación de *memoria*, que “no debe entenderse como almacenamiento de acontecimientos pasados o de sucesos [...] Más bien consiste en una permanente discriminación entre olvidar y recordar.” Y luego: “sin memoria nada podría aparecer como «nuevo» (=desviación), y sin experiencia de lo desviante no podría construirse ninguna memoria.” (Luhmann, 2000: 59).

Hasta aquí, las reflexiones presentadas apuntan a sustentar la hipótesis de que lo público toma la forma de la agenda, que no es ni homogénea ni heterogénea; en todo caso, evidencia una organización dinámica, donde algunos ejes transversales (operaciones espacio-temporales de organización discursiva) van guiando las flexiones entre las formas que hay que sostener y las apuestas por la variación.

La agenda funcionaría como gestora de tensiones del sistema, tensiones que son en algún grado cooperativas (el sostén colectivo de un tema o su “silencio”) y al mismo tiempo diferenciatorias (todos los medios se proponen ofrecer algo diferente, único, aún sobre un común denominador temático). Estas tensiones contradictorias hacen de ella el punto de ignición para las contradicciones acerca de lo público, variablemente evidentes para los actores sociales, y también para el propio sistema. Este doble paquete de efectos se aprecia, obviamente, en superficies discursivas diferentes.

En los medios mismos, las operaciones que listamos (la cuantitativa *presencia/ausencia*, y las cualitativas *jerarquización* y *agrupamiento temático*) son las que dan el fundamento a los ejercicios cooperativos y competitivos.

Al mismo tiempo –hay que decirlo–, siendo ontológicamente la realidad mediática *a lo que accede* el receptor (espectador, lector, oyente, etcétera) sobre el mundo colectivamente compartido, la agenda es el operador de confianza. Para llevarlo a un

extremo ya casi banal –por todo lo que se lo ha discutido–, los receptores no tienen acceso (metafóricamente hablando) a los hechos, sino sólo (literalmente hablando) a los discursos que los representan, refieren, tematizan; en ese sentido la *agenda* es la *mediatización de lo público o lo público mediatizado*.

Tensiones y fuerzas de la agenda

Pensando de este modo la noción de agenda, pasemos a lo que esta nos permite problematizar. Si la agenda es la disposición dinámica de temas, esa disposición revela tres fuerzas: *cooperativa*, *competitiva* y *reflexiva*. A las dos primeras las hemos mencionado y resaltado: cada medio produce sus disposiciones conociendo o anticipando su relación intertextual con el resto del conjunto. La tercera sintetiza y comprende a las otras, gestionando su ajuste. Los medios asumen que cada paso es una apuesta y siempre se puede leer allí el meta-nivel del posicionamiento buscado.

De este modo, como parte esencial de los procesos de mediatización, se asume que los temas expresan –intentan expresar, prometen expresar– el interés público. ¿Quién lo asume? Se enuncia así implícita y explícitamente en los medios, y se enuncia –pero también se pone en duda– en los discursos de los individuos receptores. Surge el meta-nivel que se puede ver desde lo enunciativo: el acto mismo de su puesta en discurso presume el interés, un interés no sólo del medio mismo, sino del receptor, lo que por supuesto no siempre se consuma, pero colabora en invocarlo. Esto en sí mismo es un problema, es una tensión nunca resuelta, porque condensa al mismo tiempo el deseo o interés propio de *acertar* qué le interesará al público, y el deseo o interés propio de *provocar* o *generar* el interés del público. La

diferencia entre ambas situaciones es indecible, está en el cálculo de las intenciones y de las profecías autocumplidas.

Aquí interviene la fuerza de la cooperación entre los medios, por la cual la agenda es un efecto de conjunto. La puesta en discurso simultánea entre múltiples fuentes mediáticas es el armazón de ese imaginario. Esto fue dando lugar a un claro comportamiento sistémico, donde el sentido de lo publicado no puede interpretarse por fuera de esa remisión al conjunto.

Luego tenemos la inversión de la carga de la prueba: el pensamiento según el cual algo se tematiza en los medios *porque* le interesa al público se apoya en dos hipótesis de sentido común, jamás fundamentadas. Una de esas hipótesis confunde la relación entre los medios y su consumo como una relación entre “oferta y demanda”, cuando en verdad es –en palabras de Wolton (1992)– entre “oferta y reacción a la oferta”. La historia muestra que, así como con la mediatización fue incrementando la autonomía de los llamados “medios masivos” respecto de las otras instituciones sociales, la autonomía respecto del comportamiento de los individuos consumidores de medios no fue progresiva sino originaria: por su naturaleza misma, los “medios masivos” no tienen en su proceso productivo ningún tipo de contacto bidireccional con la instancia espectral (en el mejor de los casos, se generan procesos paralelos para obtener algún tipo de dato acerca de la reacción de los receptores: mediciones y sondeos de audiencia, análisis de respuestas producidas por los mismos consumidores, etcétera), ni los individuos acceden a la discursividad mediática sin el costo de pasar a transformarse *ipso facto* en parte de ella misma.¹² Por lo tanto, han sido primordialmente las presuposiciones las que estructuraron las estrategias:¹³ en particular, la asunción del interés público de la agenda se basa en la presuposición *en producción* de un interés colectivo *en reconocimiento*.

La problematización que emerge a partir de esta noción de agenda habilita a pensar lo público mediatizado aproximadamente en términos de lo que Goody llama *contradicciones cognitivas*.¹⁴ Las condiciones de acceso a lo público, en tanto se basa en el presupuesto del interés colectivo, queda a merced de los recorridos individuales, produciendo sus propias condiciones de (*des*)confianza. Cuántas veces nos hemos preguntado, en un recorrido por los medios con resultado desparejo (temas inesperados, contradicciones, desproporciones, lagunas¹⁵) “¿a quién le importa esto?”, “¿qué interés habrá en que esto se sepa?”, “¿por qué lo dirán ahora y no antes?”, e inclusive “¿por qué habrán cambiado de opinión?”. La contradicción o desconfianza emergente es también un efecto de *agenda*, es decir, resultado de un recorrido *reflexivo* sobre tensiones *cooperativas* y *competitivas*.

12 Tema por demás interesante: la constitución de la voz no-mediática en los medios; remito aquí a algunas investigaciones propias y cercanas sobre este aspecto en géneros televisivos (Cingolani, 2006) y en medios gráficos y radiales de nuestro país (Garis, 2010, 2011, 2012).

13 Aún en las mediciones del “minuto-a-minuto” contemporáneas del consumo televisivo, se mide sólo eso, el consumo, no los efectos de sentido. Más aún: se mide el interés preasumido, y no –entre otros efectos mucho más complejos– el interés constatado.

14 “Las contradicciones cognitivas existen en aquellas situaciones en las que la comprensión del mundo puede transcurrir por dos o más caminos dada la naturaleza misma de la cognición. Estas situaciones son necesariamente inestables durante mucho tiempo. Es decir, si un grupo elige una línea de pensamiento, la otra constituye una alternativa potencial, a nivel social o a nivel individual. A nivel social tenemos una contradicción potencial (manifiesta a nivel analítico) y a nivel individual tenemos actitudes ambivalentes.” (Goody, 1999: 271). “La ambigüedad y la contradicción se sitúan, sin embargo, cerca del epicentro de los procesos comunicativos y cognitivos y resultan fundamentales para explicar los aspectos generativos de los fenómenos socio-culturales.” (Goody, 1999: 260).

15 Como las teorizadas por Luhmann (2000) y las observadas por Verón (1987).

Último momento: el acceso mediático a los medios. La red y la Red

Si *lo público* se construye en la mediatización, no debemos olvidar –por obvio que pueda parecer– que se construye como trayectorias de reenvíos intertextuales. Si la mediatización de *lo público* es en una de sus dimensiones una *representación de lo real*, ésta sólo es concebible como un conjunto (probablemente inextricable de modo exhaustivo) de reenvíos en forma de red. Si no hay una construcción única de lo público, idéntica para todos, es porque no se trata de un sustrato ontológicamente último, ni de una mera *imagen*, ni de un plano al que se accede o no de manera uniforme (para los cultores del encubrimiento o de la simulación), sino que tanto en producción como en reconocimiento se construye en el acceso mismo, y ese acceso es un recorrido en red, a través de múltiples reenvíos de diferentes características.

Nos lo recuerda Darnton (2003: 383¹⁶) a propósito de sus estudios sobre el París pre-revolucionario: la *red* siempre ha sido la forma de los modos de acceso y construcción de lo público. A lo público mediatizado, o *a lo público* –a secas, ya que no estamos interesados aquí en el siglo XVIII sino en las sociedades contemporáneas– se accede de dos maneras: pro-mediáticamente e inter-mediáticamente.¹⁷

16 Cito la página en la que el autor esquematiza una red de información, pero el artículo completo es sumamente valioso: “Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo xviii”, op. cit.: 371-429.

17 En el caso que estudia Darnton, esa red no es pro-mediática sino para-mediática, ya que en ninguno de sus puntos hay una tendencia a hacer confluir en un espacio más o menos centralizado de lo público en los medios, como sucede en sociedades altamente mediatizadas (Darnton, 2003: 373); se podría decir que entonces había mediación y no mediatización.

El acceso que podemos llamar pro-mediático es una trayectoria que se origina para alguien en el exterior de la red de reenvíos inter-mediática, es decir, a través de la discursividad que se desarrolla, en el ejemplo más habitual, entre individuos que conversan personalmente. El comentario, la recomendación, e inclusive la cita de lo que se produce en y por los medios, gestiona el interés por *lo público* y da pistas para su acceso en los medios: identifica el espacio mediático, con sus coordenadas espaciales y/o temporales de encuentro, tematiza sobre sus personajes, marcas, características, etcétera, empleando en algún grado los recursos clasificatorios ya estandarizados en los mismos medios (Cingolani, 2012). Mientras que esta trayectoria pro-mediática se considera un acceso a lo público en tanto *finaliza* en los medios, o al menos pasa por ellos en alguna de sus etapas, el acceso inter-mediático se gestiona desde los mismos medios, mediante reenvíos por publicidades, promociones, críticas, citas de archivo, etcétera. Ahora bien, el acceso inter-mediático en toda la era previa a las redes informáticas es sólo, o casi sólo, intertextual. Vale decir, las plataformas de acceso y conexión entre distintos soportes están físicamente *separadas*; entre un medio gráfico, uno radial, uno televisivo, e inclusive uno cinematográfico, hay un hiato que es insalvablemente *físico*. Estos hiatos son, sin embargo, tan importantes, que incluso sus despliegues llegan a estar instituidos, en un altísimo grado, en zonas del recorrido doméstico y urbano según usos y costumbres sociales fuertemente consolidadas (aunque también cambiantes). La lectura privada del diario (en el hogar) y también la pública (en el café, en el subte, etcétera), la escucha radiofónica en el automóvil, la peluquería o la sala de espera, la pantalla televisiva del bar y la del living hogareño, organizan un tejido que puede describirse al mismo tiempo en términos intertextuales, territoriales, y sociológicos, siempre mediados por las conversaciones densamente signifi-

cantes al respecto. Al cine en la sala se llega por caminos físicos y discursivos muy distintos que al filme visto por televisión en la programación del sábado, y la tertulia posterior queda también enmarcada por actividades de socialización diferentes.

Otro tanto sucede con el recorrido dentro del mismo soporte, condicionando los reenvíos: las respectivas plataformas (el kiosco de diarios y revistas, el espectro radiofónico en el dial, la grilla de canales en televisión) agrupan a los medios por enlaces realmente pobres en lo que respecta al paso de un punto a otro. Así, la costumbre del canillita –que con su lógica por las conveniencias comerciales, distribuye en zonas centrales y secundarias las tapas para la visibilidad del transeúnte–, la horizontal linealidad de las frecuencias graduadas en el dial radiofónico y el no menos disputado orden de aparición y ubicación en el vecindario de los canales mediante la numeración en la televisión por cable o por parabólica –que actualmente, es motivo de discusión y gestión política central– balizan las rutas de los individuos espectadores. En esa circulación, el *zapping* a través del dispositivo del control remoto ha sido la antesala de la decisión de recorridos no-lineales. Pero esos recorridos sin embargo estaban muy lejos de la navegación...

Probablemente, un umbral de cambio, en nuestro país, ha sido la presencia de espacios mediáticos que producen y tematizan reenvíos inter-mediáticos, con un impresionante crecimiento en la última década.¹⁸

18 Hemos podido estudiarlos en Cingolani, 2010.

En la contemporaneidad, a través de la particular red que es internet, la trayectoria de acceso además de *intertextual* es, por decir así, “intra-textual”: no es necesario ir “a otro lado”, no es necesario viajar de soporte en soporte por espacios físicos que no dejaron de ser también partícipes fundamentales en las trayectorias, como las calles, ferias, plazas, bares, clubes, parroquias, ateneos partidarios, oficinas, estadios, teatros, *lobbies*, entre muchos otros. Actualmente, las trayectorias de acceso a lo público pueden desarrollarse en la misma interfaz. La mayoría de los medios aparecen en la Red, y los espacios en pantallas de manejo ubicuo no sólo son escenarios de circulación de lo que antes ya era inter-mediático (el reenvío entre textos de diferentes medios, a los que se sumaron nuevos) sino también de lo que fue pro-mediático: los comentarios inter-individuales y la posibilidad del “posting”, del “linking”, son activados por los propios individuos.

El impacto de estas nuevas trayectorias intra-mediáticas en la agenda no es menor. Por el momento, los espacios mediáticos pertenecientes a empresas previas a internet conservan la costumbre de evitar el reenvío explícito a sus competidores. Esto último se entiende, pero es una excepción en la dinámica de la Red; hasta podría decirse que la contradice. Además de los motores de búsqueda genéricos y específicos, es enorme la cantidad y variedad de espacios, de orígenes individuales e institucionales, que trabajan sobre el reenvío explícito, la recomendación, replicación, crítica y edición de lo producido en *otros medios*.

En específico, por caso, a través de las plataformas tipo “red social” se desarrolla un contrato de hacer público desde la marca de la individualidad. Pero la organización de la superficie discursiva impide utilizar el conjunto de operaciones que el sistema de medios masivos: salvo la disposición por *presencia/ausencia*, donde tanto la novedad como la repetición juegan un papel, la

jerarquización y la *tipificación* quedan de lado. Digamos que en principio el impacto recae sobre la transformación de las operaciones *cualitativas*: es lo que representa ni más ni menos el valor de la opinión a través de la palabra en *Facebook* y *Twitter*, no tan alejado del funcionamiento que tienen los comentarios debajo de las noticias de los medios *on line*. (Interesante: estas opiniones son retomadas luego por los medios tradicionales, reentrando de otro modo en el sistema *medios*). La centralidad de los medios anteriores a la Red se ha estado debilitando, y las trayectorias que constituyen *lo público*, sin dejar de ser *mediatizadas*, van siendo operadas por otros actores que no son necesariamente las empresas e instituciones mediáticas. No me refiero a lo que sucede *en recepción* (eso ya sucedía), sino *en producción*: individuos u organizaciones ajenas a las empresas de medios producen tejidos de reenvíos accesibles por otros, conformando una *¿agenda?* cada vez menos nucleada en el sistema medios, lo que se traduce como *un acceso a lo público cada vez menos generalizable*. *¿Cuál* será la forma de lo público con los nuevos modos de acceso en los próximos años?

Bibliografía

- BREGMAN, Dorine, “La función de agenda: una problemática en transformación”, cap. 14 en J.-M. Ferry, D. Wolton *et al.*, *El nuevo espacio público*. Barcelona, Gedisa, 1998.
- CHARTIER, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1994.
- CHARTIER, Roger, *El orden de los libros*. Barcelona, Gedisa, 2000.
- CHARTIER, Roger, *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires, Katz, 2006.
- CINGOLANI, Gastón, “Lo «serio» y lo «sensacionalista» en el periodismo televisivo: un problema de juicio de gusto.”, *Memorias de las V Jornadas de Investigadores de Comunicación, Red Nacional de Investigadores de Comunicación y la U.N.Entre Ríos, Paraná, 2000*.
- CINGOLANI, Gastón, “Juicios de gusto sobre canales de noticias. Un análisis discursivo”, Tesis de Maestría, Facultad de Cs. Políticas y RR.II. Rosario, Universidad Nacional de Rosario, inédita, 2004.
- CINGOLANI, Gastón, “¿Por qué el *reality* no se comió a la TV? (Puestas en escena del “hombre común”: enunciación, institución y dispositivo en los shows informativos.)”, en Cingolani, Gastón (ed.), *Discursividad televisiva*, pp. 81-106. La Plata, Edulp, 2006.
- CINGOLANI, Gastón, “Tapas de semanarios argentinos en el siglo XX: historia discursiva de un dispositivo y dos medios”, en Berman, M.; J.L. Fernández, D. Fraticelli y D. Koldobsky (Comps.), *Desde la semiótica, historia/s de los medios: Ponencias del 1º Encuentro de investigaciones*, pp. 192-205. Buenos Aires, FCS.-UBA., AAS, 2007.
- CINGOLANI, Gastón, “Crítica de medios: agenda, memoria y opinión colectiva”, en *Figuraciones, teoría y crítica de arte*, nro.

7. Buenos Aires, Área Transdepartamental de Crítica de Artes, IUNA, 2010.
- CINGOLANI, Gastón, *Para una teoría de las operaciones enunciativas de los juicios de gusto*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, inédita, entregada a la espera de Defensa: diciembre de 2012.
- DARNTON, Robert, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México DF, FCE, 2003.
- DARNTON, Robert, *El beso de Lamourette*. Buenos Aires, FCE, 2010.
- EISENSTEIN, Elizabeth, *La imprenta como agente de cambio*. México DF., FCE, 2010.
- FERNÁNDEZ, José Luis, Claudia López Barros, y José Luis Petris, “El Mundo condensado/r e ilustrado/r”, IX Congreso Nacional de Historia, Academia Nacional de la Historia. Rosario, 1996.
- FERRY, Jean-Marc, “Las transformaciones de la publicidad política” cap. 1 de J.-M. Ferry, D. Wolton *et al.*, *El nuevo espacio público*. Barcelona, Gedisa, 1998.
- GARCÍA, Héctor Ricardo, *La culpa la tuve yo*. Buenos Aires, Planeta, 2012.
- GARIS, Ana Victoria, “Corazones en conflicto: El consultorio sentimental en Argentina (1920-1975)”, en *La Trama de la Comunicación. Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*, Vol. 14, 123-149. Rosario, Escuela de Comunicación Social, UNR, UNR Editora, 2010.
- GARIS, Ana Victoria, “El Consultorio Sentimental radiofónico”, en Andruskevich, C. y C.G. Melo (comps.), *Actas del VIII Congreso Nacional y III Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica: Cartografía de investigaciones semióticas*. Posadas, Asoc. Argentina de Semiótica, 2011.
- GARIS, Ana Victoria, “El amor está en el aire: el consultorio sentimental radiofónico”, en *F@ro*. Revista teórica del Departamento de Ciencias de la Comunicación, nro. 15, Fac. de Cs. Sociales, Universidad de Playa Ancha, 2012. Disponible en: <http://web.upla.cl/revistafaro>.

- GOODY, Jack, *Representaciones y contradicciones*. Barcelona, Paidós, 1999.
- GUTIÉRREZ RETO, Matías, “Dispositivo radiofónico y vida cotidiana en los inicios de la radiodifusión”, en Fernández, J. L. (dir.), *La construcción de lo radiofónico*, pp. 155-175. Buenos Aires, La Crujía, 2008.
- HJARVARD, Stig, “The Mediatization of Society. A Theory of the Media as Agents of Social and Cultural Change”, *Nordicom Review* 29: 2, pp. 105-134, 2008.
- LUHMANN, Niklas, *La realidad de los medios de masas*. Barcelona - México, Anthropos - Universidad Iberoamericana, 2000.
- MARTIN, Henri-Jean, *La aparición del libro*, tomo LXX de *La evolución de la humanidad*. México, Uteha, 1962.
- MARTIN, Henri-Jean, “La imprenta”, en R. Williams, *Historia de la comunicación*, vol.2. Barcelona, Bosch, 1992.
- SAÍTTA, Sylvia, *Regueros de tinta*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- STEIMBERG, Oscar y Traversa, Oscar, “Para una pequeña historia del lenguaje gráfico argentino”, en *Estilo de época y comunicación mediática*, pp. 33-74. Buenos Aires, Atuel, 1997a.
- STEIMBERG, Oscar y Traversa, Oscar, “Por donde el ojo llega al diario: el estilo de primera página”, en *Estilo de época y comunicación mediática*, pp. 75-90. Buenos Aires, Atuel, 1997b.
- VARELA, Mirta, *La televisión criolla: desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna (1951-1969)*. Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- VERÓN, Eliseo (1981), *Construir el acontecimiento*, 2da. edición. Barcelona, Gedisa, 1987.
- VERÓN, Eliseo (1988), *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, 2da. edición. Barcelona, Gedisa, 1993.
- WOLTON, Dominique, *Elogio del gran público*. Barcelona, Gedisa, 1992.

CAPÍTULO V

Tiempo, distancia e intermediación en el espacio público mediatizado

Por *Mariano Fernández*

Introducción: la mediatización en diacronía y sincronía

La mediatización es un proceso histórico. Como tal, se despliega en diacronía, esto es, debe entenderse como diferencia o contraste entre épocas y formaciones sociales según las tecnologías de comunicación y los fenómenos mediáticos que le son característicos, y según la amplitud con que esas tecnologías y esos fenómenos se inserten en las condiciones productivas del funcionamiento del sentido en aquellas sociedades. La escritura fue, hace al menos cinco milenios, la primera tecnología de comunicación (Goody y Watt, 1963; Ong, 1982) pero durante miles de años su despliegue social fue limitado; permaneció como un recurso en manos de las élites gobernantes o de grupos culturalmente privilegiados. La imprenta, en el siglo XVI, al habilitar la reproducción mecánica de textos, generó las condiciones para la circulación de discursos –libros, panfletos, libelos– en escalas colectivas ampliadas, pero esa potencialidad permaneció conte-

nida, entre otros factores, por la limitante de una alfabetización restringida.

En perspectiva, la mediatización afecta, en principio, sólo esferas circunscriptas de prácticas sociales –la contabilidad y la legislación del estado (Goody, 1995); la producción y acumulación del conocimiento académico y literario (Chartier, 1995); la circulación de novedades relativas a los círculos de poder (Darnton, 2003)- y, a lo largo de la historia, se expande como en formas concéntricas hasta superponerse con –la expresión es figurada- los límites mismos de la sociedad. La aceleración mediática del siglo XX, encarnada paradigmáticamente en los “medios de comunicación de masas” y consolidada por la difusión de las computadoras personales y, ahora, por Internet y las tecnologías interactivas, acentuó el contraste de épocas: le imprimió un efecto de ruptura, como si no pudieran trazarse continuidades con el pasado. Para nombrar el nuevo tipo de sociedad se propusieron rótulos, como “sociedad de la información” o “sociedad del conocimiento”, que bien podrían aplicarse a las formaciones sociales anteriores¹.

Por otro lado, la mediatización también irrumpe en sincronía como contexto o trasfondo de fenómenos singulares. Esta es la variante más transitada en sus usos académicos: se la *pre-supone* como el estado de situación del cual se pretenden estudiar manifestaciones puntuales. Puede, por lo tanto, identificarse en un momento determinado, a propósito de un problema deter-

1 Recomiendo la lectura del artículo de Robert Darnton (2003) titulado: “Una de las primeras sociedades informadas: las novedades y los medios de comunicación en el París del siglo XVIII”, notable reconstrucción de la circulación de novedades sobre la vida política del París del Antiguo Régimen.

minado: la socialización política, el aprendizaje escolar, las actividades lúdicas, el funcionamiento del espacio público, etc. En estos casos, el proceso histórico se circunscribe a un conjunto de condiciones productivas que afectan las formas de producción, circulación y reconocimiento de los discursos sociales, sean las maneras de acceder a la información sobre temas públicos que pueden definir prácticas ciudadanas o los efectos que las tecnologías de comunicación tienen sobre la institución escolar y su relación con sus entornos. No es casual que identifiquemos, incluso de manera intuitiva, *mediatización y medios de comunicación de masas*; no es casual ni tampoco errado, a condición de que se acepte que también las instituciones de medios y sus prácticas están condicionadas, a su vez, por la emergencia de tecnologías de comunicación y por las modalidades de apropiación y uso que cada sociedad hace de ellas.

El espacio público moderno, que emergió como una suerte de intermedio entre el Estado absolutista y la sociedad civil (Habermas, 1990), es un buen ejemplo de mediatización en escala reducida. Como forma de intercambio colectivo, el espacio público es, desde su origen en el siglo XVIII, una actividad mediatizada: está directamente articulado a la circulación de textos –periódicos, revistas- y a la discusión sobre textos –libros, obras de teatro, etc. Pero sobre todo, está signado por la emergencia de la figura del “público”, que si bien no deja de ser el reverso estilizado de la pertenencia de clase, un colectivo con atributos excluyentes –dotado de una racionalidad, de una moral, de un estilo- no puede reducirse sólo a eso. El “público” no es sólo una magnitud empírica, sino una función sociológica que se activa cuando la producción de discursos se hace ante el horizonte de lo colectivo y lo anónimo y tiene por efecto virtual la puesta en común sin proximidad, o lo que Chartier llamó “una comunidad sin presencia visible”.

Tal vez el planteo no sea sutil, pero tampoco somos tan brutos: entre las formas burguesas de sociabilidad y las formas contemporáneas –inabarcables, heterogéneas, irreductibles a una norma paradigmática- del espacio público hay un vacío que debe ser completado con explicación histórica. Aquí, lo que nos interesa señalar es que lo que resulta “mediatizado” no es una sustancia sino una relación de intercambio discursivo. ¿Qué es el espacio público *mediatizado*? No es tan sólo un lugar físico –una plaza, una calle, el Parlamento- sometido a la intervención y difusión mediática; tampoco designa sólo a esos lugares, físicos también, creados por los propios medios, como el set de televisión o el estudio de radio. En términos estructurales, la mediatización afecta las condiciones productivas del sentido allí donde éstas implican una ruptura de escala espacio-temporal por la presencia de dispositivos tecnológicos de comunicación; y refiere, a su vez, a la articulación entre la producción y el reconocimiento (Verón, 2004) por la puesta en circulación de discursos-de imágenes, palabras, cuerpos, sonidos- por encima de los horizontes circunscriptos de relaciones interpersonales y de espacios de co-presencia.

En ese doble juego de ruptura y articulación se insertan, históricamente, el periodismo (como práctica) y los medios (como instituciones). Lo hacen introduciendo horizontes de tiempo que condicionan las temporalidades de otras instituciones sociales; lo hacen modificando las maneras de experimentar y conocer las realidades colectivas y de vincularlas con las experiencias individuales; lo hacen instituyendo un lugar de enunciación que los coloca como interlocutores del “público”, lugar desde el que observan el devenir social y el funcionamiento de las demás instituciones, sean políticas, religiosas, educativas. Este ensayo estará dedicado, precisamente, a reflexionar sobre el periodismo y los horizontes de tiempo que él mismo crea, con los que convive y sobre los que se yuxtapone. También, a pensar sobre los umbra-

les del mundo producido bajo condiciones de mediatización y las experiencias que se sitúan en el límite de lo no mediatizado, particularmente cuando esos umbrales expanden los límites de la experiencia individual y subjetiva. Finalmente, queremos reflexionar sobre la intermediación, concebida como un modo de activar la articulación entre los polos de la circulación discursiva y de ocupar un lugar de enunciación en la distancia que se abre entre esos polos.

Ritmo y compás

En un breve ensayo titulado “El pudor de la historia” (1952), Borges evoca una anécdota sobre Goethe. Cuenta que en 1792, estando en París, el poeta alemán se entera del resultado de la Batalla de Valmy, en la cual dos agrupamientos de tropas revolucionarias –reunidas de improviso, sin una dirección unificada– detienen el avance del ejército prusiano, obligado por la derrota a iniciar una retirada del territorio francés. Ese episodio fue considerado, *más tarde*, como un acontecimiento clave para la consolidación de la Revolución, pero Goethe, frente a ese inesperado desenlace, *en ese mismo momento*, hace este comentario: “En este lugar y el día de hoy, se abre una época en la historia del mundo y podemos decir que hemos asistido a su origen”. La clarividencia puede ser asombrosa o temeraria, pero Borges no repara en la calidad de la profecía², sino en su tono, y escribe:

2 “Desde aquel día”, dice Borges, “han abundado las jornadas históricas y una de las tareas de los gobiernos (...) ha sido fabricarlas o simularlas, con acopio de previa propaganda y de persistente publicidad”.

“Tales jornadas (...) tienen menos relación con la historia que con el periodismo: yo he sospechado que la historia, la verdadera historia, es más pudorosa y que sus fechas esenciales pueden ser, asimismo, durante largo tiempo secretas”³.

Puede que tenga razón Borges: no es difícil reconocer, en esa pretensión anticipatoria de Goethe, la tonalidad impactada a la que nos ha acostumbrado el periodismo, tentado siempre de encontrar en los acontecimientos que son, al mismo tiempo, su materia prima y los efectos de su trabajo, los signos de rupturas, cambios y transformaciones. O sus reversos: orígenes, inicios y albores. En las superficies mediáticas circulan las figuras míticas de la temporalidad: las Eras, los Períodos, los Ciclos, los Procesos... Duraciones temporales imposibles de abarcar, para el propio periodismo, por las condiciones mismas de inserción en la temporalidad colectiva: ese entretiempos suspendido entre el pasado y el futuro, esa suerte de presente absoluto que es la actualidad. Imposible, además, porque salvo la inauguración de obras públicas, el ciclo lectivo o algunos matrimonios, no existen eventos (menos aún, “históricos”) que puedan declararse abiertos o clausurados de antemano. Ese es, siempre, un resultado *a posteriori*. Al pudor con que la historia debe lidiar con los indicadores del tiempo le corresponde, a veces, el impudor y la temeridad con que lo hace el periodismo.

Pero sería un error imputar a una disposición subjetiva o a una voluntad impaciente lo que en realidad parece corresponder a un lugar de observación que, como tal, es antes que nada un límite: se define no sólo por lo que permite ver como por aquello

3 Cursivas nuestras.

que deja de mirar, que no puede percibir. “En la representación de la realidad por parte de los medios de masas, explica Luhmann (2000: 114), resaltan, sobre todo, las rupturas: temporales o sociales. La conformidad, la concordancia, la repetición de lo habitual, las constantes de posibilidades aparecen, siempre, fuera de foco”. El presente es siempre una transición; la actualidad, temporalidad mediatizada, es una “cronometría artificial” (Luhmann, 2000: 121). No es el pasado, no es el futuro. Es el preciso lugar en que se genera una diferencia con lo ya conocido, allí donde puede existir algo que lleve el nombre de “información” o su reverso inherente, el olvido sistemático. Como dice Tomás Abraham (2003), el dispositivo mediático tiene una medición temporal con la que se marca el presente al mismo tiempo que se inhibe la duración. El presente es, en sí mismo, sólo un punto de rompimiento, o “sólo la posición del observador”. En los discursos que circulan por encima de los horizontes de la experiencia individual, como el de los medios o como el de la ciencia, la perspectiva no es sólo un problema de distancia espacial. Es una ubicación en el tiempo.

Menos que la crítica del impulso presuntuoso (ponerse en posición de anunciar Eras que se cierran y Ciclos que se abren) y de una retórica correspondiente (“se abre una Época en la historia del mundo”...) lo interesante de la observación de Borges es la distinción de dos modos de observar y lidiar con los acontecimientos y sus duraciones. Lo que parece consustancial a una parece no resultar evidente en el otro. La historia trabaja sobre y con el tiempo, guiada por la necesidad de darle inteligibilidad a duraciones que no se instituyen por sí mismas pero que tampoco se dejan instituir de una vez y para siempre. El periodismo parece atorado en el tiempo, o por el tiempo. Y sin embargo, tal y como lo conocemos desde el siglo XIX, el periodismo –como discurso y como producto textual- es tanto un sistema de cla-

sificación de la realidad como un modo de seccionar, articular y yuxtaponer tiempos individuales y tiempos colectivos, y de intervenir sobre los horizontes de tiempo de otras instituciones sociales que conviven en el espacio público.

El periodismo funciona articulado al sistema de medios, y los medios no sólo son empresas que administran su capital económico o actores políticos que operan en función de intereses e ideologías. Son, en particular, administradores de tecnologías de comunicación y en ellas fundan su capacidad –su poder– de ritmar los tiempos del espacio público: los diarios, durante buena parte del siglo XIX y los medios masivos, ya bien entrado el siglo XX, le han dado al espacio público un patrón temporal –la Actualidad– y también sus compases –el día, el minuto, el segundo. Pero no lo han hecho como quien modela una materia plástica sino acompañando transformaciones en la velocidad de los intercambios sociales de las que el mismo periodismo es una expresión, o un efecto.

En su estudio sobre el que es considerado como el primer periódico en el sentido moderno, *La Presse*, fundado por Emile Girardin en 1836, Thérenty y Vaillant (2001: 9) sostienen que el periódico es un artefacto cultural que surge en el marco de transformaciones que imponen nuevos ritmos, que escanden el devenir del tiempo y dotan a las sociedades de una nueva percepción, individual y colectiva, de la temporalidad. El entorno en el que el periódico se consolida como un fenómeno mediático y comercial, es uno en el que “la vida se presenta como una sucesión de momentos y una superposición de ritmos, como acumulación de tiempos fragmentarios”. Hay una superposición de ciclos inducidos por la nueva organización económica y social: ciclos de la actividad política y parlamentaria, de la industria y de los transportes, de los medios, de la vida ciudadana, etc. Esta nueva relación con el tiempo, explican Thérenty y Vaillant, “se

acompaña con una mayor movilidad en el espacio: los medios de comunicación se modernizan, los viajes se generalizan (...). Una de las formas más visibles de esta civilización del ritmo generalizado es el desarrollo, en el siglo XIX, de la prensa periódica”.

Benedict Anderson comenta, en un pasaje de su libro *Comunidades Imaginadas* ([1983] 2006), que Hegel decía que los periódicos le servían al hombre moderno como sustituto de sus plegarias matutinas. Anderson dedica unas breves páginas de su libro a explicar ese nuevo rito propio del siglo XIX y que parece estar, junto a otros procesos, en la base de la idea de “nación”. Recordemos: Anderson sostiene que “la nación” es un artefacto cultural de la modernidad, y la define como una “comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana”⁴. La imaginación no es la invención incondicionada, sino el imaginario que unifica lo diverso, lo heterogéneo, lo desvinculado. Y tal imaginario no es posible sin una concepción del tiempo que habilite la simultaneidad del *mientras tanto*, del estar compartiendo un instante en un devenir con personas a las que, sin embargo, uno jamás conocerá en su vida. “Lo que ha llegado a tomar el lugar de la concepción medieval de la simultaneidad a lo largo del tiempo –como dice Benjamin- es una idea del ‘tiempo homogéneo, vacío’, donde la simultaneidad es, por decirlo así, transversa, de tiempo cruzado, no marcada por la prefiguración y la realización, sino por la coincidencia temporal y medida por el reloj y el calendario” (Anderson, 1991: 46).

Anderson cree que esta idea del tiempo simultáneo puede explicarse por el surgimiento de dos artefactos culturales que son,

4 No es nuestra intención retomar esa frase para convertirla fatalmente en un eslogan. Remitimos al libro de Anderson, del que esa frase es, apenas, el enunciado de una tesis.

casi, contemporáneos: las novelas y el periódico. Por eso, se pregunta: “¿Cuál es la convención literaria esencial del periódico?”. Y responde: la yuxtaposición de eventos que no tienen ninguna conexión fáctica entre sí. “La arbitrariedad de su inclusión y yuxtaposición (...) revela –dice Anderson- que la conexión existente entre ellos es imaginada”. La cuestión, ahora, es entender de dónde viene tal conexión. Para el autor deriva de dos fuentes. La primera, de “la coincidencia en el calendario” (1991:57), es decir, por estar compartiendo un mismo tiempo. La segunda fuente de conexión imaginada se encuentra en la relación que existe entre el libro, el periódico y el mercado. “En un sentido bastante especial, el libro fue el primer producto industrial producido en masa, al estilo moderno” (1991:59). El periódico, como un bien industrial producido a escala masiva sería, según esta idea, “sólo una forma extrema del libro”. Excepto por un detalle crucial: a diferencia del libro, el periódico es un bien que se vuelve obsoleto en el mismo día. Pero precisamente por eso, la lectura del diario constituye “una ceremonia masiva extraordinaria: el consumo casi en simultáneo (“imaginado”) del periódico como ficción” (1991: 60). Masiva, extraordinaria, y también paradójica: “la ceremonia se realiza en una intimidad silenciosa, en el cubil del cerebro. Pero cada comunicante está consciente de que la ceremonia está siendo repetida simultáneamente por miles (o millones) de otras personas en cuya existencia confía, aunque no tenga la menor noción de su identidad” (2006: 61). El periódico se lee individualmente pero con la conciencia de estar participando en un tiempo compartido.

A diferencia de otros discursos de los que es derivado y compañero (el libro, el panfleto, el almanaque, el libelo) el discurso del periodismo fue el primero, en la era de lo escrito impreso (digamos, desde el siglo XVI en adelante), que se fundó en un contrato de comunicación basado en el puro principio de perio-

dicidad y no en los ciclos naturales o en la trascendencia de los fenómenos sobre los que hablaba (Verón, 2011). El periodismo, en su génesis, tiene menos que ver con la voluntad de dominación y la inoculación de ideas que con el calendario, el reloj, el tren y los ritmos, ahora enloquecidos, de la vida urbana. El riesgo de la intrascendencia, de la sobrevaloración de un evento, pero también de la incoherencia, de la reunión de hechos que no tienen un lazo existencial ni temático entre sí, ese riesgo está inscripto en el imperativo genético del periodismo: cumplir con el pacto de periodicidad, aunque sin saber, de antemano, de qué nos hablará. Y este es un imperativo del que no pueden escapar siquiera las variantes más nobles o menos contaminadas por nexos oscuros.

La mediática

Aquella intuición fenomenológica (la consciencia del consumo simultáneo y por eso compartido) es sugerente pero incomprobable. La volvemos a encontrar –no casualmente– en observaciones contemporáneas sobre el “gran medio” del siglo XX, la televisión, que funciona sobre la base de un dispositivo mejor preparado para producir el efecto de simultaneidad que Anderson le asigna a la lectura y a la puesta en página de los diarios. La televisión, en ese sentido, pudo y puede realizar ese efecto que en el caso del periódico permanece como ficción: puede trabajar sobre la ilusión de correspondencia entre el flujo de su discursividad y el tiempo cotidiano no mediatizado y puede hacer que ese “mientras tanto” no sea un mero efecto de imaginación, sino otra correspondencia, esta vez entre el momento de la expectación y el momento en que sucede el hecho narrado, a través del vivo y en directo.

Sin embargo, persiste, como problema, la confirmación de ese instante de comunión, de simultaneidad compartida que activa el vínculo colectivo entre todos los que, aquí y ahora, están mirando “lo mismo”: un partido de fútbol, el funeral de un ex presidente, los Juegos Olímpicos o la asunción de un nuevo Papa. Para Wolton la televisión implica “la realización individual de una actividad colectiva” (2000: 81). En su defensa de la televisión generalista o de “gran público” el sociólogo francés se preguntaba qué era *fundamentalmente* la televisión y respondía que era *imágenes y vínculo social* pues “el espectador, mirando la televisión, se suma a ese público potencialmente inmenso y anónimo que la mira simultáneamente, y mantiene con él, de esa manera, una suerte de vínculo invisible”.⁵

Daniel Dayan (2000), por su parte, entiende que “la experiencia que consiste en mirar televisión no puede describirse en términos simplemente individuales”. El flujo mediático corre hacia delante, independientemente de los lectores, de los espectadores, los escuchas o los internautas. Pero el ingreso a la interfaz mediática es un momento individual que activa ese flujo, que lo reincorpora a la temporalidad de los actores. Ver televisión, dice Dayan, “es ver con, *es entrar en interacción con un ‘contra-campo’ constituido por todos aquellos que miran simultáneamente la misma imagen televisiva o, más exactamente, con todos aquellos que imaginamos que lo hacen*”. Esa experiencia implica siempre un momento de activación donde la enunciación se hará en directo “permitiendo así acceder al registro de

5 Verón (2001: 93) ha señalado que la hipótesis del “gran público”, que activa su identificación por el vínculo social que genera la televisión, es una definición hecha “en producción” y, en ese sentido, “una hipótesis empírica a verificar en el trabajo de campo”.

ver con, de entrar en la comunidad imaginaria de aquellos que lo miran al mismo tiempo”.

Pero compartir es un acto de ofrenda mutua, una decisión deliberada, y lo que en realidad han creado las tecnologías de comunicación y las instituciones mediáticas modernas es una *zona de cohabitación* sin un acuerdo de partes: el espacio público mediatizado. No hace falta recurrir a un momento mítico en que, al tomar contacto con las superficies mediáticas mediante la lectura del diario, la escucha de la radio, la expectación de la televisión o navegando en internet, se enciende en nosotros la conciencia de estar ingresando a un mundo común. Lo que nos alcanza es la evidencia de que, en esas superficies, se despliega el tejido semiótico de la vida colectiva y que ese despliegue no es un espectáculo dispuesto para el individuo. Allí están los cuerpos, las voces, los colectivos, las biografías, las estadísticas, las fantasías, los tabúes, los deseos, los pudores, las pasiones, las humillaciones, las mentiras y las verdades. Y esto habrá que aceptarlo sin reparos positivistas: *la mediática* –que no es la economía, que no es la política- no remite a un mundo de simulacros, sino a las condiciones de posibilidad de una experiencia (Abraham, 2007).

Zona y espacio: no es fácil evadir el imaginario topográfico. Y de hecho, la mediática parece tener una relación indirecta con los territorios. Habermas (2005: 57), por caso, entiende que el efecto primero de las tecnologías mediáticas sobre el espacio es una doble *abstracción*: por un lado, al generalizar las estructuras espaciales donde se suceden las interacciones interpersonales desconecta los problemas de los contextos vitales y concretos de la comunicación; por el otro, e instauro la figura inaprensible de un público de anónimos. Pero también podemos aceptar que las superficies mediáticas son lugares a los que se entra y se sale, por donde circulan cuerpos, miradas, palabras, sonidos.

Las tecnologías mediáticas⁶ han tenido por efecto histórico un desencanche de lo público y las interacciones espaciales, pero eso no ha llevado a una anulación del estar-en-el-espacio sino a un efecto de re-dimensión del espacio público al dotarlo de autonomía temporal no limitada por la interacción territorial. Eso que denominamos desencanche tal vez se deje entender mejor si se asume que la proliferación de soportes tecnológicos de comunicación autónomos respecto de los individuos (Verón, 2002: 130) ha multiplicado procesos de descontextualización del sentido, permitiendo modalidades de circulación discursiva previamente imposibles, y habilitando modos de existir de lo colectivo tales como las “comunidades imaginadas” de las que habla Anderson.

Vale recordar, aquí, que el trabajo pionero de Habermas sobre la publicidad burguesa ([1962] 1990) tenía como objeto un complejo de relaciones sociales que estaban siendo condicionadas por el desarrollo de productos mediáticos como los periódicos y las revistas⁷. Y que el propio Kant ([1784] 2003) había concebido al uso público de la razón como aquel que hace alguien, en calidad de docto, frente a su público de lectores. Es decir, el primer efecto de la mediatización sobre el espacio público es el de habilitar la concurrencia de personas ausentes a propósito de temas que ya no conciernen sólo al fuero individual. Se nos objetará que la referencia a la sociedad del siglo XVIII es impertinente, que no ofrece valor comparativo. Puede ser, pero no estamos poniendo en juego la descripción de una “sociedad” sino

6 Y no las instituciones de medios, que, desde el punto de vista de la evolución histórica, deben concebirse como un resultado contingente de esas tecnologías.

7 El propio Habermas probablemente renegaría de esta evocación en el contexto de un escrito, como el nuestro, que prescinde del escarmiento normativo. Digamos entonces que lo citamos a pesar de esa diferencia.

evocando la función primera de toda tecnología mediática: volver probable lo improbable, recomponer los puntos de ruptura de la comunicación (Luhmann, 1998).

Decíamos, entonces, que la mediatización del espacio público introduce una ruptura en su ontología o, para ser menos pretenciosos, en sus límites relativos. Tenemos, pues, dos modos de ser del espacio público cuyo umbral es la mediática. La mediatización –que es, finalmente, el proceso histórico en el que se va instituyendo la mediática- ha provocado un efecto de multiplicación y expansión de los ángulos de visibilidad de lo colectivo al romper con los límites inmanentes del campo de experiencia individual. Pero no sólo eso. Las instituciones de medios producen, también, “lo público” como un entorno al que, a través de ellas, otros actores sociales buscan hacer circular sus discursos. Esto instauro dos condiciones de producción que es común a todos los discursos que se generan en los medios: *la imprevisibilidad de los efectos* (que replica, en la escala colectiva, la no linealidad de la circulación del sentido) y *la exigencia consecuente de poner en circulación puntos de vista generalizables*, sostenibles públicamente, que se enfrentan a la imposibilidad de controlar el acceso a su discurso y deben lidiar, en cambio, con el fantasma de un destinatario sin atributos individuales porque es siempre colectivo.

Este efecto de base produce un desdoblamiento (y no un reemplazo) de lo público, que por lo tanto *no queda reducido a su faz mediatizada*. En el prólogo a ese libro cuyo título corrió la mala suerte de convertirse en un slogan de la economía intelectual en las ciencias de la comunicación (*Construir el acontecimiento*) Verón (1987) decía que hablar de “actualidad” consistía en pensar “la producción de la realidad como experiencia colectiva” (1987: 4). Esa propuesta implicaba *dos discusiones*. Una –lo decimos, ahora, sin pudores- refería a la ontología de

la discursividad mediática. La actualidad, explicaba Verón -anticipando bajo la forma de un enunciado teórico la conclusión de una investigación empírica- “no es un simulacro porque el discurso que la construye no representa nada: no hay, en ningún lado, una original”⁸. Los medios no producen todo lo “real”. Producen “la realidad de una sociedad industrial en tanto *realidad en devenir, presente como experiencia colectiva para los actores sociales*”⁹. La otra discusión tenía que ver con la experiencia de los límites o, mejor dicho, de *los umbrales* entre el orden mediatizado y el no mediatizado de la experiencia: “Después de que los medios los han producido, los acontecimientos sociales empiezan a tener múltiples existencias, fuera de los medios: se los retoma al infinito en la palabra de los actores sociales, palabra que no es ‘mediática’. Es por eso que dicha realidad es *nuestra* realidad, vale decir, inter-subjetiva” (1987: 5).

Verón sostiene que la experiencia del devenir social en los medios es una experiencia colectiva, autónoma respecto de la experiencia subjetiva de cada actor social. Entre la experiencia subjetiva (no mediatizada) y la actualidad (realidad mediatizada) se abre una distancia insalvable, absoluta. Son, estrictamente hablando, inconmensurables: no se puede medir un orden de experiencia según las exigencias existenciales del otro. Pero aquella distancia no es una magnitud física. No señala el hiato entre dos puntos en el espacio ni una suerte de lejanía corporal. Cargamos con los discursos que nos llegan o a los que accedemos por *la mediática*, los trasladamos con nosotros, los hace-

8 Luhmann (2000: 147) lo ha dicho en otros términos: “En verdad, los medios de masas no tienen carta de exclusividad en relación a la construcción de la realidad: toda comunicación contribuye a la construcción de la realidad en la medida en que aporta u olvida”.
9 Cursivas en el original.

mos circular en conversaciones y en pensamientos. La inserción capilar y ubicua, y la circulación fugaz y multidireccional de los discursos mediatizados en la vida cotidiana impide trazar un límite físico, como si se delimitaran los confines de una parcela de tierra.

Zona de intermediación

Reflexionando sobre el rol del periódico como vehículo de publicidad de textos literarios en el siglo XIX, Therenty y Vaillant resaltan su diferencia con el rol del editor. Esa diferencia es su carácter “mediático”. Notable señalamiento, que para nosotros queda incorporado en el plano de lo obvio: ¿de qué otro modo concebir lo específico del periódico sino por su carácter “mediático”? La cuestión, claro, es qué entienden los autores por tal propiedad. Explican que el carácter mediático del periódico implica que no sirve para transferir el discurso de la esfera privada a la esfera pública sino que está, desde el principio, situado en el corazón del espacio público, funciona como un “instrumento de mediación y de intermediación entre las personas” (2001: 11). El periódico, así como la publicidad comercial, son dos de los nuevos “discursos intermediarios” del siglo XIX (Traversa, 2011). La intermediación no es el traslado de un mensaje. Es la articulación de las distancias por la puesta en circulación de los discursos. En retrospectiva, esto implica la emergencia de instituciones que articulan la producción y el reconocimiento de bienes (materiales y simbólicos) en sociedades que se industrializan y se urbanizan, se vuelven crecientemente complejas y diferenciadas.

La intermediación funciona en el plano del dispositivo tecnológico y en el plano del discurso de la institución mediática. Los dispositivos de comunicación son, en esencia, dispositivos de

cambio y ruptura de escala: trasladan los órdenes significantes (las imágenes, el contacto, las palabras) al ámbito inaprensible de lo colectivo, los coloca por encima de los contextos de la semiósis interindividual (Verón, 2002: 132). Cuando Tocqueville, hacia mitad del siglo XIX, decía que “sólo un diario puede poner el mismo pensamiento, al mismo tiempo, entre miles de lectores”¹⁰, seguramente pensaba en la función de la prensa política en Estados Unidos, pero también estaba definiendo la capacidad articuladora del dispositivo de lo escrito impreso para reponer lazos comunitarios por sobre las distancias geográficas.

Pero el dispositivo no es la institución. La mediatización es un proceso histórico que se despliega a través de la inserción de las tecnologías de comunicación en el tejido social, pero que no se deja entender sólo por ellas. Debe entenderse, también, como un doble movimiento –que no es homogéneo ni sigue los mismos ritmos en los distintos países- por el cual las instituciones mediáticas adquieren autonomía, se despegan del sistema político, el periodismo desarrolla una deontología profesional, gana un lugar de enunciación; y, al mismo tiempo, de manera correlativa, se constituye un mercado cultural, una industria de medios y un sistema mediático. La intermediación institucional que gestiona discursivamente el periodismo es no solo la articulación espacio-temporal, sino la ocupación de un “lugar de enunciación” y la producción de estrategias discursivas para gestionar los discursos (las opiniones, las quejas, los consejos) de otros actores e instituciones.

Novedad histórica de la era de los medios que, como tal, demanda un contexto epistemológico diverso de aquel que nutrió

10 Citado en Pasley (2001: 4)

las reflexiones clásicas sobre el espacio público como horizonte deseable. Así lo entendió Ferry (1998: 19-20) cuando propuso una “redefinición sociológica” del espacio público que no suele ser asumida en toda su radicalidad:

El “espacio público”(…) es, en sentido lato, el marco “mediático” gracias al cual el dispositivo institucional y tecnológico propio de las sociedades posindustriales es capaz de presentar a un “público” los múltiples aspectos de la vida social (...) Por “mediático” entiendo lo que mediatiza la comunicación de las sociedades consigo mismas y entre sí (...) El “público” es, virtualmente, toda la humanidad y, de modo correlativo, el “espacio público” es el medio en el cual la humanidad se entrega a sí misma como espectáculo.

La radicalidad de esta definición depende, claro está, de un modo de leerla. Si ensayamos una interpretación intransigente, inflexible, ella sugiere el retorno a una suerte de *grado cero analítico* del espacio público. Hablamos de *grado cero* en un sentido histórico y conceptual. Histórico, porque hay que tomar la mediatización como un dato *a partir del cual* reflexionar sobre el espacio público para evitar que el “punto ciego” del análisis sea eso que el propio Ferry llama “nostalgia de un espacio público tal como habría podido ser” (1998:18). La imagen de un espacio público *mediatizado* no puede ser la de una esfera de intercambios comunicativos sometida a una fuerza externa, la de los medios, que la somete a una presión selectiva ajena a los intereses vitales de los ciudadanos. Las tecnologías digitales, los dispositivos y las aplicaciones móviles nos han permitido entenderlo: la mediatización opera como un conjunto de condiciones productivas que, como tales, también afectan la lógica de funcionamiento de

las instituciones de medios. Consecuentemente, el grado cero deberá ser, también, conceptual, ya que es necesario reconsiderar los conceptos con los que se pretende estudiar y caracterizar el complejo institucional de los medios (particularmente, ciertas nociones que han guiado la investigación: “influencia”, “manipulación”, “efectos”, etc).

Pero no se trata de trocar una concepción estilizada por otra: la expansión mediática del espacio público, que comenzó en el siglo XIX y se profundizó a lo largo del siglo XX, no sólo implicó la irrupción de la racionalidad comercial, del entretenimiento impregnando y diluyendo los límites normativos con que había sido concebido el espacio público clásico, con sus umbrales morales intrínsecos y sus temas prioritarios. Consolidó, al mismo tiempo, el protagonismo del periodismo porque le abrió un espacio de “representación” fáctica del “público”. Como dice Ferry (1998: 22), “el recurso a esa norma de sustitución que es la opinión pública en el sentido de los sondeos (...) reviste un significado sistemático: legitima de manera efectiva cierto poder político de la prensa, pues esta es la que, por excelencia, puede “representar” en calidad de “opinión pública” un aspecto de la sociedad civil sociológica y políticamente distinto del “cuerpo electoral”. Si algún valor heurístico tiene hablar de los medios en general, y del periodismo en particular, como una “institución política” (es decir, si ese término en algo puede ayudar a comprender la inserción del periodismo en la vida social) es en la medida en que –tal y como lo hacen las instancias políticas institucionales- apunta a una comunicación privilegiada con un “público” potencialmente interesado en los problemas de la vida política.

Las instituciones mediáticas, y el periodismo en particular, mantienen un privilegio en la administración de la dinámica de ese espacio público mediatizado. O al menos, lo mantuvie-

ron hasta ahora. Precisamente, es ese privilegio el que parece estar en riesgo con la irrupción y consolidación de internet y de las “nuevas tecnologías” y los “nuevos medios” interactivos que introducen la posibilidad de discursos mediatizados pero que pueden evadir la intermediación de las instituciones de medios para insertarse en la circulación colectiva. El propio Ferry, con notable lucidez prospectiva, señalaba en el artículo que estamos glosando (que fue escrito, vale la pena recordarlo, en 1989) que las “tecnologías telemáticas” contenían un potencial renovador ya que abrían la perspectiva “de un espacio en que la comunicación política es *mediatizada*, pero sin que por eso el público deba estar *representado*”, poniendo en crisis los fundamentos (sociales, tecnológicos) sobre los cuales el periodismo moderno había asentado su lugar de “portavoz” o de “mediador” de la opinión pública.

Bibliografía

- Abraham, Tomás (2003), “La mediática”, en *El presente absoluto*. Buenos Aires, Planeta, 2007.
- Anderson, Benedict (1983), *Comunidades Imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Borges, Jorge Luis (1952), “El pudor de la historia”, en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires, Emecé y La Nación, 2005.
- Chartier, Roger, “Espacio público y opinión pública”, en *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Darnton, Robert, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México DF, FCE, 2003.
- Dayan, Daniel, “Televisión: le presque public”, en Revista *Réseaux* n° 100- CENT/Hermès Science Publication – 2000.
- Ferry, Jean-Marc (1989), “Transformaciones en la publicidad política”, de J.-M. Ferry, D. Wolton *et al.*, *El nuevo espacio público*. Barcelona, Gedisa, 1998.
- Goody, Jack y Watt, Ian, “Las consecuencias de la cultura escrita”, en Goody, Jack (comp.) (1968), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*. Barcelona, Gedisa, 2003.
- Goody, Jack (1990), *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*. Madrid, Alianza, 2005.
- Habermas, Jürgen (1962), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona, Gustavo Gil, 2006.
- Habermas, Jürgen, *Facticidad y validez. Sobre el derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid. Trotta, 2005.
- Kant, Immanuel (1784): “Respuesta a la pregunta ¿qué es la ilus-

- tración?, en *Filosofía de la historia-Qué es la ilustración*. La Plata, Terramar, 2004.
- Luhmann, Niklas (1984), *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México DF, Antrophos, 1998.
- Luhmann, Niklas, *La realidad de los medios de masas*. México DF, Antrophos, 2000.
- Ong, Walter (1982), *Oralidad y escritura*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Pasley, Jeffrey, *The tyranny of printers. Newspapers politics in the early American Republic*. Charlottesville y Londres, University of Virginia Press, 2001.
- Thérenty, Marie Eve y Vaillant, Alain, *L'An I de l'ère médiatique. Analyse littéraire et historique de La Presse de Girardin*. París, Nouveau Monde, 2001.
- Traversa, Oscar, "Comentarios acerca de la aparición de *La Presse*" en revista *Figuraciones*, n° 9, Buenos Aires, IUNA, 2011.
- Verón, Eliseo, *Construir el acontecimiento*. Barcelona, Gedisa, 1987.
- Verón, Eliseo, "Conversación sobre el futuro", en *Espacios mentales*. Barcelona, Gedisa, 2002.
- Verón, Eliseo (1988), *La semiosis social*. Barcelona, Gedisa, 2004.
- Verón, Eliseo, "Los cuerpos efímeros", en *Papeles en el tiempo*. Buenos Aires, Paidós, 2011.
- Wolton, Dominique, *Internet, ¿y después?*. Barcelona, Gedisa, 2000.

CAPÍTULO VI

Primeras aproximaciones a la esfera pública virtual

Por *Mariano Vázquez*

El objetivo de este trabajo es delinear las características -y una lectura aproximativa- sobre un modelo analítico que se denomina esfera pública virtual y que, desde nuestra perspectiva, puede ser atenazado a partir la puesta en tensión de: una revisión crítica de la teoría de la esfera pública, una perspectiva de las denominadas nuevas tecnologías como un artefacto cultural y el rol de la interactividad virtual.

En primer lugar, el concepto de esfera pública se ha revestido de una amplia popularidad en los estudios en comunicación y política, razón por la cual creemos que es fundamental revisar la historicidad del concepto en términos genealógicos para poder determinar y apreciar su potencial analítico. A su vez, para detectar aplicaciones instrumentales y opacidades ideológicas que evidencian los usos de este término acuñado hace más de medio siglo. Es en este sentido que se indagará en las construcciones teóricas de Jürgen Habermas y de Hannah Arendt y las críticas en manos de autores como John B. Thompson y John Keane entre otros.

A continuación, se reconoce la masividad de las llamadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) y las derivaciones teóricas que han buscado explicar este fenómeno, entre la cuales se ha manifestado una gran divisoria de aguas entre quienes tienen una mirada utópica sobre el desarrollo de la sociedad de la información y aquellos que, con marcadas objeciones, descreen del gran futuro que se predice para y por las nuevas tecnologías. La perspectiva que se construye desde la flexibilidad artefactual intenta desandar ese camino.

Al mismo tiempo se buscará desentrañar los imaginarios tecnológicos que abonan conceptos como sociedad de la información, sociedad red y ver cómo se materializan en el espacio social de la esfera pública virtual. No obstante, es válido aclarar que la perspectiva que subyace a este trabajo comprende a las tecnologías como una forma cultural; en otras palabras, la vinculación de las TIC con la esfera pública es abordada sin detenerse en una mera cuestión de técnica donde la lectura de los medios y la tecnología está reducida a la de simples instrumentos neutrales, sino donde se entiende que la cultura atraviesa la dimensión constitutiva de las prácticas sociales. Es decir que, Internet en particular y las TIC en general, no son pensadas como instrumentos neutrales, ahistóricos y aplicados a la transformación de la naturaleza; sino que son concebidos como parte de un proceso de transformación social que involucra, en mayor o menor medida, un desarrollo tecnológico donde son las condiciones histórico-sociales en las que se desenvuelve las que otorgan un sentido particular y distintivo¹.

¹ La comunicación y el desarrollo manifiestan una vinculación que es heredera de la idea moderna que asociaba técnica y progreso. El desarrollo recupera las nociones de

Por último, el concepto de interactividad virtual es tomado de Alejandro Rost quien en su tesis doctoral revisa el modelo triádico construido por John B. Thompson y adiciona una cuarta forma, denominada interactividad virtual y que se constituye en una herramienta útil para el abordaje de las interacciones en Internet y especialmente, en la esfera pública virtual.

Esfera pública virtual

Con la intención de esbozar que entendemos por esfera pública virtual, recuperamos la definición de John Keane en la que “una esfera pública es un tipo particular de relación espacial entre dos o más personas, por lo general vinculadas por algún medio de comunicación (televisión, radio, satélite, fax, teléfono, etc.) y entre las cuales se suscitan disputas no violentas, durante un periodo de tiempo breve o más prolongado, en torno a las relaciones de poder que operan dentro de su determinado medio de interacción y/o dentro de los más amplios ámbitos de las estructuras sociales y políticas en los que se encuentran los adversarios” (Keane, 1997: 58).

Asimismo, indagar sobre el concepto de esfera pública responde acaso a un interés que une el campo de la comunicación con el de la política y en este sentido se vuelve necesario historizar el concepto de esfera pública, debido a que “ha llegado a formar una parte tan intrínseca de su vocabulario que, por lo general, la

avance y optimismo en la tecnología, pero en una dimensión más pragmática, referida a políticas económicas. “El paradigma de la comunicación sustituye al del progreso” (Cabrera, 2006: 139), en donde la comunicación es el contenido de la nueva utopía, su forma es la tecnología e Internet su forma más acabada.

genealogía del término suele pasarse por alto. (...) Resulta imprescindible recordar esta genealogía, pues comprender la historia de dichos conceptos nos permite apreciar más profundamente sus múltiples significados, su utilidad empírica y su potencial normativo, así como las trampas políticas en las que se puede caer al emplear términos acuñados en los inicios de la era moderna, como el de 'la esfera pública', en el tan diferente contexto de finales del siglo XX" (Keane, 1997: 47). De este modo, volver sobre las formulaciones que tanto Hannah Arendt como Jürgen Habermas realizaron sobre la esfera pública abre el juego para una historización de los conceptos y una puesta en relación para ver la forma en que, en la actualidad, mantienen su validez como herramientas analíticas.

En *La condición humana*, Arendt muestra que la distinción entre público y privado, no es un rasgo excluyente de las sociedades modernas y que ya estaba presente en el pensamiento griego antiguo. Para los griegos, la capacidad de organización política era distinta y opuesta al tipo de asociación natural centrado en el hogar y en la familia. Así, los ciudadanos -excluidos mujeres y esclavos- pertenecían a dos órdenes de existencia: la vida propia y la vida de lo común. Lo público remitía a la *polis*, a aquello que podía ver y oír todo el mundo y, por ende, se constituía en la realidad: "La presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura de la realidad del mundo y de nosotros mismos..." (Arendt, 2008: 60) y, paralelamente, refiere "...al propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él" (2008:61). En contrapartida, la esfera privada se replegaba al ámbito de lo doméstico, de la familia y constituía el espacio donde los seres humanos vivían juntos llevados por sus deseos.

Esta división se ve obliterada, para Arendt, por lo que llama "el auge de lo social", es decir, el fenómeno por el cual muchas de

las actividades que alguna vez se realizaron en los confines de la casa y la familia son hechas más allá del hogar por grupos sociales que crecen y que ocupan progresivamente el espacio social. El perjuicio del auge de lo social reside en no haber permitido el establecimiento de un espacio para el tipo de acto y discurso que los antiguos griegos habían considerado constitutivo de la esfera pública. En este marco, la dificultad que presenta la sociedad de masas, no es su número, sino la pérdida de poder del mundo para agruparlas y relacionarlas.

Esta breve exposición de algunos de los puntos desarrollados en *La condición humana* recupera sólo un elemento más; Arendt no se detiene a reflexionar sobre el rol que los medios de comunicación masivos y en particular la prensa escrita ejercieron en la opinión pública. En ese sentido, podemos arriesgar que Jürgen Habermas, en *Historia y crítica de la opinión pública*, trata de llenar esa laguna (Thompson, 2011), aunque a través de un camino distinto.

Un recorrido sucinto por *Historia y crítica de la opinión pública* nos permite identificar tres momentos en la formación de la esfera pública. En principio, el autor retrocede hasta la antigua Grecia -al igual que Arendt- para, en las ciudades estado, distinguir entre lo público y lo privado, siendo el primero un espacio constituido en el *ágora* donde los ciudadanos -en calidad de iguales- discutían aquello de interés común. En contrapartida, el ámbito privado correspondía al *oikos*, donde se desplegaba la economía familiar.

En cambio, en la Edad Media Habermas no encuentra que haya una esfera pública diferenciada, la publicidad era un atributo exclusivo de señores feudales y reyes que alcanzó su máxima expresión en la vida cortesana de los siglos XV y XVI. No obstante, esto comienza a cambiar con el desarrollo del capitalismo mercantil en el siglo XVI donde el objetivo de la esfera

pública burguesa de la sociedad civil europea -en formación- era el de contrarrestar las prácticas secretas del Estado y limitar el poder del soberano absolutista. Esta esfera pública burguesa se erigió en un espacio intermedio entre la autoridad pública -el Estado- y el ámbito privado. Este espacio estaba conformado por individuos reunidos para debatir respecto de los temas clave. “Era la esfera del lenguaje y el discurso, de la argumentación y la confrontación, una esfera en la cual los individuos podían expresar sus puntos de vista, desafiar los de los demás e impugnar el ejercicio del Estado. Se trataba, como dice Habermas, del uso público de la razón por parte de individuos interesados en abrir el debate y la discusión” (Thompson, 2011: 17). En este sentido Habermas escribe: “*El pouvoir como tal es puesto a debate por una publicidad políticamente activa. Ese debate está encargado de reconducir la voluntad a ratio, ratio que se elabora en la concurrencia pública de argumentos privados en calidad de consenso acerca de lo prácticamente necesario en el interés universal*” (Habermas, 2009:118).

Para Habermas, el surgimiento de la esfera pública burguesa fue posible en Inglaterra por la proliferación de periódicos críticos y la aparición de cafés literarios y centros de debate. “La prensa periódica, de este modo, devino un elemento clave en lo que hace al surgimiento de una esfera pública” (Thompson, 1996: 83). Pero este espacio entró en un rápido declive debido al incremento del intervencionismo del Estado y el devenir de los medios de comunicación en empresas, lo que transformó el espacio de debate racional-crítico en una esfera más de consumo cultural, donde las opiniones eran matizadas por los intereses económicos de los medios masivos de comunicación. Este proceso, nominado “refeudalización de la esfera pública”, evidenció la transformación de la política en un espectáculo que excluía a la población de la cuestión política.

Hasta aquí una ajustada síntesis del modelo habermasiano, la cual no puede concebirse sin un conjunto de críticas que apuntan a su génesis y funcionamiento. Entre ellas se pueden destacar la exclusión de los movimientos sociales y populares; la reclusión de las mujeres al ámbito doméstico (Retamozo, 2006); la decadencia de la esfera a causa de la pasividad de los espectadores y el menosprecio por el impacto que los medios masivos de comunicación tuvieron en el mundo moderno (Thompson, 1998). Con el mismo tono, Thompson resalta que “...no llegaremos a una comprensión satisfactoria de la naturaleza de la vida pública en el mundo moderno si permanecemos aferrados a una concepción de la publicidad (*publicness*) de carácter esencialmente dialógico y que nos fuerce a interpretar el papel creciente de la comunicación mediada como una especie de caída histórica en desgracia. Deberíamos, por contra, reconocer desde el principio que el desarrollo de los medios de comunicación -empezando por la prensa, pero incluyendo las más reciente formas de comunicación electrónica- ha creado una nueva clase de publicidad (*publicness*) que no puede ser adaptada al modelo tradicional. Con el desarrollo de los medios de comunicación, el fenómeno de la publicidad se ha desvinculado del hecho de la participación en un espacio común. Se ha des-espacializado y ha devenido no-dialógica, a la vez que se ha vinculado crecientemente a la clase específica de visibilidad producida por los medios de comunicación (especialmente la televisión) y factible a través de ellos” (Thompson, 1996:96). Esta mutación descrita por el autor, es objeto – desde nuestra perspectiva – de un nuevo desplazamiento que, con la utilización de las TIC, da lugar a una nueva instancia dialógica desespacializada mediada por las interfaces de la Web 2.0. Interacción que ampliaremos siguiendo a Rost con la interactividad virtual.

Por su parte John Keane crítica la limitación que vincula a la esfera pública con la esfera estatal; aunque en principio se con-

solidó en lucha contra los estados despóticos esto está cambiando en la actualidad. “Hoy día se ha vuelto obsoleto el ideal de una esfera pública unificada (...). En lugar de ello, figurativamente hablando la vida pública experimenta una “refeudalización” no en el sentido en que Habermas utilizó este término en su *Historia y crítica de la opinión pública*, sino en el de la conformación de un complejo mosaico de esferas públicas de diversos tamaños que se traslapan e interconectan...” (Keane, 2004: 57). Así, el autor inglés describe micro, macro y mesoesferas que revelan la imposibilidad de pensar una esfera pública unificada, dónde el “mosaico” de esferas se presenta como un campo heterogéneo en el cual se consolidan pequeños archipiélagos de esferas que pueden agruparse en base a las estructuras sociales y los actores que se involucran. En este punto es importante recuperar la dimensión conflictiva que –en nuestra perspectiva- estructura la esfera pública virtual. El disenso escribe Arditì, “es una manera de simbolizar lo común, con la salvedad de que consiste en un común litigioso instituido por la parte de los que no tienen parte, es decir, por la parte que ha sido empujada hacia la inexistencia o por lo menos ha sido relegada al lugar de quienes, para el buen orden imperante, realmente no cuentan” (Arditì, 2011:57).

La información, el desacuerdo y la mercancía en la esfera pública virtual

Las noticias en la modernidad, en tanto productos simbólicos, son bienes de consumo que se compran y se venden en el mercado (Thompson, 1998). Desde nuestra perspectiva y como una de las premisas sobre las que se concibe a la esfera pública virtual, este patrón de ordenamiento sigue vigente en el siglo XXI y, aún sin dejar de reconocer esta racionalidad económica

y el valor de verdad que, en mayor o menor medida detentan los medios masivos, en la esfera pública virtual se hace presente una nueva lógica de circulación, transferencia y difusión para las noticias. En otras palabras, creemos que la hegemonía de la noticia en tanto que mercancía cuya finalidad es la generación de un valor de cambio² comienza a ceder frente una nueva lógica donde se genera un creciente valor de uso de las noticias.

En este punto es útil una aclaración, acaso un tanto evidente, pero no por eso menos necesaria; sí bien se considera que todas las noticias pueden ser vistas como información, no toda la información es noticia. Esto es válido cuando, en el marco de la esfera pública virtual, también el sistema de valor de cambio que mercantiliza a la información se enfrenta a otro orden donde el valor de uso pone en jaque a la mercantilización informativa.

“La información es un acontecimiento que reduce la incertidumbre del entorno, es actual, concreto y singular” (Rodríguez Giralt, 2005: 277), en este marco se piensa a la información como un valor que enriquece la polifonía de voces de la democracia y promueve un renovado interés por lo común. En un sentido acorde, el Programa de Investigación sobre la Sociedad de la Información del Instituto de Investigaciones Gino Germani (FSOC-UBA) en su libro *Internet y lucha política* afirma que Internet es un “nuevo campo para la lucha de las redes de movimientos sociales mundiales. Representa otro ámbito desde donde dar batalla y proponer un espacio contrahegemónico. Un

² “Se sabe que en el universo de las relaciones sociales productoras de mercancías, cuya finalidad básica es la creación de valores de cambio, el valor de uso de las cosas es minimizado, reducido, subsumido a su valor de cambio. Se mantiene solamente en cuanto condición necesaria, para la integración en el proceso de valorización del capital, del sistema productor de mercancías” (Antunes, 2003: 73).

lugar desde donde quebrar el bloqueo informativo y distorsionante de los grandes medios de comunicación...” (Lago Martínez, Marotias, Movia, 2006: 64).

En este contexto no pensamos a la esfera pública virtual sólo como un canal alternativo a los medios masivos, sino como un espacio de disputa política, una arena de lucha dónde también los medios masivos van a sumergirse para seguir disputando la construcción de los acontecimientos, el posicionamiento de las figuras políticas y nuevos nichos para la obtención de rentabilidad. Por añadidura, la información presente en la esfera pública y las prácticas materializadas en ella no pueden escindirse del mundo real porque “el espacio en el que ocurren las interacciones virtuales se produce socialmente y, a la vez, se nutre de una tecnología cuya base también es social” (Hine, 2004:57). Así, “el ciberespacio constituye sólo uno de los campos de acción, pues los grupos articulan éste escenario virtual y un territorio geográfico (el barrio, la ciudad, la región) y con ello la acción directa: el piquete, la ocupación, los festivales, las muestras, las marchas, los actos políticos, etc.” (Martínez Lago, 2012:130). Una conclusión que empieza a vislumbrarse nos permite afirmar que aquello que se discutió, comunicó y difundió en la esfera pública virtual puede tener sus réplicas fuera de la virtualidad y de este modo empezar a pensar a las prácticas en la red como una instancia más de lo social.

Reconocer a la esfera pública virtual como una arena de lucha política implica asumir la inevitabilidad del conflicto como estructurante de la esfera pública virtual que, en este punto, se distancia de la concepción habermasiana en la que el conflicto es morigerado en una instancia dialógica consensual y racional que niega las pasiones políticas. A decir de Chantal Mouffe, este paradigma liberal deliberativo “aspira a crear un vínculo entre la moralidad y la política. Sus defensores (...) presentan el debate

político como un campo específico de aplicación de la moralidad y piensan un consenso moral racional mediante la libre discusión” (Mouffe, 2007:20).

A su vez, se rechaza la idea de una esfera pública única (Keane, 1997), ordenada bajo las premisas de una interacción equitativa y racional y se reconoce al conflicto como uno de los elementos constitutivos de la esfera pública virtual. Un conflicto que se materializa en la confrontación, en el desacuerdo, en el disenso y manifiesta, en el interés por lo común, las disputas que atañen a lo público.

Artefacto cultural

Una elipsis cinematográfica, que abarca unos cuatro millones de años, puede servir como índice de aquello que entendemos por artefacto. En un desierto árido, cerca de unas rocas, puede verse a unos homínidos y en particular a uno de ellos revolver los huesos de un animal muerto. Nada hubiera cambiado si no fuera porque el homínido toma un hueso de entre tantos y con timidez comienza a blandirlo cada vez con más fuerza, forjando una herramienta en el mismo momento que la usa. Desde entonces y hasta las actuales Tecnologías de la Información y la Comunicación, es mucho lo que las sociedades y las tecnologías han ido mutando, cambiando, interrelacionándose; sin embargo, lo que se busca mostrar con la deriva fílmica es la forma en que la sociedad y las tecnologías no pueden pensarse por separado: “Porque las sociedades están tecnológicamente configuradas, exactamente en el mismo momento y nivel en que las tecnologías son socialmente construidas y puestas en uso. Todas las tecnologías son sociales. *Todas las tecnologías son humanas* (por más inhumanas que a veces parezcan)” (Thomas; Busch, 2011: 10).

Raymond Williams (2011) considera que las tecnologías pueden ser comprendidas como formas culturales, las cuales tienen un origen que se radica en una serie de preocupaciones particulares y dónde los usos se han materializado y estabilizado socialmente, se dieron en respuesta a esas mismas preocupaciones particulares, pero que en la actualidad se presentan como obvias y naturales.

Una vez dicho esto podemos empezar a pensar que el sentido de las nuevas tecnologías se encuentra bajo una permanente disputa acerca de cuál debe ser su función legítima, donde la cristalización de determinados usos y representaciones particulares es el resultado de la tensión entre diferentes sectores sociales. Al no restringir los usos a las meras potencialidades de las TIC y las representaciones a las construcciones ideológicas dominantes, la dimensión práctica de estas tecnologías adquiere una complejidad que no puede ser explicada *a priori* por las características intrínsecas de los objetos, ni por los determinantes sociales donde son utilizadas.

Pareciera tajante la divisoria que se traza entre los mundos *online* y *offline*, y son muchos los ensayos que abordan el análisis de uno u otro. Nosotros creemos que fruto de la imbricación social de esas instancias, emerge un espacio de indeterminación que debe ser atendido en su complejidad para no sesgar su estudio. Con este propósito, retomamos la doble perspectiva planteada por Christine Hine, en la que Internet es pensada tanto un artefacto cultural como una cultura. Como **artefacto cultural** repara en que: “...la percepción, la posibilidad de éxito y los usos a que son sometidos estas formas comunicativas, que dependen mucho más del contexto en que se aplican, que de sus rasgos y utilidades supuestamente inherentes como medios” (Hine, 2004: 40). Paralelamente, concibe a Internet como una **cultura**, donde “los significados y las percepciones que

aportan quienes participan en ella pueden adquirir forma según los entornos desde los que provienen, así como de las expectativas que puedan tener” (Hine, 2004:53). Sobre esto último puede decirse “que el estudio de la cultura digital no se agota en el ciberespacio (cultura online) sino que se agrega la hipertextualidad entre los distintos medios de comunicación social e industrias culturales (radio, cine, televisión, etc.) y los procesos de interacción social en el contexto cultural más amplio” (Martínez Lago, 2012:123).

A partir de esta dualidad podemos suponer que los mundos *online* y *offline* está conectados de maneras complejas, más allá de la instancia maquínica y por ende afirmar que el espacio donde “ocurren las interacciones virtuales se produce socialmente y, a la vez, se nutre de una tecnología cuya base también es social” (Hine, 2004:53). Sin embargo, entre ambas dimensiones analíticas, se abre un espacio indeterminado, el cual no es una distinción lisa y llana entre lo real y lo virtual, sino un replanteamiento de la distinción que permite explorar ambos aspectos e indagar en las conexiones entre ellos. En otras palabras, rechazamos una observación fragmentada de Internet que la conciba como cultura o artefacto cultural y que desemboque en la separación del entorno virtual del físico y que termine perdiendo de vista el espacio de la conexión.

Una de las principales dificultades que presentan las nuevas tecnologías y los espacios de participación virtual reside en la indeterminación que se extiende entre las dimensiones esbozadas en la dualidad *offline/online*. Frente a esto, Rosalía Wino-cur propone que la operación física y emocional de conectarse no se da en la máquina sino en el sujeto; esto no niega la mediación del soporte tecnológico, sino que hace hincapié “en el lugar donde esta mediación adquiere realidad y sentido para el sujeto, que no es en el artefacto totémico de la computadora,

sino en el ritual cotidiano que recrea su carácter fundacional” (Winocur, 2011:171).

En este sentido, el espacio donde se despliegan las prácticas evidencia un terreno difuso dónde se entrecruzan las circunstancias en que Internet se emplea *-offline-* y los espacios sociales que emergen de su uso *-online-*. Como afirma Christine Hine, “Internet puede ser representada como una instancia de múltiples órdenes espaciales y temporales que cruzan una y otra vez la frontera entre lo online y lo offline” (2004:21).

En este sentido incorporamos el concepto de flexibilidad artefactual porque revela la amplitud interpretativa en la que diversos grupos -sobre todos los dominantes- pueden imponer un uso y una representación, incluso al punto de afirmar -no sin correr riesgos- que cada persona las ve y usa de una forma particular y por ende que sus intervenciones, tanto en aspectos lúdicos, laborales o informativos se materializarán con distintas intensidades. Sin embargo, y a riesgo de ser contradictorio, no se puede negar la existencia de condicionantes sociales y estructurales que inciden en las prácticas y las representaciones que se tienen sobre las tecnologías. Precisamente, “aprender la lógica de un software o interpretar el funcionamiento de un teléfono móvil con decenas de funciones obliga al usuario a amoldarse a la interfaz y aclimatarse a un entorno de interacción. Estos procesos de adaptación tecnológica se han naturalizado de tal manera que se han vuelto imperceptibles. En otras palabras, el entorno cibernético termina por construir un dispositivo ideológico que engulle a su usuario” (Scolari, 2008:98).

Interactividad virtual

Como se trató de explicar en el apartado anterior, pensar el abordaje de Internet en general y de la esfera pública virtual en particular puede presentar no pocas dificultades. Entonces, para atender a la dimensión dual de Internet nos parece válida la metáfora de la tecnología como texto, es decir, abordarla como una cultura conformada discursivamente o como un artefacto cultural que puede ser abordado discursivamente. Sumado a esto podemos agregar que como las interacciones entre los sujetos ya no se dan cara a cara sino que están mediadas por redes interfaces y las comunicaciones se materializan a través de paquetes digitalizados que pueden leerse como textos (imágenes, videos, audios, textos), la importancia reside tanto en los textos como en las interacciones, al punto de pensarlas como dos caras de una misma moneda. Siguiendo a Hine podemos afirmar que “el uso de Internet se reduce concretamente a un proceso de leer y escribir (Hine, 2004: 64).

En el marco de un primer y tentativo desarrollo de la esfera pública virtual el modelo propuesto por John B. Thompson importa una amplia utilidad analítica, razón por la cual se vuelve necesario presentarlo de manera escueta para poder proceder a explicar la interactividad virtual.

Thompson presenta cuatro variables que caracterizan distintos tipos de interacción: la constitución espacio-temporal; el alcance de las señales simbólicas; la orientación a la acción y la dinámica monológica/dialógica. En este marco define tres tipos de interacción entre los individuos y los grupos: la interacción cara a cara, la interacción mediática y la cuasi interacción mediática. En la **interacción cara a cara** se comparte una misma referencia espacio-temporal, lo que permite una multiplicidad de señales simbólicas; la acción está orientada hacia el/los otros

inscripto en una matriz dialógica donde el papel de emisor y receptor no está fijo. En la **interacción mediática**, hay una evidente separación de contextos donde el uso de medios técnicos es fundamental porque “permiten transmitir información o contenido simbólico a individuos que están en lugares distantes, alejados en el tiempo o ambos casos” (Thompson, 1998: 117). Esta separación reduce el campo simbólico de señales, aunque la comunicación sigue orientada hacia los otros manteniendo la matriz dialógica (las cartas, el teléfono). Por último, para la transmisión simbólica llevada a cabo por los medios masivos de comunicación, Thompson presenta la **cuasi interacción mediática**, que se desarrolla en una separación de contextos espacio-temporales con una mayor reducción de las señales simbólicas, orientada hacia un número indefinido de receptores potenciales y con un carácter monológico.

La tipología esbozada por Thompson brinda las herramientas para abordar una forma de interacción que no se reduce -en el caso de las TIC- a la esfera técnica y que se despliega en dos dimensiones (Rost, 2006). Estas dos dimensiones remiten a las interacciones del individuo con los contenidos -la máquina o el sistema-, denominada interactividad selectiva, y una interacción dialógica interpersonal o entre grupos, llamada interactividad comunicativa. La primera modalidad posibilita el “acceso, gestión y distribución de la información a través de nuevas estructuras textuales dispuestas en forma multilineal, en las que el lector va definiendo los caminos de su lectura en este diálogo con la máquina (hipertextualidad)” (Rost, 2006: 200), esto permite que el lector pregunte y el sistema responda. La segunda modalidad presenta una dimensión mucho más compleja debido a su carácter dialógico, donde diversos individuos -o grupos- entran en contacto en las llamadas comunidades virtuales, las cuales son pensadas como espacios de producción simbólica colectiva.

En este caso sólo puede agregarse la posibilidad que tienen los usuarios de reorganizar los contenidos y ponerlos a disposición de otros lectores. Así, en plataformas como Twitter y Facebook, periodistas y usuarios no profesionales vuelven a jerarquizar muchos de aquellos contenidos a los que tuvieron acceso y los publican para sus seguidores y contactos. Es decir, generan nuevos contenidos.

Esta cuarta forma de interacción entre individuos, entre grupos y de los individuos con los contenidos, es denominada por Rost como **interactividad virtual** y remite directamente al concepto de lector interactivo, “a ese receptor que puede interactuar ya sea con los contenidos o con otros individuos” (Rost, 2006: 199). Concepto que abre una brecha sobre la dinámica participativa que posibilitan las TIC, tanto individual como colectiva, pública o privada, y que se ve alterada por tiempos muchos más cortos, herramientas más amigables, mayor flexibilidad para sortear las barreras espaciales y unas estructuras de costos mucho más bajas. De manera predominante, en la esfera pública virtual se materializa una interactividad con dimensión pública donde el “lector es productor de contenidos que adquieren relevancia pública” (Rost, 2001:121) porque -y esta otra de las premisas sobre las que se erige la esfera pública virtual- implica una ampliación de las posibilidades para la generación de un discurso público democratizador.

Para apegarse a los elementos definidos por Thompson, se puede agregar que en la **interacción virtual**, hay una separación espacio-temporal de los contextos, lo que implica un estrechamiento de las señales simbólicas respecto de la interacción cara a cara; la orientación también está destinada hacia otros, pero no necesariamente identificados, es decir, puede haber un destinatario concreto pero también puede estar disponible hacia un número indefinido. A diferencia de la relación monológica

que establecen los medios masivos de comunicación, con las TIC la matriz dialógica se vuelve posible pero se reconfigura en una combinatoria donde convive la relación de uno a muchos -tradicional del modelo broadcasting-; el uno a uno como en la interacción mediada y el muchos a muchos donde la estructura reticular de la web permite una mayor proliferación hipertextual de los contenidos. También posibilita un doble movimiento de *sincronía/asincronía* en el que se vuelve posible el acceso a actualizaciones instantáneas, así como a entrevistas en vivo donde el lector interactivo puede participar realizando preguntas, comentar y colocar hipervínculos a contenidos en los espacios designados a los comentarios y además el acceso asincrónico tanto a los contenidos como a los comentarios lo que permite que las participaciones en los foros mantengan una matriz dialógica pero que puede estar desplazada temporalmente.

Una limitación que presenta la **interactividad virtual** está dada por las posibilidades técnicas de la interfaz, el espacio que tanto Scolari (2008) como Hine (2004) definen como el *lugar de la interacción*. Este lugar es el espacio donde se materializan los procesos que se estudian en la denominada esfera pública virtual.

Consideraciones finales

De acuerdo a lo desarrollado en este ensayo se puede establecer la centralidad de algunos elementos que permiten reconocer la estructura de la esfera pública virtual. En primer lugar, sí tomamos el concepto de *apariencia en el mundo*, es decir, “la presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura la realidad del mundo y de nosotros mismos” (Arendt, 2008: 60) y sumado a esto reconocemos la dimensión polémica del desacuerdo que, en palabras de Rancière, es entendido como

“un tipo determinado de situación de habla: aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura” (Rancière, 1996:16). Podemos afirmar que la comunicación se erige en condición de posibilidad de la política, una política que habilita que el disenso sobre lo público y, en tanto que común, pueda convertirse en aspiraciones de la sociedad civil (Mata, 2002).

No obstante, se debe aceptar que el espacio de la esfera pública virtual es, técnicamente, pura contingencia de las nuevas tecnologías y sus apropiaciones, y que la reconducción de un discurso democratizador encuentra evidentemente una traba en la hegemonía discursiva de los medios masivos y en las operaciones que despliegan como actores políticos posicionados. En otras palabras implica reconocer que la esfera pública virtual se erige como un espacio social de disensos, de conflictos y desacuerdos dónde distintos actores se posicionarán de acuerdo a sus intereses y sus estrategias, dónde las relaciones asimétricas pueden convertirse en un elemento distintivo.

Si bien esta perspectiva es deudora de los trabajos de Arendt y Habermas reconocemos que ambas, la primera por su ninguneo y el segundo por su mirada peyorativa - además de su fuerte arraigo en una concepción clásica de esfera pública-, negaron el rol de los medios masivos de comunicación en la configuración de una esfera pública moderna. Es así que resulta imperante admitir el sustrato tecnológico que está presente tanto en la sociedad de masas como en la sociedad mediatizada (Mata, 1999) y la forma que toma la visibilidad en la contemporaneidad, como visibilidad mediática: “con el desarrollo de los medios de comunicación –que comenzó con la imprenta a principios de la mo-

dernidad europea y continuó con los medios electrónicos en los siglos XIX, XX y XXI– la visibilidad se libera de las propiedades espaciales y temporales del aquí y el ahora. La visibilidad de los individuos, actos y eventos, es separada del escenario común compartido” (Thompson, 2011: 23).

Por otra parte, el calificativo virtual de este modelo de esfera pública no pretende restringir su concepción política y su alcance social a los estudios sobre cibercultura, sino que se remite al lugar donde se materializa, y eso, paradójicamente, es en la web. En los apartados anteriores se explicó la forma en que la conexión, en tanto que proceso social se concreta en el sujeto y que esta esfera evidencia un terreno difuso y heterogéneo dónde se imbrican las circunstancias en que Internet se emplea *offline* y los espacios sociales que emergen de su uso *online*. Similarmente, Manuel Castells define que la cultura de la virtualidad real es: “...virtual porque está construida principalmente mediante procesos virtuales de comunicación de base electrónica. Es real (y no imaginaria) porque es nuestra realidad fundamental, la base material con la que vivimos nuestra existencia, construimos nuestros sistemas de representación, hacemos nuestro trabajo, nos relacionamos con los demás, obtenemos información, formamos nuestra opinión, actuamos en política y alimentamos nuestros sueños. Esta virtualidad es nuestra realidad” (Castells, 2001: 230).

Sin embargo, Castells, un intelectual afecto de las afirmaciones grandilocuentes, no se muestra dubitativo al presentar que Internet promueve un ágora electrónica y dice: “Los movimientos del siglo XXI, acciones colectivas intencionadas dirigidas hacia la transformación de los valores y las instituciones sociales, se manifiestan en y a través de Internet. El movimiento obrero, superviviente de la era industrial, se conecta, organiza y moviliza con y en Internet. Lo mismo se puede decir del movimiento

ecologista, el movimiento feminista, los diversos grupos pro derechos humanos, los movimientos de identidad étnica, los movimientos religiosos, los movimientos nacionalistas y los defensores de una interminable lista de proyectos culturales y causas políticas. El ciberespacio se ha convertido en un ágora electrónica global donde la diversidad del descontento humano explota en una cacofonía de acentos” (Castells, 2001: 160). Aunque el modelo de la esfera pública virtual reconoce e integra la participación de estos movimientos y grupos se movilizan en Internet, admite que se comunican a través de la web para sortear los obstáculos que ponen muchas veces las empresas de comunicación y que es adoptada como estrategia para organizarse más allá de las distancias geográficas, reconocemos que no son los únicos que participan; porque la esfera pública virtual es considerada como un espacio que emerge para dar lugar a las disputas que se estructuran en torno a un interés común. Y en esta disputa hay actores que se accionan para mantener el *status quo*.

Otro de los abrevaderos donde descansa el modelo de la esfera pública virtual es la teoría construida por Habermas quien ha elaborado con más precisiones – no por eso exento de observaciones y críticas – una refinada noción de la esfera pública burguesa (Fraser, 1999). Con la institución del orden social moderno, es la racionalidad, la que otorga legitimidad a esa esfera, racionalidad que resulta fundamental porque: “Primero, constituye un espacio de racionalización ilustrado que otorga validez al orden. Segundo, debido a su capacidad de someter al poder a un proceso de racionalidad y racionalización” (Retamozo, 2006:30). En este marco es el mismo Habermas quien ve que los medios de comunicación empobrecen el perfil racional-crítico y emancipatorio. En este punto y, en favor de la esfera pública virtual, podemos decir que si bien persiste el interés por lo común que busca poner en cuestión las acciones del Estado, la matriz

racional y dialógica, que sólo es posible de manera muy clara en la concepción clásica de la polis griega y ya con más dificultades en los primeros momentos de la esfera pública burguesa, se va quedando de lado frente a una multiplicidad de esferas -de diferentes dimensiones y con diferentes alcances públicos- en las cuales los actores no se presentan y participan en tanto que iguales, sino que sus posiciones y sus tomas de posición ejercen presiones y coerciones dentro de la misma esfera para con otros actores. A su vez no se traduce en un proceso de mediación entre un conjunto de individuos privados reunidos públicamente con su consecuente impronta normativa sobre el accionar del Estado sino que podría propiciar el espacio para una acción política que se articule dentro de un proyecto hegemónico -o contrahegemónico- que se posicionen dentro del campo público³. Esto puede ser posible si se recupera, como se intenta en el modelo de la esfera pública virtual, al conflicto como estructurante, dónde el disenso y el consenso, el desacuerdo y la disputa puedan reconducir los procesos en la construcción de nuevas hegemonías y permitir inscribir en el campo público demandas que podrían situarse originalmente en el ámbito privado.

Por último, y con la pretensión de eludir los problemas que provocaría definir de manera concreta a la esfera pública virtual, se arriesgará una breve enumeración de los elementos que la constituyen. Así se puede identificar, la multiplicidad de esfe-

³ Retomamos el concepto de “campo público” de Martín Retamozo porque permite introducir a la esfera pública virtual, un contenido dinámico y una clara dimensión política que evidencie que la esfera virtual no está aislada en Internet, sino tiene una fuerte raigambre en lo histórico social. Así, define Retamozo al campo público, “no es la suma de los espacios públicos, sino un lugar intersubjetivo y contingente y de encuentro, disputa, consenso y construcción de hegemonía” (2006: 33).

ras no restringidas a lo estatal, dónde el conflicto se erige como un elemento estructurante, en donde el valor de uso tanto de las noticias como de la información confronta con la mercantilización de ambos, y reconociendo que esta esfera es un espacio donde los actores no se presentan en relación de igualdad, sino que la asimetría es lo que define tanto posiciones como tomas de posición. Acaso también se puede decir que la esfera pública virtual se presenta, en este trabajo, como un modelo analítico que permita identificar la forma que el interés por lo común emerge en esta sociedad de la información, donde la dicotomía información/desinformación, hegemonía/contrahegemonía, conexión/desconexión, comienza a desplegarse y funcionan, al menos, como un ingrediente más de la incertidumbre de las sociedades contemporáneas.

Bibliografía

- ANTUNES, Ricardo, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2003.
- ARDITI, Benjamín (2011). “El reencantamiento de la política como espacio de participación ciudadana”, en Hopenhayn, Martín y Ana Sojo (comps.), *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*, pp.55-84. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- ARENDDT, Hannah, *La condición humana*. Barcelona, Paidós, 2008.
- CASTELLS, Manuel, *La galaxia Internet*. Madrid, Areté, 2001.
- FRASER, Nancy, “Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy”, en Calhoun, Craig, *Habermas and the public sphere*, pp56-80. England, The MIT Press, 1992.
- HABERMAS, Jürgen, *Historia y Crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili, 2009.
- HINE, Christine, *Etnografía virtual*. Barcelona, UOC, 2004.
- KEANE, John, “Transformaciones estructurales de la esfera pública”, en *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. xv, núm. 43, enero-abril, 1997.
- LAGO MARTÍNEZ, Silvia; Marotias, Ana; Marotias, Laura y Movia, Guillermo, *Internet y lucha política*. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.
- LAGO MARTÍNEZ, Silvia, “Comunicación, arte y cultura en la era digital” en Lago Martínez, Silvia (comp), *Ciberespacio y resistencias. Exploración en la cultura digital*. Buenos Aires, Hekt Libros, 2012.
- MATA, María Cristina, “De la cultura masiva a la cultura mediá-

- tica”, ponencia presentada al Seminario Inter nacional Tendencias y retos de la investigación en Comunicación en América Latina, Felafacs-Puc del Perú, Lima, Julio, 1999.
- MATA, María Cristina, “Comunicación, ciudadanía y poder. Pistas para pensar su articulación”, en *Diálogos de la comunicación*, Felafacs, Lima, Nro. 54, pp. 66-76, noviembre, 2002.
- MOUFFE, Chantal, *En torno a lo político*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- RANCIÈRE, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1996.
- RODRÍGUEZ GIRALT, Israel, “Las TIC y el hecho comunicativo”, en Gil Juárez, Adriana (coord.) *Tecnologías sociales de la comunicación*. Barcelona, Editorial UOC, 2005.
- RETAMOZO Martín, “Notas en torno a la dicotomía público-privado: Una perspectiva” en *Reflexión Política*, diciembre, año/vol. 8, número 016, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia, pp. 26-35, 2006.
- ROST, Alejandro, *La interactividad en el periódico digital*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona, 2006. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/80664643/La-interactividad-en-el-periodico-digital>
- SCOLARI, Carlos, *Hipermediaciones. Elementos para una Teoría de la Comunicación Digital Interactiva*. Barcelona, Gedisa, 2008.
- THOMAS, Hernán; Busch, Alfonso (coords.), *Actos, actores y artefactos. Sociología de la tecnología*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- THOMPSON, John B, “La teoría de la esfera pública. Una aproximación al pensamiento de Habermas”, en *Voces y culturas* N° 10. Barcelona., pp. 81-96, 1996.
- THOMPSON, John B, *Los media y la modernidad*. Barcelona, Paidós, 1998.

- THOMPSON, John B, “Los límites cambiantes de la vida pública y la privada” en *Comunicación y Sociedad*, Nueva época, núm. 15, enero-junio, pp. 11-42. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2011.
- WILLIAMS, Raymond, *Televisión. Tecnología y forma cultural*. Buenos Aires, Paidós, 2011.
- WINOCUR, Rosalía, “Etnografía de un proceso de reconstrucción biográfica en Internet”, en *Etnografías Contemporáneas*, n°5, pp. 165-175. Buenos Aires, Unsam Edita, 2011.

CAPÍTULO VII

Público, privado, íntimo: las tramas de la vida social

Por Vanina A. Papalini

Introducción

En las sociedades modernas, es habitual pensar a la esfera pública como opuesta y complementaria a la dimensión privada. Esta división, sin embargo, no tiene nada de natural ni de evidente. Como cualquier configuración social, es necesario pensarla como un sedimento cultural, que se muestra como ecuménico, permanente e incuestionado en virtud de una datación antigua: el tiempo borra las memorias y hace parecer eterno aquello que emergió en un determinado momento.

Por eso, parece prudente el camino que escoge Richard Sennett (2002), que comienza su análisis de la esfera pública recuperando su historia. Sennett observa que el espacio público en época de la República, en la Antigua Roma, se organizaba bajo principios idénticos a aquellos que se aplicaban en la vida privada. La autonomización de las esferas acontece cuando la etapa republicana toca a su fin y la vida política deja de ser un espacio de realización de los sujetos. Es decir que la división se produce por el ahue-

camiento de la vida pública que se ritualiza, se formaliza y se vacía de contenido. La esfera privada se mantiene como refugio en tanto constituye un ámbito de espontaneidad y autenticidad.

Más modernamente, en varios estados en los que la mayoría de la población profesa la religión puritana o presbiteriana – Estados Unidos, Suiza, Países Bajos, Inglaterra o Escocia-, hay una continuidad moral entre ambos órdenes, como se puede aún constatar cuando los escándalos adúlteros de un presidente hacen tambalear su investidura. Aunque no se trate de la misma interpenetración que la exhibida en la Roma republicana, la cesura entre el espacio público y la vida privada no es tajante y la religión –otro de los componentes que el legado romano ubica en la dimensión privada- se articula eficazmente en la vida en relación con otros. Esta compenetración es especialmente eficaz para el desarrollo del capitalismo, en tanto el cultivo de ciertas virtudes y principios impulsados por las religiones calvinistas como el éxito económico y la constricción al trabajo son beneficiosos para la el conjunto de la sociedad (Weber, 1991).

No es mi intención aquí discutir las diferencias –numerosas e importantes- entre modelos políticos o formas de ejercicio de la ciudadanía en los estados modernos, ni mucho menos defender con criterios morales cómo debería organizarse la vida social. Simplemente pretendo decir que la división entre las esferas no es “natural” ni tan nítida como se presupone. Como trataré de argumentar, los procesos culturales contemporáneos colaboran en borrar esta distinción un poco más. De hecho, creo que los modos en los que se despliega la existencia social y la política, la vida doméstica y la intimidad, están siendo refiguradas en relación con una misma “estructura del sentir” (Williams, 1997) o sensibilidad en común.

Mis tesis son dos. La primera, que las emociones se hacen visibles y audibles, constituyendo una justificación y una moti-

vación válidas en el seno de la vida en común. Si bien esto no es nuevo pues, como veremos en seguida, la necesidad de controlar las emociones, las muy cuestionables pasiones humanas, aparece como la “causa” de contratos sociales, leyes y cesión de voluntades, no se tratan de los mismos sentimientos que los examinados hasta ahora por la teoría política. La segunda tesis es que las relaciones sociales y políticas están cobrando la misma forma que la sociabilidad informal; la relación interpersonal, tal como se establece en los diversos grupos que se forman en las sociedades, es el modelo relacional del espacio público.

Es necesario hacer una advertencia: no estoy muy segura de que éste sea un proceso generalizado. En todo caso, vale para el caso argentino. Los niveles de formalidad de las relaciones que se dan en el espacio público en otros países latinoamericanos – para no hablar de realidades más distantes- son muy diferentes a los nuestros. El valor de pensar el caso argentino es que condensa en una medida mayor algunas tendencias que se están registrando solapadamente en otros territorios. En Argentina convergen ciertos factores históricos, sociales y políticos que hacen a su sociedad menos jerárquica. Estos factores son intransferibles, definen su particularidad histórica y social. Pero existe un aspecto más a considerar, éste sí pasible de ser observado en otros contextos: la generalización del uso de las redes de comunicación sobre la plataforma web, que en Argentina se manifestó tempranamente. Éste es un punto particularmente relevante para comprender los grupos, las comunidades interpretativas virtuales y los públicos como paradigmas de las interacciones contemporáneas en un espacio capaz de conjugar lo público, lo privado y lo íntimo.

Esfera privada: las bases morales de la institución social

Según algunas teorías políticas, el orden objetivo reposa en los atributos subjetivos de los miembros de una colectividad. Así sucede en el pensamiento de Sócrates, por ejemplo, que hace depender la justicia, el bien y la virtud que deben reinar en la polis, del trabajo interior; el “gobierno de la ciudad” del “autogobierno”. (Foucault, 2002). También a esta conclusión arriba Hanna Arendt para quien sólo la virtud –que atempera las pasiones- funda instituciones duraderas (Arendt, 1992).

A la inversa: cuando los individuos se dejan conducir por sus pasiones, la comunidad humana fundada expresará emociones negativas como el egoísmo, el instinto de conservación y la ambición, que pueden conducir al crimen. La instauración y legitimidad de un orden normativo y sus instituciones deviene de esta desconfianza esencial hacia aquello que los seres humanos sean y hagan, movidos por sus pasiones. La teoría política de Thomas Hobbes (2009) y la psicología de Sigmund Freud (2001), definen la sociedad como una comunidad de seres humanos interesados en sí mismos y con capacidad de matar, que renuncian a esta potestad a través de un pacto. Las teorías políticas contractualistas del siglo XVII asumen la exigencia de controlar al “hombre natural”, pensado más cerca de la maldad que de la bondad pero asimismo capaz de moderar sus apetitos a través de una educación en la virtud o de la coacción de la ley. No necesariamente se trata de la constatación de una perfidia esencial en la humanidad, simplemente se reconoce que ni el mal absoluto ni el bien absoluto son propios de la sociedad, pues ésta es una construcción de los contradictorios seres humanos, en la que no participan ni “ángeles ni demonios” (Arendt, 1992).

Dado que nos complace el diálogo más que el soliloquio y la vida en relación más que el enclaustramiento, la historia de los

colectivos humanos ha sido también la historia de los intentos para establecer reglas de convivencia que nos permitan habitar un mismo territorio. Según lo creían los pensadores del siglo XVII, los principios morales no se restringen a una aplicación privada sino que tienen consecuencias en el espacio social: el sujeto acarrea a la organización colectiva su configuración emotiva y su ética, otorgándole una peculiar tonalidad. La ley aparece como un artefacto objetivo que suplanta a la virtud, un atributo subjetivo, y hasta puede entrar en contradicción con ella, ya que la justicia humana está atada a las verdades humanas y no a la verdad íntima. La ley supone enajenar cierto número de propensiones, de acciones movidas por deseos, emociones o impulsos, que puedan dañar la existencia de los otros, sus propiedades, su dignidad o su sentido del pudor.

Las teorías que apuntan a que un conjunto de normas objetivas operen como reguladores sociales no se impusieron rápidamente. La discusión histórica datada a principios del siglo XVIII incluye algunos otros pensadores; las generaciones siguientes a Hobbes y Locke proponen fundar la sociedad sobre sentimientos, y no sobre normas: Francis Hutcheson, por ejemplo, aboga por sociedades basadas en la benevolencia, y David Hume supone que la simpatía puede cimentar la convivencia social. En la visión de Hutcheson, todos compartimos los mismos sentimientos; según Hume, aunque no los compartamos, los podemos comunicar (Seoane Pinilla, 2004). Un tercer pensador, Adam Smith, famoso por sus ideas económicas y menos conocido por su reflexión sobre la moral, (Smith, 1992) opina que el sentimiento que permite a los sujetos la vida en común es la imparcialidad: aunque no participemos de los sentimientos del otro, podemos comprenderlos a través de una operación mental.

El desplazamiento gradual que se ilustra a través de estos tres pensadores permite comprender el giro que desaloja a los senti-

mientos del núcleo de la vida social y los reemplaza por la mera expectación “desapasionada” que deviene, muy rápidamente, una actividad racionante prescindente de todo afecto. El punto de clivaje marcado por Smith también diferencia y separa las esferas de la vida privada y la vida pública que pronto se darán la espalda, exhibirán morales distintas y se autonomizarán. Desembocamos así en la lectura más generalmente compartida del ámbito público, un espacio de participación común pensado esencialmente como el lugar de una comunicación “racional”.

Una vez vaciado de contenido emocional y anulado el involucramiento personal, el espacio público se convirtió –al menos en la teoría- en un asunto formal, un ritual vacío. La ritualización y la institucionalización conllevan la codificación máxima y reducen la posibilidad de creación. El repliegue sobre la vida privada marca este “desapasionamiento” de la esfera pública y la presunción de que ese espacio no puede colmar, no puede “realizar” a un sujeto.

Espacio público, entre la representación y la manifestación

Las nociones de “espacio público” y de “opinión pública” remiten, según sostiene Jürgen Habermas (1981), al análisis de una esfera concebida como autónoma y enfrentada al ámbito privado. Antes de ingresar al análisis del espacio público me interesa, en primer lugar, examinar el término “opinión”. La definición tradicional establece su diferencia tanto de la ciencia como de la creencia; no es ni una íntima convicción –es decir, una certidumbre subjetiva-, ni una verdad objetiva. La opinión entraña un tipo de conocimiento intermedio, un juicio sobre la apariencia del mundo en su devenir que permite acceder a él y actuar sobre él. Es, para la filosofía griega del período clásico, un tipo de juicio que permite la acción.

Guardando parte de las propiedades que Platón atribuye a la opinión individual, para quien es la facultad de “juzgar sobre las apariencias”, la opinión pública aparece como un pronunciamiento intersubjetivo. El nivel intersubjetivo, pues, se diferencia del nivel social –que implica, tomado como un todo, la amalgama de los elementos que lo componen- y del nivel personal, lugar de constitución primaria de la identidad subjetiva imaginada como singular. Estas distinciones, por supuesto, son simplemente analíticas y resultaría imposible separar empíricamente estos niveles. De hecho, están imbricados completamente.

Según las teorías psicológicas y psicoanalíticas, el núcleo primario es una condición de existencia del yo que modela al sujeto desde el nacimiento, ejerciendo mayor influencia en edades tempranas. Podemos pensarlo como un orden normativo personalizado. Al alcanzar cierta autonomía, la institución social –como orden impersonal- completa la tarea de legislar, sujetar y regular las inclusiones al colectivo. Los dos órdenes, complementarios entre sí, actúan como matrices renuentes a la alteración, difíciles de modificar desde la instancia personal.

En contraste, el espacio intersubjetivo es co-participado, cooperativo y no existe sin la intervención de los sujetos. Es flexible, porque implica una interacción en la que quedan comprendidos tanto el diálogo como la disputa. Este espacio complementa y ofrece opciones a la definición identitaria, que en esta dimensión se torna singularmente móvil ya que, siguiendo la premisa de la identidad como construcción relacional, ésta se constituye por semejanza y diferencia con otros (Cuche, 2002).

Planteo estas especificaciones para trazar una distinción: la diferencia entre el nivel intersubjetivo y el nivel social implicado en la idea de espacio público tiene que ver con el diferente grado de implicación personal, por un lado, y con un distinto tipo de reconocimiento identitario, que en la relación interpersonal es

concreto y singular, y en la relación social es abstracto, basado en convenciones y legitimidades, es decir, ligado a roles y valores ya definidos en la institución social.

En la modernidad, el espacio público se establece como lugar de expresión nueva sociabilidad edificada en torno a la representación y especialmente a la autopresentación (Goffman, 1994; Sennett, 2002). Los vínculos que se establecen en el espacio público, se constituyen en función de un reconocimiento que pone en juego identidades sociales. Los juicios y opiniones están referidos a lugares, funciones, cargos, encarnados circunstancialmente por una persona determinada. Ésta es juzgada en relación a su autopresentación pública y a la forma en que ocupa esa categoría identitaria abstracta, pero nada se sabe de ella en términos personales. No hay un devenir de la relación, como sí existe en el espacio intersubjetivo, que está “en construcción conjunta” y se deshace cuando se abandona esta construcción. La co-actuación, el juego interpersonal en el espacio público posibilita, que las definiciones identitarias puedan multiplicarse y complejizarse.

En términos de los afectos, el reconocimiento identitario no es nunca imparcial; los roles y clasificaciones indentitarias están emocionalmente “marcados”; generan antipatías y simpatías, acercamientos y distancias, agresión o admiración. A mayor cercanía, más fuerte resulta la influencia de las emociones. El juego de las miradas y las actuaciones públicas “afectan” la identidad personal porque el rótulo social es una de las dimensiones de la persona; no es un ropaje externo sino parte de la definición del sí mismo (ser mujer, ser pobre, ser gay, ser policía, ser inmigrante). Así, cualquier interacción –pública o privada, esa distinción es aquí irrelevante-, compromete el registro afectivo, poniendo en juego sentimientos, simpatías y antagonismos no solamente fundados en un plano ideológico.

Dicho de otro modo: la relación social que se establece en el espacio público está fundamentalmente orientada por categorías, roles y funciones que afectan a la persona que lo ejerce en tanto constituye su encarnación concreta. En general se trata de juicios impersonales; los consensos y disensos se construyen con relativa independencia de las cualidades singulares y de las condiciones circunstanciales y pasajeras. En el nivel interpersonal, estas opiniones encuentran condiciones de modificarse, profundizarse, matizarse o complejizarse. Las cualidades personales cuentan más decisivamente y las opiniones están atravesadas por la consideración de las identidades singulares. La actuación pública siempre compromete afectos pero en el nivel social están menos orientados a la persona que a la posición identitaria que ocupa (o se refieren a una personalidad estereotipada en la representación pública, como en el caso de los mandatarios de gobierno) mientras que en el nivel interpersonal es más sensible a al juego de la interacción. La interacción –la relación con los otros- no se limita a un juicio imparcial y general sino que compromete sentimientos y actuaciones, más fácilmente modelables en la relación interpersonal.

Me concentraré ahora un poco más en la exposición de los afectos en el espacio público. El espacio público es un ámbito tanto de representación simbólica como de manifestación expresiva. Es un espacio abierto a la experiencia que implica la relación con los otros, en términos de “reconocimiento” que, como ya he señalado, no se reduce al vector de la racionalidad. Esta aseveración entra en contradicción con una de las obras que más fuertemente opera como horizonte de comprensión de estos procesos: en la Teoría de la acción comunicativa (1987), Habermas propone una lectura de la esfera pública que se asemeja a la imagen de una red de espacios compartidos de carácter plural y

abstracto, en los cuales las representaciones sociales de las identidades se actualizan (Tavernier, 2007). El diálogo y el consenso son sus articuladores: la escena habermasiana corresponde a la de una democracia deliberativa desapasionada donde todos los participantes tienden al bien común, eligiendo diferentes caminos pero compartiendo la meta final. Ciertamente, esta imagen no presume de ser un espejo “actual” de lo que sucede sino que es un horizonte al cual se debería tender.

Las democracias latinoamericanas tienen poco que ver con ese cuadro, siendo repúblicas democráticas modernas, están surcadas por enfrentamientos políticos radicales y condiciones críticas de pobreza, autoritarismo o violencia. Incluso valdría la pena preguntarse si éste es nuestro desiderátum. No está claro, en nuestros casos, que se busque lo mismo por diferentes medios; las definiciones de “bien común”, de aquello que se considera lo óptimo para una sociedad, es tan diferente para los distintos grupos y tendencias políticas que los objetivos resultan incompatibles.

Sea por una disposición emotiva diferente, sea porque nuestro espacio público expresa enérgicamente esta conflictividad de base, sea porque la política y la vida en común todavía son espacios de imaginación y realización social, o porque no hemos caído en el aburrimiento y la indiferencia nihilistas, cualquier lectura de los espacios públicos latinoamericanos que se fije sólo en la representación y no tome en cuenta la manifestación sería incompleta.

En tanto acontecimiento (Badiou, 1999), la manifestación – que reclama en su integridad la presencia física- tiene un plus que no puede ser simbolizado, abriéndose así a una multiplicidad de sentidos cuya expresión excede los códigos representacionales. Aunque su significación se tome de las representaciones circulantes para ser socialmente inteligible, sus reverberaciones

rebasan las formas existentes, adquiriendo una dinámica particular, la del movimiento. Los movimientos sociales no pueden encuadrarse en el enfoque de la representación, ni de una esfera pública burguesa entendida como un espacio deliberativo edificado en torno al debate de ideas. La existencia de movimientos sociales conduce a pensar que la esfera de lo público es también una esfera de manifestación. (Cefaï, 2008).

Dado que muchas manifestaciones colectivas producen acontecimientos sociales, lo que ocurre en la esfera pública no puede comprenderse sólo en términos de representaciones estables. Sus resonancias van más allá de cualquier simbolización convencional: de allí que se conviertan en canteras inagotables de sentidos. Para ejemplos simples, baste con pensar en el 17 de octubre de 1945 en Argentina o las expresiones vinculadas a la muerte de Hugo Chávez producida en marzo de 2013, son acontecimientos cuya significación no parece cerrada y que repercuten sobre el pathos, la dimensión afectiva.

La noción de manifestación es especialmente útil para subrayar la presencia de elementos emotivos, sentimentales, que desencadenan acciones colectivas (Bougnoux, 1999). Esta expresividad social es ensombrecida cuando se define el espacio público en relación a la opinión entendida como un juicio o raciocinio que compromete, en el terreno intelectual, la actuación de un grupo, un conjunto de individuos autónomos y conscientes. Como señalé en el apartado precedente, tal concepción sigue la definición de espectador imparcial que desarrollara Smith. Si, en cambio, asumimos su carácter múltiple -el ser, a un tiempo, espacio de representación y de manifestación, implicando tanto la dimensión cognitiva como la afectiva, tanto la deliberación como la acción-, el espacio público resulta un lugar de articulación de las dimensiones objetivas y subjetivas de la sociedad.

Público y masa: la antinomia racional /irracional

He señalado que las emociones gozan de mala reputación en cuanto a su capacidad de fundar la vida social. La noción de que “el hombre es el lobo del hombre”, que Hobbes (2009) actualiza tomándola de Plauto, es una expresión negativa referida al individuo que va a encontrar una versión colectiva hacia fines del siglo XIX, como expresión de la desconfianza y temor a las grandes aglomeraciones de sujetos en un espacio público que paulatinamente se ampliaba.

El espacio público se alimenta de la adquisición de derechos políticos y se afianza en la figura del ciudadano. La condición de ciudadanía universal no nació en 1789 sino que fue un proceso de incorporación creciente de la población a los derechos emergentes de la participación política. En su versión más restrictiva, tenían derecho a sufragar los hombres que cumplieran con ciertas exigencias de renta mínima e instrucción; luego, fue suficiente con saber leer y escribir. Más tarde se amplió el derecho a votar incorporando a las mujeres y, con ciertas limitaciones, a los extranjeros.

De maneras muy concretas, la condición de ciudadanía permitió a actores de los sectores subalternos, que antes tenían vedado el acceso a ciertas zonas, actividades y edificios de la ciudad, a circular libremente y a acceder a espectáculos y eventos reservados normalmente para ciudadanos acaudalados o notables. Quizá uno de los espacios más emblemáticos en relación con este proceso sean las plazas, cerradas con rejas que permitían controlar el acceso y seleccionar a los paseantes y que tardíamente se abrieron a la libre circulación.

La paulatina universalización de los derechos políticos ha recibido distintos tratamientos, que van desde la idea de ascenso de las masas (Ortega y Gasset, 1983) a democratización. Típica-

mente, implica la presencia de nuevos actores designado bajo diferentes términos. La denominación más antigua, “masa”, ha sido largamente criticada, esencialmente por la carga peyorativa que implicaba en las teorías aristocráticas y conservadoras de Nietzsche, Ortega y Gasset y Le Bon (Swingewood, 2003). Vale la pena destacar que estas teorías subrayaban el carácter emocional del comportamiento de la muchedumbre –para algunos, rayano en la irracionalidad completa - y su potencia actuante que desembocaría inexorablemente en la violencia. Este primer grupo de teorías no sólo asilaba el temor a las multitudes actuales que inundaban las ciudades, sino que guardaba los ecos del terror desencadenado por les malhereuses de la Revolución Francesa.

Los totalitarismos del siglo XX dieron nuevos argumentos contra las masas, que aparecieron en estos episodios como susceptibles de manipulación, operando bajo los efectos de la propaganda y conducidas por la influencia que ejercían los líderes carismáticos (Tchakhotine, 1982). Según instruyeron estos momentos negros de la historia, la emoción no puede ser el fundamento de la sociedad ni debe ser puesta en juego en el espacio público. La propaganda, como mecanismo manipulador de la inclinación irracional de los seres humanos, fue condenada, mientras que lo que apareció como la “buena” política fue aquella que se decidía en un espacio racional de discusión de ideas y de obtención de consensos. La política, sin embargo, no ha dejado de apelar a las emociones y los sentimientos para generar adhesiones.

La interdicción impuesta al concepto de masa permitió el ascenso de una concepción muy compatible con el pensamiento de Adam Smith: la noción de “público”. Gabriel Tarde (1986), introductor del concepto, postula que los públicos se apoyan en un pensamiento informado por la prensa. La inflexión de Tarde

en relación al pensamiento de la época es fundamental; su teoría opera de bisagra entre la teoría social refractaria a las multitudes –las ya mencionadas “teorías de la sociedad de masas”- y la perspectiva pluralista norteamericana. Los públicos se acercan a la definición de grupos cuando son considerados “muchedumbres fragmentadas y dispersas”, pero también abreva en la definición de masa, ya que Tarde considera que están “mentalmente unidos” (Mattelart, 1996: 77-78).

Tarde limita los rasgos de irracionalidad que se le atribuían a las masas, aunque tampoco les otorga plena autonomía racionante: la noción clave es la de “imitación”. Se entrevén en sus proposiciones ciertas reminiscencias de Le Bon, que hablaba del “contagio”. El factor común es la falta de autonomía que se le adjudica a estos procederes, cuyo origen estaría en otro lado que en la multitud misma. La imitación como rasgo específico de las masas reaparece aun en la concepción más positiva de los pluralistas norteamericanos de la segunda mitad del siglo XX. Edward Shils señala como característica de la cultura de masas el ser imitativa, poco original (1974). Para Shils, la cultura de masas es una cultura mediocre; sin embargo, aun cuando no llegue a ser refinada como la de las élites, tiene el mérito de alejarse de la cultura brutal y violenta.

Como se ve, hay una valoración particular de esta cultura en tanto se ofrece como un sustituto de las prácticas populares tradicionales que desatan formas de interacción intempestivas. La cultura de masas aparece como garantía ante el peligro de la irracionalidad. Todavía a mediados del siglo XX las democracias parecen intentar sostenerse entre la invocación teórica a las masas pero manteniendo a raya sus posibilidades de actuación.

Según el enfoque clásico de Tarde y Tönnies (Mattelart, 1996), la opinión pública se expresa en actuaciones. Esta potencialidad se desplegó en la segunda mitad del siglo XVIII en los

movimientos sociales que desencadenaron revoluciones y acciones directas de un “público” que no era mero espectador, tales como las manifestaciones en contra de la guerra en Vietnam o el Mayo francés de 1968. Los llamados “públicos” se muestran como conjuntos de personas con capacidad de intervención en el curso de los acontecimientos, es decir que tienen la facultad de desencadenar acciones colectivas. Su potencial no se circunscribe a una opinión declamada ni son grupos cuya afinidad se limite a gustos o preferencias compartidos.

A partir de una comprensión de la noción de públicos como grupos de afinidad, Stanley Fish propone la noción de “comunidades interpretativas” (Fish, 1976; Varela, 1999). El valor de este concepto radica en que, por un lado, retiene las condiciones objetivas de la comunicación como “puesta en común” ya que sus integrantes forman parte de una comunidad lingüística y comparten una cultura, lo que constituye la base de su recíproco entendimiento. Este aspecto social funciona también como un límite normativo ya que reduce las posibilidades de uso de lenguajes o convenciones personales o de microgrupos, que obstaculizarían la comunicabilidad de la experiencia individual. Por otro lado, las comunidades comparten y construyen matrices de interpretación en torno a gustos comunes, y en este sentido, la noción de comunidades interpretativas incorpora la dimensión subjetiva, por un lado, y una forma de interacción basada en afinidades y sensibilidades en común, por otro. Las comunidades interpretativas no necesariamente se estructuran sobre determinaciones objetivas tales como la etnia, la nacionalidad o la clase social.

A diferencia del concepto de “comunidades lingüísticas”, la noción de comunidades interpretativas deja entrever que los miembros de estas comunidades comparten un mismo “anclaje de sentido” (Barthes, 1995): participan de una constelación

de significaciones comunes, articuladas de manera semejante, estableciendo configuraciones similares a partir de las significaciones presentes en una producción cultural que comparten. Esto equivale a decir que no se trata necesariamente de grupos homogéneos según los criterios sociológicos: las edades, las profesiones, los recursos económicos, pueden ser desiguales.

Las transformaciones tecnológicas y las posibilidades habilitadas por la Internet han introducido variantes en este concepto. Muchas comunidades interpretativas son comunidades virtuales o círculos de “amigos” suscriptos a blogs o a foros específicos. Esta novedad ha ampliado y diversificado la noción de comunidades interpretativas, en al menos tres dimensiones: a) ya no están vinculadas estrictamente a públicos sino a “prosumidores” (Tapscott, 1997), b) su alcance territorial se expande, pues no existen restricciones de distancias en la participación virtual y c) aquello que “se comparte” se diversifica y multiplica; no se circunscribe a opiniones y comentarios como expresiones subjetivas o intersubjetivas en relación al orden público sino que incorpora la revelación de la intimidad. Filiadas en la línea de los públicos, las comunidades interpretativas de las redes intervienen en la vida social y desarrollan un modo de relación que ya describimos: el de la interacción. En este sentido, trabajan activamente en la construcción de acuerdos, organizacionales, de contenido u opinión y pragmáticos y se mantienen abiertas y porosas, permeables a los cambios en el interjuego propio y con sus contextos. Conjugan de manera emblemática las dimensiones y características de un espacio público en reformulación.

Interacciones virtuales, sentimientos y acciones sociales

Desde 1990, la llamada esfera pública ha sido inundada por producciones que exhiben la intimidad. Los nuevos formatos mediáticos, pero también las nuevas claves de legitimación de los discursos, remiten a la interioridad de los sujetos. No se trata solamente de la “puesta en escena” de la vida cotidiana a través de talk-shows y reality-shows (Illouz, 2003), sino también de una apelación al sentimiento como justificación válida.

Estos géneros se caracterizan por borrar las marcas ficcionales y los rastros del proceso productivo del que emergieron, para erigirse en “testimonios” y “confesiones”, utilizando una retórica de la espontaneidad y la autenticidad y presentándose como la revelación de lo íntimo y lo cotidiano. Como señala Leonor Arfuch (2002), los “momentos biográficos” de la narrativa mediática y el acontecimiento en boca de sus protagonistas o de sus testigos directos, son capaces de generar la confianza que procede de la plenitud de la presencia y producir efectos de verdad y certeza. Cuando no se trata de la narración personal de boca de los autores, se apela a la narración biográfica en boca de otros, “revelada” en ámbitos de interacción diversos. En otros casos, el autor-narrador-conductor aparece en actitud de búsqueda, encontrándose con estos relatos de las vivencias ajenas en su intento por explorar el alma humana. Es casi la condición no dicha de las presencias instaladas en los medios: quien comparece en sus escenarios debe estar dispuesto a “contarlo todo”, a vaciar su interioridad frente a los ojos de los otros.

Estos géneros y formatos discursivos no son patrimonio exclusivo de los medios sino que coexisten con blogs o bitácoras personales y sitios de intercambio social de la web o redes sociales en donde el “me gusta” sintetiza cabalmente la orientación

subjetivista. Cualquiera sea el médium, las formas discursivas que constituyen el “espacio biográfico” –siguiendo aquí también la definición de Arfuch- toman como tema central la narración en primera persona de las vidas y se enfocan especialmente en el relato de las emociones. Aun cuando estas narrativas no tengan mayor interés -o ninguno, en términos del “interés general”-, suscitan procesos de identificación, reclamando una virtual “comunidad” entre el público-comentarista y los actores-escritores que desenvuelven su vida en espacios públicos, semipúblicos o privados, generando una “unidad emocional”.

Casi a la inversa de lo que ocurrió con los medios masivos, que pretendieron durante unos 40 años ser “reflejo del mundo” (Verón, 1983), la Internet rápidamente proporcionó una cantidad de formatos y plataformas que permitieron el “reflejo del interior”. Esta plataforma incluye los medios tradicionales. Sin embargo, lo más novedoso es su capacidad de construir una multitud de pequeños mundos, en la forma de redes de intercambio que replican la lógica y el tono de la relación interpersonal. Al facilitar la incorporación de elementos diversos, muestran aún más que lo que permitiría una relación cara a cara: una exposición de facetas, escenas y fragmentos de las biografías que se consideran “íntimas” y sólo confesables a los más cercanos. Como sucede en la relación interpersonal, los usuarios aprenden rápidamente los cuidados y prevenciones que deben tener en su autopresentación. La técnica del cuidado de la imagen (qué mostrar, cómo mostrarse, cuánto contar y a quiénes) fueron confundidos con una suerte de narcisismo, sin notar que se trataba de un proceso ya conocido: el de la representación en un espacio interpersonal, como lo era el paseo en la plaza pública en donde los ciudadanos se exhibían, sólo que en este caso se utilizan nuevos dispositivos al servicio de una operación muy conocida.

Ciertamente, esta característica biográfica e intimista de las narrativas contemporáneas, segmentadas en microrrelatos o pequeños relatos (Angenot, 2006), son consideradas parte de un proceso de banalización de la esfera pública. Aparentemente se trataría de un “ascenso de la insignificancia” (Castoriadis, 1997). Creo que pueden interpretarse mejor como un “retorno de lo reprimido”, como una revancha de los sentimientos sobre una definición de lo social que se esforzó en negarlos o controlarlos.

Como he tratado de argumentar, la vida privada y la pública no están desencontradas, y la relación social se nutre de la relación interpersonal. En el caso de las redes que actúan desde la Internet, la circulación de información es velocísima y muy eficaz. Tanto se orienta a la vida privada y emocional como al mundo circundante; tanto puede ser un espacio de autopresentación y construcción de relaciones interpersonales como constituirse en foros semiexpertos de aficionados. Y puede, como se ha revelado en numerosas ocasiones, convocar a la acción directa -como las flashmobs o instant crowds, (Rheingold, 2002) o filtrar información relevante para el conjunto social. Está claro que no reemplazan la acción colectiva organizada, pero ofrecen un medio que posibilita esta organización.

Queda pendiente mostrar de qué manera la revelación de la intimidad, la exhibición de las emociones, podría fertilizar el espacio público. Intentaré entonces acometer esa tarea.

En el libro *Sobre la revolución*, Hanna Arendt (1992) se interroga sobre las posibilidades de transformación del orden social a partir de la acción política. En el capítulo titulado “La cuestión social”, analiza y compara la revolución que dio lugar a la independencia de Estados Unidos y la revolución francesa. Parte de señalar las muy distintas condiciones sociales en que se hallaban la población en uno y otro caso. En Estados Unidos,

la pobreza no planteaba situaciones acuciantes; la riqueza del territorio americano ofrecía suficiente seguridad a los avatares de la subsistencia. En cambio, la esclavitud constituía un contrasentido con el principio de la libertad. La revolución francesa, en cambio, debía dar respuesta a multitudes famélicas. Compelidos por la gravedad de la situación social, el discurso libertario de los revolucionarios viró muy rápidamente y pasó a concentrarse en las necesidades del pueblo.

Los revolucionarios franceses se sintieron movidos por la compasión. Para Arendt, la compasión es una pasión, una emoción elemental que no está mediada por la razón y que, por lo tanto, no puede traducirse en palabras sino que da lugar a actos. Es siempre singular: sentimos compasión por alguien, en una situación concreta. En cambio, la piedad es un sentimiento mediado por la virtud y puede volverse parte de un discurso que tome en cuenta, con alguna generalidad algo mayor, la situación de un grupo. En tanto admite esta mediación –que es racional-, es capaz también de crueldad, como el cirujano que amputa una pierna gangrenada a un enfermo. E incluso puede revertirse para vanagloria de quien la expresa, que aprovecha la ocasión de la desgracia ajena para exhibir la nobleza de su corazón “piadoso”.

Arendt sostiene que la fundación de una sociedad no puede basarse ni en la compasión ni en la piedad. La compasión no actúa más que en singular; la piedad, por su parte, puede dar lugar tanto a la crueldad como a la misericordia, pero no a la justicia. La misericordia lleva a equilibrar situaciones desiguales, a considerar de manera distinta cada situación, atendiendo a las peculiaridades. La justicia, en cambio, es una norma imparcial que iguala. En este sentido, Arendt sigue la posición de Adam Smith. Para ella, los sentimientos y las emociones no pueden fundar una sociedad humana justa. Sólo el espectador imparcial da lugar a la justicia. La alternativa que propone es la solidaridad, que implica

la adhesión a un principio general abstracto. Descarta, pues, que la organización social pueda apoyarse en dimensiones subjetivas.

Pero un principio abstracto de este tipo reemplaza la implicación con un convencimiento racional. Algo del orden de la simpatía, de la comunicación de lo que se siente, necesita asociarse como sentimiento al principio de la solidaridad para que el compromiso resulte eficaz. Como sabemos, los sentimientos no son espontáneos, forman parte del ethos colectivo y se promueven socialmente (Le Breton, 2002). Como Hume señalaba, la simpatía (o la empatía, para usar un término más afín al campo comunicacional) depende de que exista un espacio compartido, una puesta en común. Retomando la lectura de Arendt, Luc Boltanski (1993) desarrolla justamente esta relación, a partir de una perspectiva novedosa porque realza un sentimiento, la compasión, en cuanto a su potencial dinamizador de acciones sociales, y a los medios como el componente social que permite que el conjunto se informe sobre un hecho y se movilice.

Para Boltanski, el espectáculo del sufrimiento puede mover a la acción colectiva y, en ese sentido, desencadenar acciones políticas. Favorece el pasaje del “espectador imparcial” al “actor comprometido”: por este lado, el sentimiento y el espacio público encuentran un lugar de convergencia. Y subraya: “Un espacio público no está solamente orientado –como lo estará más tarde el laboratorio- hacia el ideal de una objetividad sin perspectiva. La consideración del sufrimiento modifica las condiciones del debate; somete notoriamente a la urgencia exigente de las personas, el compromiso por las causas” (Boltanski, 1993: 53. Traducción propia). La reacción, este pasaje a la acción, requiere como condición que los públicos conozcan lo que acontece.

La condición de la visibilidad o de la información es necesaria, pero no suficiente, como parece pensar Boltanski. La esfera pública está obligada por la institución social que establece las

condiciones de posibilidad de un encuentro entre sus miembros, fijando lenguajes y códigos que posibilitan la comunicación, imponiendo normas y definiendo tanto los ámbitos como los actores de la interacción (Trom, 2008). Es, pues, la circulación de información, la publicidad de los acontecimientos, la visibilidad, uno de los términos involucrados en la respuesta buscada. En la vida política, la manifestación es mucho más territorial que la representación (cuerpos concretos, versus símbolos y signos) y las acciones sociales se despliegan en las coordenadas del tiempo y el espacio. En ese sentido, el mundo virtual asociado al mundo concreto no lo reemplaza. Pero todo aquello que es simbolizable es digitalizable: información, firmas a modo de apoyo, conversaciones, imágenes, opiniones, circulación de dinero. E incluso, sabotajes a las redes que posibilitan en sostenimiento de buena parte del mundo concreto. Los mundos son complementarios y están imbricados. Las interacciones en las redes pueden ser el núcleo de una nueva forma de las relaciones en el espacio público, más co-operativas y en construcción conjunta, capaces de compartir sentimientos y relacionando singularidades.

Sin duda, los medios masivos y las redes sociales desarrollan –a su manera– una tarea de información y de movilización de afectos. La identificación y la exhibición de las emociones no es contradictoria con la acción en el espacio público, no necesariamente desensibiliza ni es mera morbosidad. Desde este punto de vista, y en la medida en que el relato de los padecimientos pudiera superar la dimensión singular del personaje para identificarse con una reivindicación colectiva, todos los medios de los que disponemos podrían volverse promotores de la reunión y la coordinación de acciones políticas.

Bibliografía

- ANGENOT, Marc, “Fin de los grandes relatos, privatización de la utopía y retórica del resentimiento”. *Estudios*, 17, 21-34. Córdoba, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, 2005.
- ARENDDT, Hannah (1963/1988), *Sobre la revolución* (3ª. ed.). Buenos Aires, Alianza, 1992.
- ARFUCH, Leonor, *El espacio biográfico*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- BADIOU, Alain (1997), *San Pablo. La fundación del universalismo*. Barcelona, Anthropos, 1999.
- BARTHES, Roland (1986), *Lo obvio y lo obtuso*. Barcelona, Paidós, 1995.
- BOLTANSKI, Luc, *La souffrance à distance*. Paris, Métailié, 1993.
- BOUGNOUX, Daniel (1998), *Introducción a las ciencias de la comunicación*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- CASTORIADIS, Cornelius (1996), *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
- CEFAÏ, Daniel, “Los marcos de la acción colectiva. Definiciones y problemas”. En Ana Natalucci (ed.), *Sujetos, movimientos y memorias. Relatos del pasado y modos de confrontación contemporáneos* (pp. 49-80). La Plata, Al Margen, 2008.
- CUCHE, Denys (1966), *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- FISH, Stanley, *Interpreting the “Variorum”*. *Critical Inquiry*, Vol. 2, 3 (Spring), pp. 465-485. The University of Chicago Press, 1976.
- FOUCAULT, Michel (2001), *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France 1981-1982*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

- FREUD, Sigmund, *Obras completas*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- GOFFMAN, Erving (1959/1981), *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (2ª ed.). Buenos Aires, Amorrortu. 1994.
- HABERMAS, Jürgen (1962), *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981.
- HABERMAS, Jürgen (1981), *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid, Taurus, 1987.
- HOBBS, Thomas (1651/1940), *Leviatán*. Madrid, Alianza. 2009.
- ILLOUZ, Eva, *Oprah Winfrey and the Glamour of Misery: An Essay on Popular Culture*. New York, Columbia University Press, 2003.
- LE BRETON, David (1992), *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- MATTELART, Armand (1992), *La comunicación-mundo*. México, Siglo XXI editores, 1996.
- ORTEGA Y GASSET, José (1929), *La rebelión de las masas*. Buenos Aires, Círculo de Lectores, 1983.
- RHEINGOLD, Howard (2002), *Smart Mobs: The Next Social Revolution*. New York, Perseus Books. 2003
- SENNETT, Richard (1974/1978), *El declive del hombre público* (2ª ed.). Barcelona, Península. 2002.
- SEOANE PINILLA, Julio, *Del sentido moral a la moral sentimental*. Madrid, Siglo XXI de España editores, 2004.
- SHILS, Edward (1960), "La sociedad de masas y su cultura". En VV.AA., *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas, Monte Ávila editores, 1974.
- SMITH, Adam (1759/1978), *Teoría de los sentimientos morales* (3ª ed.). México, Fondo de Cultura Económica. 1992.
- SWINGWOOD, Alain (1977), *El mito de la cultura de masas*. México, Ediciones Coyoacán, 2003.
- TAPSCOTT, Don, *The Digital Economy: Promise and Peril In The*

- Age of Networked Intelligence. New York, McGraw-Hill, 1997.
- TARDE, Gabriel (1901), *La opinión y la multitud*. Madrid, Taurus, 1986.
- TAVERNIER, Aurélie, “Del saber sociológico al conocimiento experto político y mediático: institucionalización, difusión y fragmentación de saberes”. En Natalucci, Ana (ed.), *Sujetos, movimientos y memorias. Relatos del pasado y modos de confrontación contemporáneos*, pp. 103-121. La Plata, Al Margen, 2007.
- TCHAKHOTINE, Serge (1952/1979), “El secreto del éxito de Hitler: la violencia psíquica”. En de Moragas Miguel (comp.), *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona, Gustavo Gili, 1982.
- TROM, Danny, *Gramática de la movilización y vocabulario de motivos*. En Natalucci, Ana (ed.), *Sujetos, movimientos y memorias. Relatos del pasado y modos de confrontación contemporáneos* (pp. 21-48). La Plata, Al Margen, 2008.
- VARELA, Mirta, “De las culturas populares a las comunidades interpretativas”. *Diálogos de la comunicación*, 56, pp. 92-103, 1999.
- VERÓN, Eliseo, *Construir el acontecimiento*. Buenos Aires, Gedisa, 1983.
- WEBER, Max (1904-1905/1979), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Puebla, Premiá. 1991.
- WILLIAMS, Raymond (1980), *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península / Biblos, 1997.

CAPÍTULO VIII

Lugares de vida. Nueva escena de espacios culturales emergentes de exhibición en la ciudad de La Plata

Por *Matías David López*

Primeras palabras

Este trabajo se pregunta por la existencia de una nueva escena cultural en la ciudad de La Plata a partir de la emergencia de ámbitos de presentación, exhibición y circulación de producciones culturales, específicamente de producciones visuales –dibujos, ilustraciones, grabados, video-instalaciones, fotografías, graffitis, pinturas-. El resto de los interrogantes que guían este trabajo serán ¿cómo es la construcción de las propuestas en cuanto a la agenda y curaduría? ¿Qué lugar le asignan al espectador en esos nuevos espacios? ¿Qué vínculos tienen con los espacios institucionales-estatales dedicados a la promoción de los artistas y cuál es su posicionamiento sobre estos? ¿Cómo es el vínculo entre de estos espacios privados con *lo público*?

Se inició el trabajo con un revelamiento de espacios culturales y se contabilizaron más de veinte que tienen como características en común haberse creado en los últimos años -desde el 2010 muchos de ellos- y estar emplazados, la mayoría, en el

casco urbano de la ciudad. De este total seis experiencias fueron tomadas para el análisis, se trata de los casos de *Casa C'est la vie*, *Galería Mal de Muchos*, *Galería y Librería Siberia*, *Galería Club Cösmiko*, *Galería del club Alborada* y las muestras organizadas por *Síntoma Curadores*, esta última experiencia tiene como particularidad de que no “es” ni posee un “lugar” propio, sino de una propuesta curatorial que va “moviéndose” por diferentes espacios, aunque la mayor parte de sus muestras se realizaron en el *Club Alborada*.¹

Siguiendo una perspectiva metodológica principalmente cualitativa, en cuanto a las técnicas y herramientas de construcción de datos y fuentes, se llevó adelante un trabajo de campo -desde mediados de 2012 y que actualmente continúa- que consistió en la confección de un cuaderno observaciones de las muestras y exhibiciones realizadas en todos los espacios, además de observaciones a otras prácticas cotidianas desarrolladas allí, el acopio de materiales gráficos (catálogos, postales, afiches), un registro fotográfico, la desarrollo de una serie de entrevistas a organizadores y participantes de los espacios culturales y, por último, un seguimiento de archivo virtual de sus sitios web, blogs y espacios en redes sociales.

1 Además de estos espacios, en el relevamiento se encontró que existen otros lugares como: Cocina de Arte de En eso estamos, El Tallercito, El Hormiguero, Piso uno arte y diseño, Vendrás alguna vez Espacio Cultural, Taller Tormenta, Rotisería artística -espacio de Felina Super Heroína-, Residencia Corazón, Taller Naranja, Zule arte+taller, La Catrina Galería Taller y Mercadito de obra, Casa 8, Azul un Ala, Taller del Caleidoscopio, Casa Flotante, Aerosol Gallery, Piqui Pantera Multiespacio dedicados, en su mayoría, al desarrollo de talleres, cursos y espacios de producción.

Una aproximación a los espacios

Comenzaremos por definirlos como *espacios culturales* para poder conceptualizarlos desde una terminología que no limite al conjunto de las experiencias que se analizará. Por eso, preferimos no utilizar los términos “galerías” ni “espacios de arte” (aunque sean dos de los más usados por las propias experiencias). En ese sentido, se propone utilizar y adoptar la palabra “culturales” como adjetivo por el “de arte”. A su vez, se le agregará de *exhibición* para sumar una característica que puede distinguirlos de otros espacios culturales que también tienen importancia en la ciudad (sea por caso los centros culturales y sociales, galpones culturales, etc.), experiencias que no entrar para el análisis en los propósitos de este trabajo. Además, se los entenderá como espacios *emergentes* ya que se trata de ámbitos generados recientemente –todos datan en su constitución de la última década o de años recientes-, pero sobre todo por proponer y poner en escena una nueva camada o generación de productores culturales –en el dibujo, la pintura, el graffiti, el grabado, la música y la producción audiovisual- que conformarían un *nuevo escenario cultural*, integrado por prácticas de gestión cultural, redes de afinidad, circuitos de exhibición y consumo de bienes y producciones culturales.

Desde esta perspectiva, estos *espacios culturales emergentes de exhibición* –por todo lo anterior no sólo entendidos como espacios físicos para juntarse (y muchas veces amontonarse)- quizás sean el modo de organizar cierta *intelegestsia* cultural contemporánea en la ciudad y de engendrar sus propios (micro)climas. Actualmente estos espacios culturales quizás sean –como en otros momentos fueron las “revistas culturales”- los “lugares de vida”, de entreteje de códigos, relaciones y amistades -pero también por eso mismo, de manifestación de exclusiones y se-

lecciones-, los que propician los encuentros y las apuestas, así como los lugares donde pueden seguirse las “batallas de ideas” y disputas de posiciones en el “campo cultural”. Además, serían los lugares desde donde trazar el mapa de las sensibilidades (intelectuales, culturales, artísticas, relacionales, etc.) de este momento presente.²

Ahora bien, a quienes integran y participan de estos espacios podríamos identificarlos como una “elite cultural” pero con una sustancial diferencia respecto de lo que se podrían llamar “elites dirigentes”. Porque estos actores son dentro del aparato institucional-estatal local y provincial quienes ocupan allí posiciones subordinadas. Los gestores/organizadores y participantes de los espacios culturales no integran un gabinete de ministros ni forman parte de la construcción y decisiones de las políticas culturales en el municipio, la universidad o la provincia. Si bien muchos de ellos trabajan e integran estas maquinarias –pudimos relevar que varios son docentes, no-docentes y estudiantes universitarios, empleados estatales en ministerios e incluso en dependencias ligadas a “la cultura” como teatros y museos, datos

2 Teniendo presente el fuerte imperativo económico-comercial que permea todos los aspectos de la vida, Isabelle Graw, entenderá parte de la estrecha relación entre “mercado” y “arte”. En ese sentido, la autora considera que: “la economización de las esferas incluso más privadas e íntimas es la consecuencia del giro biopolítico y bioimperativo capaz de influir sobre el modo en que la gente vive sus vidas, concretamente. Si se considera que la ‘vida’ es un objeto privilegiado de la actividad humana, entonces el arte, para el cual la vida siempre representó una fuerza productiva, se vuelve a la vez una actividad prominente. Es por eso que veo a los artistas como proveedores de vida, especialistas en inyectar vida a las cosas.” (Graw, 2013: 19). Pero sostenemos que –desde la perspectiva materialista cultural que aquí se plantea– no serían sólo los “artistas” (o mejor, los “productores”) los únicos generadores de “vida” sino que serían también los gestores culturales, los curadores y los participantes quienes al constituir una escena, ciertos “lugares” y circuitos de relaciones, afinidades y redes –cada vez más amplios, móviles, reconocibles– generan y sostienen la “vida”.

con los que se pueden identificar ciertas formaciones educativas, rasgos profesionales y accesos culturales³ no se puede observar el desarrollo de algún tipo de articulación política; por lo que serían procesos paralelos antes que imbricados.

Entonces, se trata de actores que cumplen un rol subordinado en el andamiaje estatal-institucional pero que consideramos “toman la posta” y “llevan la delantera” en la gestión y producción cultural en la ciudad, porque generan eventos culturales de pequeña y mediana escala de relevancia para circulación y movimiento de producciones y experiencias, de productores y participantes/espectadores. Entonces podríamos hablar de la emergencia de una “élite cultural” que se *empodera* por fuera de las instituciones formales de las que muchas veces forman parte.

A su vez, no podemos encontrarlos como actores importantes dentro del “mercado del arte contemporáneo”⁴ aunque existan intentos incipientes de generar un “mercado de arte joven o arte emergente”. En este sentido, son espacios que se predisponen cada vez más –con pequeñas tácticas y herramientas de comercialización- a “vender obra” no sólo en las presentaciones de las muestras sino generando eventos o espacios permanentes de “trastienda” con una cartera y selección productores. Como características comunes en todos los espacios se trata de venta minorista, a una escala local y principalmente de obras de pequeño y mediano formato.

3 Si bien mayormente encontramos cierta reivindicación a la formación en oficios y talleres, así como a la formación de la propia práctica, en el hacer cotidiano, -como, por ejemplo, en la producción y gestión de eventos-, también existen entre los actores recorridos por instituciones educativas formales. Así, en relación a las carreras universitarias y terciarias que cursaron o concluyeron los entrevistados encontramos: museología, diseño industrial, artes plásticas -como dibujo y grabado-, escenografía, historia del arte, canto.

4 Situación similar a las nuevas editoriales independientes y autogestivas en relación el “mercado editorial” de libros y revistas.

Sin embargo, si bien estos espacios –todavía– no son actores destacados y sistemáticos en la valoración económica-comercial de obras y producciones –rol de cumplen otros actores como museos, galerías, etc.– si podemos afirmar con son actores fundamentales en la valoración y legitimación simbólica-cultural de producciones y productores emergentes, constituyendo así un *capital simbólico* (Bourdieu, 2002, 2007; Graw, 2013) diferencial para estos.⁵ A su vez, entendemos que se desarrolla una “sinergia” común: los espacios legitiman a ciertos productores y producciones, estos productores legitiman a los espacios al buscar o aceptar mostrar sus producciones allí y los participantes/espectadores legitiman a los productores y los espacios culturales.

Cösmiko se define como “galería de arte::club de amigos”. Los productores que más promueve son: Activaciön Monastér, Agua Helada, Felina SuperHeroína, Juan Rux (Festín Mutante), Valentino Tettamanti, Vic (Victoria Galeano) y Tormenta, entre otros. Buscan que se presente una muestra por mes. Las principales actividades del espacio, además de las muestras, son la pe-

5 Dentro de la literatura disponible que se dedica al análisis del “arte contemporáneo” y los circuitos de exposición y legitimación, resulta interesante el aporte de Raymonde Moulin que afirma “la constitución de los valores artísticos es el resultado de la articulación del campo artístico y el mercado. En el campo artístico se producen y se revisan las evaluaciones estéticas. En el mercado se realizan las transacciones y se evalúan los precios. Si bien ambos tienen su propio sistema para el establecimiento del valor, estos dos circuitos mantienen una estrecha interdependencia en sus relaciones. (...) Si en todos los mercados artísticos reina la incertidumbre sobre el valor de las obras, el mercado de arte contemporáneo constituye, en efecto, el ámbito de la incertidumbre máxima.” (Moulin, 2012: 13-14). Para la autora este es un mercado “estrecho y evolutivo”. En ese sentido, casi en oposición a las galerías de “arte tradicional” que “evitan la toma de riesgo que se asocia a la innovación” y supeditan la elección de artistas por el poder adquisitivo de su clientela; las galerías que se dedican al arte contemporáneo ponen en práctica un “circuito de valoración cultural”. La ecuación así es inversa: fabricación de la demanda contra sumisión a la demanda (Moulin, 2012: 32-33).

luquería “Corte Salvaje”, talleres y eventos como fiestas y obras de teatro. Muchas de las actividades que realizan se vinculan con la escena cultural alternativa porteña: recitales de Fauna, Chancha Vía Circuito, Rosario Blefari, Sara Hebe, Villa Diamante, Sonido Campeón, exposiciones de integrantes del *street art* de Buenos Aires como Pum Pum, Nerf y Malatesta o algunos talleres. También se observa una articulación con la galería de arte “Fiebre” –ubicada en la Galería Patio del Liceo, Recoleta- en donde CSMK ha realizado muestras con artistas platenses en el circuito porteño (llamada “Invasión platense”) y con el espacio “Trivenchi”. En abril de 2012 Cösmiko se mudo de casa pero no de barrio; ubicado desde ese momento en una casa antigua en calle 70 esquina 10, compone junto con el Espacio Tormenta y el Espacio de Felina Super Heroína un nuevo pequeño polo de producción cultural en la zona sur-este de la ciudad. Robertito y Leandro los organizadores de Cösmiko –que a su vez integran al colectivo *Activaciön Monastér-* plantean que su propuesta:

“Surge en sí por el tema que había muchísima gente pintando y por ahí no había espacios en La Plata en donde mostrar que fueran alternativos, había galerías más académicas o para otro tipo de artistas. Y como galerías jóvenes no había y surgió así, invitar a esos artistas a hacer muestras. Cada un mes se cambian las muestras y cada artistas hace a su antojo lo que quiera hacer”.

“Nos gusta darle la habitación para que puedan llegar a tunearla como quieran, que no sea solamente colgar un cuadrito o una foto, darle libertad en la composición.”

“Nos gusta lo que invitamos. La variedad, la cuestión cósmica, en el sentido de las variedades, de que todo

conviva (...) La idea del nombre es el de la convivencia de que cada uno es un mundo, un universo y de la convivencia de todo eso.”

A su vez, la denominación de *Cösmiko* además de galería es la de “Club”. La idea de combinar la galería y con forma de club surge de la idea de que un club es un espacio “más social”, como afirma Robertito, “*la idea inicial era asociar a la gente que viene con una acreditación, ponele una cuota por año, y después tenías beneficios*”. Plantea que seguramente en algún momento reactiven esa propuesta y formen legalmente un club. La forma de funcionamiento del espacio es además de los dos responsables, una red de amistades y afinidades que hacen posible las actividades.

Mal de muchos es una propuesta que integra una tienda de ropa y accesorios (o de “conceptos y cosas para la vida” como enuncia su *slogan*) y un espacio de galería. Ubicada en un antiguo local en el centro de la ciudad -49 e/ 4 y 5-, la galería busca generar una propuesta propia construyendo una agenda de exposiciones, muestras y pequeños recitales. Algunos de los productores que han pasado con sus muestras son: Luxor, Una muñeca rusa, Santi Casiasessino, Tormenta, Corina Arrieta y soyGarbín compra Miscuadros, Felina SuperHeroína y Valentino Tettamanti, entre otros. Las recientes actividades que inauguraron la galería en el 2013 fueron el festejo de aniversario de Una Muñeca Rusa y continuó con la muestra “Solo viento sin viento” compuesta por dibujos, video e instalación de Daniel Lorenzo. En cuanto a algunas de las bandas y músicos que realizaron recitales –tanto como fechas propias como en el marco de alguna de las muestras- fueron: 107 Faunos, Las Culebras, Javi Punga y Matías Tanco; al mismo tiempo en muchos eventos hubo espacio para DJs y VJs como Cristian Carracedo. En este sentido, Ve-

rónica, gestora del espacio sostiene que varios de estos eventos son más *“de carácter performático / inmersivo que creo que se destacaban de la ‘banda’ que va a tocar”*. Desde el 2012 *Mal de Muchos* a construir algunos criterios para la selección de las muestras –por ejemplo, habilitar un periodo de convocatoria, buscar obras que sean particulares, privilegiar propuestas experimentales, entre otros- e incluso desde la Galería se comenzó a participar en la organización y curaduría de varias de las muestras que se presentaron. En relación al proyecto, Verónica plantea:

“La galería surgió en el mismo momento en que surgió el proyecto de Mal de Muchos, la tienda con la galería incluida. (...) Pienso a Mal de Muchos como un concepto”.

“[los criterios de selección] tienen que ver más que nada con buscar particularidades, gente que tenga una obra propia, cosas que no vengan de lo académico (...) Puede ser un colectivo de artistas que genere algo interesante. Pero me gusta eso, la gente que va abriéndose el camino, que creo que es lo que hago yo también. Cuando abrí no tenía ningún antecedente claro de lo que estaba haciendo. Había centros culturales pero no tenía en mente a nadie con quien compararme, más aun sentía que iba improvisando y armando las cosas así, aprendiendo a hacer lo que estaba haciendo, no tenía un referente claro (...) Sabía que era algo muy personal, eso sí, de entrada. Sabía que no era un centro cultural, quería plantearlo de otra forma, tenía sus particularidades (...) yo sentía eso que la gente que exponía ahí estaba como en mi casa.”

A su vez, la apuesta del espacio es generar muestras y otras actividades que apunten a lo experimental. En relación a esos momentos de *espectación* Verónica afirman que:

“eran muy amenos, bastante íntimos y eso a la gente le gustaba. Creo que es una característica del lugar que la gente va y se encuentra (...) Las inauguraciones siempre tienen algo que hacen que no sean aburridas, que pase algo copado, que la gente se encuentra y conversa (...) que se producía diálogo y eso no lo había vivido en otro lado, no digo que no suceda, a mí no me había pasado.”

Siberia es una galería y librería de “arte y diseño” que se encuentra en un pequeño local de diagonal 79 e/ 6 y 55. Abrió sus puertas en el año 2011 pero con otra identidad: “Isla” era el nombre que utilizó hasta casi la primera mitad de 2012 en la que esa sociedad –comercial y afectiva- se terminó. A partir de ese momento el local cambia de nombre y se pasa a llamar “Siberia”. Tiene además una dedicación a la venta de libros de arte (cine, fotografía, plástica, literatura, ensayo, cuento, etc.) que lo distingue de otros espacios culturales y lo acerca a los ámbitos literarios y las editoriales independientes. La primera muestra que abrió el 2013 fue “Misterio que emana la selva” de Julia Dron, luego también se realizaron un taller de armado de fanzines y junto a la “Liga Promesa y Tempestad” organizaron “La unión hace la fuerza” actividad integrada por una excursión por el Bosque y el Museo de Ciencias Naturales, una merienda y un recital. En palabras de Magdalena, gestora del espacio, *Siberia*

“Se perfila como galería de lleno, con artistas que laburen, generar proyectos específicos para el espacio, que en esos espacios interactúen varias personas, porque

para mí una de las cosas re fundamentales es el trabajo en equipo, es muy re zarpado, aprendes un montón (...) es para mí algo re valioso. (...) Vas aprendiendo un montón de cosas de otro, y uno también brinda eso que sabe.”
“Esto se perfila un poco entre lo que es el dibujo y la pintura y por el espacio de pequeño y mediano formato, me parece que es la línea que sigue el lugar. Que también esta bueno que vaya modificando, a veces pienso que estaría bueno que venga alguien y pungeé todo así gigante y ya fue. Y me encanta cuando pasa eso, a pesar que sea en la línea del dibujo y la pintura, me re interesa cuando pasa.”

“Lo que intento que acá ocurra es que estemos siempre en diálogo con gente de otro lugar. Eso me parece re valioso. Porque cuando he organizado cosas que viene gente de Capital o de otro lugar, la gente de La Plata no viene a visitarlo, es bastante selectiva la ciudad en eso me parece.”

C'est la vie abrió sus puertas en agosto de 2011 en una casona antigua –construida hace más de 150 años– compuesta por terraza, múltiples espacios y techos altos se encuentra en la calle 55 e/ 4 y 5. La idea es que sea un “casa de cultura” que funcione toda la semana. *Como dice una de las cartillas de presentación: “Un centro cultural: útero que estimule, nutra y ramifique la necesidad creadora por las calles y las mentes, el concepto de C'est la vie vino a darnos cuerpo y cerrar el círculo”.* Durante los días de semana en el espacio se desarrollan diferentes talleres de yoga, teatro, crónica periodística y fotografía, literatura, graffiti, guitarra y canto, a la vez que una cafetería. Se realizan ciclos de lectura, presentaciones de libros y pequeños recitales

de música en vivo de bandas y solistas. Además, se plantea como un espacio para muestras y exposiciones de pintura y fotografía, por lo general, vinculando estas muestras con otras actividades, pero recalcaron que no hay decisiones en cuanto a la curaduría de las mismas. Para desarrollar las actividades que se emprenderán desde el 2013, *C'est la vie* comenzó a articular con el grupo de gestores culturales “Medio Limón”. En abril de 2013 se abrió un espacio de distribución y venta de libros y revistas de editoriales independientes gestionado por “Malisia distribuidora y estantería”. Se plantea como objetivo central promover espacios de construcción artísticos orientados al intercambio y el encuentro, por lo que la casa está abierta a recibir todo tipo de propuestas. En ese sentido, siempre se está pendiente de la incorporación de nuevos talleres y propuestas de eventos. Así, la apertura a distintos proyectos artístico-culturales es una de sus características, ya que incorpora muchas y variadas actividades. “El corazón grande como una casa”, el título de una jornada que se realizó con el objetivo de reponer dinero y herramientas que fueron robadas en los últimos días de 2012, puede ilustrar el concepto que busca el espacio para con quien se acerque, que pueda sentirse como en su casa. Natalia, la organizadora de la Casa dice:

“A qué lugar iría yo, a qué lugar me gusta ir a mí, qué es lo que quiero cuando voy a un espacio, la idea surgió de ahí. (...) me gustan los lugares donde conversan un montón de disciplinas a la vez, donde poder ir a ver un montón de cosas. Donde no específicamente vayas a ver una banda, o una exposición, o ver uno que actúa. (...) y a mí particularmente no me gustan los lugares llenos de gente” [risas]

“Quedo ‘la casa’, ‘me voy a la casa’ (...) Es una casona cultural, la idea que sea la casa de todos. También pasa eso, como que la propuesta es re abierta que la gente venga y proponga qué hacer en el espacio. Siempre la pregunto eso a las personas ¿cuál es tu idea?”

Alborada es un club y espacio cultural ubicado en 58 e/ 10 y 11 en el que se desarrollan actividades como Kun fu, diversos talleres y se encuentra la biblioteca popular “Florencio Ameghino”. Fundado hace 94 años, se encuentra en estas instalaciones desde 1950. A partir de 2011 una nueva Comisión Directiva decidió generar cambios en el espacio e invitó a jóvenes productores culturales de la ciudad para brindar espacios para talleres y eventos culturales y artísticos. Ese año se llevaron adelante los encuentros “La Pantufleta refrescante” en los que se desarrollaron intervenciones de graffitis en el patio y paredes internas y externas del club, exposiciones y bandas en vivo. En 2012 se realizó el encuentro “ZigZag”, que tuvo dos eventos previos denominados “Me gusta”, que también acercaron al espacio a diferentes productores –graffiteros, muralistas, dibujantes, músicos, entre otros- locales, nacionales e internacionales. *Alborada* es un lugar con varias características diferentes en relación a los otros espacios seleccionados, entre ellas, por tratarse de un club y que su funcionamiento se relaciona con ese tipo de organización civil y cultural. Para Lucas, integrante del Club –que además es productor de “pintura callejera” conocido como Luxor- que se dedica promover las actividades culturales, la idea de la Galería surgió porque:

“No había espacios para la plástica. La idea era explorar la plástica, no sólo lo musical. (...) La Alborada es un espacio interesante, que hay que apostar y que no

tiene límites. (...) Necesitamos manos, que eso se alivió un poco el año pasado [2012] cuando los chicos [Síntoma curadores] hicieron las movidas que me parecieron muy buenísimas, pero ellos vinieron como gente invitada, necesitamos gente del lugar que quiera ponerse algo al hombre y de una forma seria, creo que eso es lo que faltaría. Después el balance lo vi bárbaro, positivo, de no tener nada, de no tener un espacio en la Alborada para que se pueda exponer se hicieron muestras super interesantes (...) Se logró hacer algo.”

“[La diferencia con otros lugares de muestras] es el club. Hay que lograr que la Alborada sea como el club de antes. El club es abierto y popular. Me aburre algo que sea raro.”

“Por ahí lo que tiene la Alborada es que las cosas explotan, viene gente y después no, quizás esa sea la dinámica del espacio. (...) El lugar es grande, somos pocos y cuesta activar. Creo que la gente no activa los espacios como antes, por convicción, quiere tener algo, no es por la convicción de apostar a eso. Por ahí es muy romántico lo mío, pero bueno es una forma de ver la vida”.

Síntoma curadores surgió a finales de 2011 como una iniciativa que busca repensar el espacio de la curaduría y la exposición de las producciones culturales. En su página de *Facebook* se anuncia que “indaga sobre los dispositivos de exposición y comunicación de las producciones simbólicas”. En este tiempo lleva organizadas siete muestras, la mayor parte de estas fueron en el espacio de galería del club Alborada y la primera muestra en la que aportaron fue “Caminates” de Luxor, aunque como grupo *Síntoma curadores* su primer intervención fue en junio de 2012 con la muestra “Copias fallidas de una

imagen mental” de José Fraire. Realizan un trabajo minucioso de seguimiento de la producción de los productores que eligen, generando charlas, entrevistas y devoluciones para escuchar y luego proponer. Se busca en este proceso construir un “guión curatorial” para proponer cómo esa producción “es leída” y se insertará dentro del campo cultural. En ese sentido, Chempes y Daniel comentan sobre las propuestas y operatorias que realizan desde *Síntoma*:

“Estamos pensando que la obra, la producción tiene que ser leída (...) hay que distinguir las líneas y flujos que nos interesa resaltar para el guión que queremos armar, una parte nos va a interesar de lo tuyo, no sos vos, es una parte que queremos leer. Y no lo queremos leer porque sí, sino porque vamos a espacios, vamos a lugares y nos parece que tiene que hablar con eso, con ese lugar donde quiere incidir. Y a su vez, se da en un lugar físico concreto donde tenés que hablar con todo eso que tenés alrededor. Entonces no es que desde tal teoría construir, sino poner en juego las teorías en función de tu querer hacer, de tu operación sobre la realidad. Por eso es que tenemos un aparato tan ecléctico (...) a su vez, que no crea tanto en la teoría sino, que crea en la acción en la realidad, que ponga a funcionar las teorías en función de la realidad que quiera operar”.

“Síntoma básicamente es una cuestión de ethos, de una voluntad de incidir sobre el campo cultural, en el cual nosotros estamos vivos, estamos trabajando (...) el dispositivo mismo, toda la forma de abordar ese dispositivo es Síntoma. Es algo que en algún punto piensa la manifestación de algún tipo de estructura.”

“El síntoma como lo que expresa el otro y trabajar un poco a partir del síntoma que el otro muestra, y no ir a la enfermedad. Nos interesa un montón la crítica de obra y un trabajo más prolongado con una discusión super profunda de por qué estás haciendo esto. Pero nuestra idea de síntoma era ‘bueno, corrámonos de ahí, trabajemos con lo que ya esta, con lo que está saliendo, con lo que se ve’”.

Entonces, se busca desde *Síntoma* generar dispositivos de comunicación -de discurso y enunciación- para leer e interpretar diferentes líneas y flujos que tienen las producciones que seleccionan buscado discutir en el campo cultural.

Realizando una síntesis de lo relevado, podemos afirmar que en relación a la constitución de los espacios, se encuentra una marcada recurrencia de *espacios privados* –incluso algunos articulados con ciertos locales de comercios-, en donde todos estos pagan alquileres y los gestores buscan “ganarse la vida” con esos emprendimientos, es decir entendidos como su trabajo. La excepción encontrada es *La Alborada* al tratarse de un club, es decir formalmente es una asociación civil sin fines de lucro que se organiza mediante una Comisión Directiva y asociados, a su vez no paga alquiler ya que es tiene un espacio propio. Además, se encontró que se trata de pocas personas encargadas de la organización en cada espacio, en todos los casos sostenidos por colaboraciones y apoyos de amigos y conocidos. “*Somos pocos en todo*”, afirmó uno de los gestores.

En relación a la construcción de actividades cada vez más se dan espacios para pensarlas y organizarlas entre gestores y productores de forma articulada, buscando en algunos casos, construir criterios y pautas que encarrilen las actividades hacia cierto nivel profesional. En este sentido, con mayor frecuencia

y de forma sistemática los espacios están pensando en términos de construir “guiones curatoriales” para las muestras (desde *Síntoma curadores*, *Mal de Muchos* y *Siberia* y de forma más implícita desde *Cösmiko*); dándose de este modo un trabajo de estudio, conceptualización y construcción de relatos sobre las producciones.

Por otra parte, muchos de los gestores consultados sostienen como idea -pero no concretizada hasta ahora- la importancia de “*generar lazos más estrechos entre espacios emergentes*”. En este sentido, podemos describir que si bien no están generados actualmente “lazos estrechos” entre todos los espacios, si hay intentos de encuentro e intercambio de experiencias –por ejemplo, una serie de reuniones de gestores y productores que se realizaron en 2012 a partir de convocatorias en redes sociales- así como alguna coordinación puntual en actividades entre algunos espacios o integrantes de estos.

Además, afirman que la legitimidad es necesaria y que principalmente es generada por la gente que asiste a las muestras y eventos. En ese sentido, todos reconocen la importancia del posicionamiento y la legitimidad para el desarrollo de las propuestas, “*hay que posicionarse ante unos otros*”.

¿Elite cultural? ¿Nueva? ¿Otra?

Ya mencionamos anteriormente que lo que los gestores y productores estarían componiendo –al menos como propuesta analítica- es una “elite cultural”, quizás “nueva” en relación a actores establecidos que ejercen la capacidad política en la toma de decisiones en la organización de la producción cultural en la ciudad –tanto en instituciones públicas como privadas-. Por lo pronto se identificara a los actores analizados como una “otra

elite cultural”, si bien el acento en “nueva” puede entenderse en los propuestas novedosas que desarrollan, en sus apuestas por desarrollar y ampliar un *nuevo* circuito para la exhibición, circulación y venta de obras, así como de experiencias renovadas. Pero, la propuesta no es delimitar a actores individuales, sino más bien a un conjunto de actores, prácticas y representaciones. En este sentido, se puede encontrar ciertos círculos, circuitos de espectadores/consumidores de los bienes culturales, pero sobre todo de experiencias que promueve esta *otra* elite cultural; en particular, públicos que se habituaron a inauguraciones, muestras y exposiciones “de arte”, así como propuestas musicales y literarias, que cada vez más abundan en la ciudad, formando estos espectadores también parte de esa elite.

Entonces una *elite cultural gestora-productora-espectadora* que está inserta –y quizás busque el monopolio- en la producción, acceso, uso y administración de bienes simbólicos. Quizás los (próximos) desafíos que se están buscando es que ese circuito de espectadores-consumidores no sean sólo los integrantes de la propia elite cultural (del propio “sector”), sino ampliar y ensanchar al circuito a otros “sectores”. Si bien hoy es el principal destinatario de las actividades y eventos que se realizan en estos espacios emergentes son actores que integran a la propia elite cultural –grupos e individuos que forman parte de redes de relaciones, afinidades, amistades y complicidades- hay algunos intentos de salir “más allá”, de ampliar a los destinatarios y apostar a nuevos públicos-espectadores.

Si bien el componente mayoritario –que podemos inferir por las descripciones dadas por los actores implicados y por las diferentes observaciones en el trabajo de campo- de esta “elite” puede ser el de los jóvenes, en su mayoría universitarios (estudiantes y/o docentes), en una franja etaria que va entre los 18 a 40 años aproximadamente, no hay que descartar que sujetos

que no integran la categoría “joven” ni tampoco se encuentran en ese corte etario, sobre todo pensando en años mayores, también forman parte de esta nueva elite productora y consumidora de sus propios (o cercanos) bienes y producciones culturales.

Entonces, aunque hay un importante componente en los eventos y actividades de hacerlos para “los mismos de siempre”, “para los amigos y cercanos”, para un “nosotros” delimitado, a la vez hay un entendimiento de que hay que subir y ampliar las apuestas.

Activar lo público

¿Cómo pensar la relación con lo público de y en estos espacios? Si entendemos que la esfera pública va más allá de lo estatal -de sus dominios y andamiajes- y se inscribe además en otras actividades, prácticas y espacios que surgen en la sociedad civil, las propuestas de estos espacios culturales emergentes que aquí analizamos podrían encontrarse dentro de estas. Si se piensa a lo público y lo privado en términos dicotómicos, sólo encontraríamos una oposición que se resuelve hacia lo privado, al constatar que se trata de espacios que buscan, en su mayoría, desarrollar una fuente de ingresos privados para sus organizadores/gestores, persiguiendo un fin de lucro comercial.

Pero ¿sólo buscan eso? Entendemos que no, por lo que manejaremos que -principalmente- en esas apuestas culturales y en esos vínculos que van tejiendo se está *activando lo público*, porque habilitan ciertos espacios comunes de sociabilidad y de encuentro para una parte -quizás pequeña- de jóvenes, productores y gestores culturales y que, por eso mismo, se insertan en el desarrollo de una “cultura urbana”, desplegando prácticas que recorren el trazado urbanístico y aportan en la construcción de

una “ciudad práctica” (Delgado, 2007). Así, atendiendo a sus dinámicas cotidianas, a muchas de las actividades que realizan y a ciertos “acontecimientos” que producen los consideramos, provisoriamente, como *espacios privados abiertos*.

Formación, más allá de lo institucional

Uno de los interrogantes de este trabajo se refiere a cuál es la visión que los gestores de espacios culturales emergentes tienen sobre las instituciones. En este sentido, nos parece importante poner la mirada sobre lo que hacen y proponen las instituciones, sobre todo para este trabajo las ligadas a la cultura y las artes. En las entrevistas y conversaciones encontramos en la mayoría de los casos por un lado, cierto rechazo y por otro, cierta decisión de ignorar o de no tener en cuenta a lo que en esos lugares institucionales se desarrolla y propone. Sin embargo, se observaron algunos matices que, por ejemplo, enfatizan sobre quienes están buscando activar dentro de esas instituciones ciertas apuestas renovadores.

“Considero que están muy venidos a menos los museos. Acá en general, el Provincial de Bellas Artes recién hace un mes inauguró una muestra copada en todo el año, como tristísimo. El papel que desarrollo el MACLA muy mal, esto todo muy venido a menos. De hecho yo soy una trabajadora del museo y veo la desidia y la decadencia que hay en lo que es presupuesto, la gente que labura, y es muy difícil, como que no hay una adecuación a la realidad, al momento que se está viviendo, ¿dónde están los jóvenes hoy en esos espacios?, los que estaban en el Microespacio los sacaron a la mierda, qué onda.”

“Son arcaicos, no miran hacia fuera, no saben lo que está pasando. (...) En esos lugares hay otro circuito de artistas que ya están metidos dentro del circuito, que ya están legitimados –no estoy diciendo que no sean buenos en lo que hacen- pero es eso, son parte de una especie de mainstreim platense. (...) Cuando voy al Pasaje [Dardo Rocha] me da una sensación de abandono, todas esas salas grandes vacías, las obras están paradas ahí, como a la deriva. No se cómo son las políticas culturales de ellos, cómo es que manejan el lugar y cómo seleccionan a quien expone.”

“Sí, son como diferentes circuitos y depende de quien los maneje, hay gente más fresca.”

“[vamos] muy de vez en cuando. Al Pasaje [Dardo Rocha] este año no fui nunca (...) No son espacios que nos interese mucho, siempre lo que ofrecen es muy aburrido. Es otra propuesta, como distinta.”

Así, teniendo presente estos pareceres en relación a las instituciones dedicadas a la cultura, podemos reflexionar sobre cuál sería la posición que estarían ocupando los nuevos espacios culturales. Por lo pronto, consideramos que son ámbitos “de relevo” y presentación de productores y producciones, espacios que toman riesgos y apuestan por expresiones jóvenes, algunas experimentales, que están realizando cierta renovación –quizás también produciendo un cambio- en el circuito de muestras/exposiciones. Reproducimos algunos comentarios que se pudieron recoger de las entrevistas y que puede ser clave para pensar en este punto, tanto en relación a lo institucional, la legitimidad en un campo y a su vez, lo que generan estos espacios, más que muestras, experiencias colectivas:

“Por eso creo que también existen estos espacios y que cobran tanta potencia. Y se nota porque las muestras se sostienen, porque estoy segura que a todos les llevan carpetas, creo que a todos les debe a haber pasado lo mismo, que llegas a un punto que vos tenés que decir ‘no tengo más lugar’, ‘este año no se puede’”.

“Creo que ocupan un poco el lugar que no pueden ocupar las instituciones, de darle el lugar a otro.”

“Lo que me parece re valioso y creo que sería algo buenísimo como proyecto de estos espacios que son emergentes, que tienen para ofrecer espacios pero a la vez se sostienen con otras cosas (...) es que podamos generar unas redes, unos lazos más estrechos, donde sea una fortaleza. (...) hay que aprovechar que todo fue emergiendo, que todas estas cosas fueron cobrando vida y se fueron posicionando y fueron ganando sus espacios y es re valioso porque a nosotros no nos legitima nadie. Te autolegitimas vos, el otro, los que vienen, porque no hay nada, porque no somos museo, no somos institución, no dependemos de nada. Entonces en algún lado tienen que haber algo que te... le digo legitimar porque es una palabra que tiene un poco ese valor. Yo considero que la legitimación la tenemos a través de la gente que viene y que nos ayuda a sostener esto, esa es nuestra gran ganancia, es lo único que te sostienen y que te mantiene en pie, porque un espacio así no puede conseguir un subsidio...”

“Son más que una muestra, se genera un evento.”

“(...) creo que es un logro, en los últimos tiempos, lograr que la gente tenga ganas de ir [a inauguraciones]. Haber logrado que sea... a ver, no divertido en el sentido como ir de joda, pero un poco sí, que es algo divertido, es una propuesta que podés hacer, algo que puede convocar a

gente que no necesariamente es artista, eso antes no pasaba. No digo que sea la obra de [un espacio en particular]... es como algo que se generó de a poco en la ciudad, el hecho que es una alternativa más de algo para hacer y antes por ahí no se tenía en cuenta”.

“(...) Nosotros, me parece que, aterrizamos al campo por A, B o C ya validados, por cierto sector con el que estamos operando; y la ausencia de otros competidores, si se quiere, nos da una facilidad total (...) pero lo que hace falta es incidir (...). El plan de mínima es que esto sea el piso de todo lo que pasa el La Plata y empecemos a discutir otras cosas, nosotros vamos por esa, que la de mínima sea ésta, no la de máxima. Que no es ir a colgar el cuadro, ya quedo pasado... en algún punto ya se empieza a generar la demanda.”

Por esto entenderemos a estas nuevas propuestas como parte de una “formación”, atendiendo a la conceptualización aportada por Raymond Williams, “las formaciones son más reconocibles como tendencias y movimientos conscientes (literarios, artísticos, filosóficos o científicos) que normalmente pueden ser distinguidos de sus producciones formativas. (...) estas son articulaciones de formaciones efectivas mucho más amplias que de ningún modo pueden ser plenamente identificadas con las instituciones formales o con sus significados y valores formales, y que pueden ser positivamente opuestas a ellas” (Williams: 2009, 153). En este sentido, podríamos entender que estos espacios culturales emergentes de exhibición expresan –incipientemente– otro movimiento cultural junto con otras prácticas y experiencias ligadas a la música, la literatura y la producción editorial independiente, que busca renovar la escena cultural local, la organización de la producción cultural.

Se plantearon algunos conceptos como el de “elite cultural” y el de “formaciones” para caracterizar y distinguir a los espacios culturales y los actores implicados en ellos. ¿Podemos pensar en la disputa por la supremacía cultural?. Al menos, desde la literatura clave en este sentido –de Gramsci a Bourdieu- sabemos que en un campo compuesto por actores en posiciones diferenciadas siempre existe una pelea por la definición legítima, en este caso, al estar inserto en el campo intelectual,⁶ una “lucha” por la nominación de la cultura legítima. Así, lo que se discute, y se pone en disputa sería más que “arte”, es más que “producción artística”, más que “experiencias estéticas”. Para el actual momento ¿Se podría plantear que hay una disputa por nominar y organizar la producción cultural en la ciudad?. En todo caso, se tendría que trazar esa disputa atendiendo a ciertas *situaciones estructurales* (en relación por un lado, a las políticas culturales locales, regionales y nacionales, al desarrollo y posición de la producción cultural en las sociedades capitalistas contemporáneas, así como al desarrollo de los circuitos de arte y cultura -constituidos y emergentes- tomando momentos históricos presentes y pasados). Tener en cuenta esas situaciones, esos campos de fuerzas –no para caer en un determinismo, pero sí para entender que tienen un poder *estructurante* en las prácticas y representaciones- serviría para poder describir y analizar de forma más adecuada las diferentes posiciones de los actores y sentidos puestos en juego.

¿Podemos plantear a estas prácticas, espacios y apuestas

6 Se hablará de *campo intelectual*, atendiendo que el “campo artístico”, que podría ser la categoría empleada, lo integra. En este sentido, consideramos que plantear las cuestiones que aquí se trabajan solo como parte del “campo artístico”, “campo del arte” o de “prácticas artísticas” lo limitaría. Cf. las definiciones de “campo intelectual” y “capital cultural” (Altamirano, 2008).

como *configuradoras* de un accionar político, como un “desacuerdo” que puja por un nuevo “reparto de lo sensible” –en términos propuestos por Rancière (2007)- en el campo de la producción cultural?. Y en todo caso, qué sería “lo sensible” que se busca en estas experiencias. Por ahora nos quedamos con esos interrogantes.

Así, sin pretender cerrar el análisis, consideremos que se está constituyendo un “campo de interlocución” en el que determinados actores y prácticas, que comparten códigos de lectura e interpretación común, se ponen a gestionar, producir y consumir producciones culturales, obras y experiencias, “cultura en movimiento”, “cultura viva”, “cultura independiente”; a generar eventos y pequeños acontecimientos que renuevan la organización de la cultura en la ciudad, construyendo y fortaleciendo cierto “circuito alternativo” –de gestores, productores y espectadores- en el que se plantean apuestas y visiones ligadas con la autogestión, la independencia y lo emergente en la producción cultural. Pero además, con ciertas ideas de profesionalización, legitimidad y disputa de sentidos. Por esto, consideramos que ni la noción de “subcultura” ni la de “tribu urbana” parecen las adecuadas para nominar estas experiencias, por lo que preferimos utilizar la categoría de “escena cultural” que integra y se pone en diálogo con un tipo específico de “formación” cultural.

Bibliografía

- ALTAMIRANO, Carlos (comp.) (2002), *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2008.
- BOURDIEU, Pierre, *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires, Montessor, 2002
- BOURDIEU, Pierre (1999), *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba, 2007.
- DELGADO, Manuel, *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Anagrama, 2007.
- GRAU, Isabelle (2008), *¿Cuánto vale el arte? Mercado, especulación y cultura de la celebridad*. Buenos Aires, Mardulce, 2013.
- MOULIN, Raymonde (2003), *El mercado del arte. Mundialización y nuevas tecnologías*. Buenos Aires, La Marca Editora, 2012.
- RANCIÈRE, Jacques (1996), *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- WILLIAMS, Raymond (1977), *Marxismo y literatura*. Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009.

Entrevistas

- Verónica y Florencia (Mal de muchos)
- Leandro y Robertito (Cösmiko)
- Chempes y Daniel (Síntoma Curadores)
- Lucas (Alborada)
- Natalia (C'est la vie)
- Magdalena (Siberia)

Fuentes virtuales

Siberia. Tumblr: <http://www.holasiberia.tumblr.com>

Facebook (perfil): <https://www.facebook.com/siberia.libreriaaygaleria>

Mal de Muchos. Sitio: <http://www.maldemuchos.com.ar>

Facebook (pagina galería): <https://www.facebook.com/maldemuchos.galeria>

Facebook (página local): <https://www.facebook.com/maldemuchos>

C´est la vie. Facebook (perfil): <https://www.facebook.com/CasaCultural.Cest.LaVie>

Cösmiko. Blog: <http://cosmikogaleria.blogspot.com.ar>

Facebook (comunidad): <https://www.facebook.com/pages/C%C3%96SMIKO-Galer%C3%ADaClub/194407617279508?fref=ts>

Galería de Alborada. Facebook (página club): <https://www.facebook.com/pages/Centro-Cultural-Alborada/156133797821135?fref=ts>

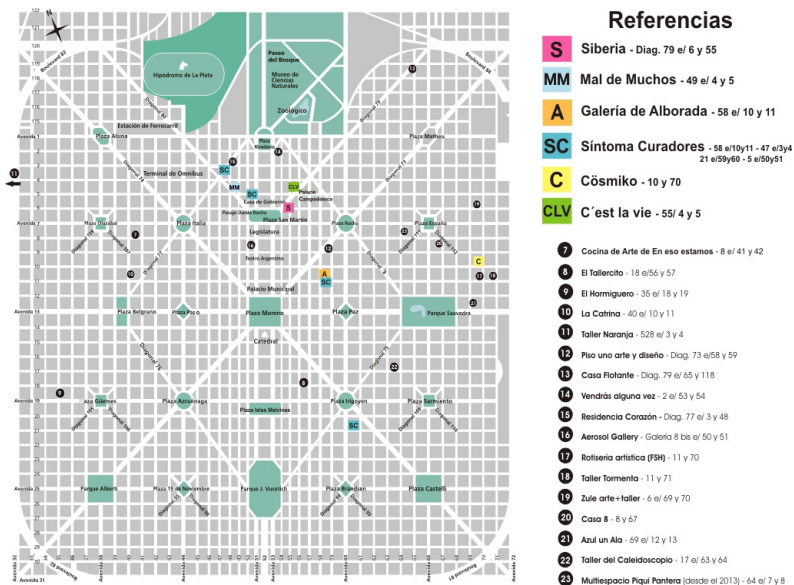
Síntoma curadores. Tumblr: <http://sintomacuradores.tumblr.com>

Facebook (página): <https://www.facebook.com/sintomacuradores>

Espacios culturales / apertura	Cantidad de muestras	Productores / expositores
<p>Galería Mal de Muchos</p> <p>Apertura: agosto de 2010</p>	<p>2011: 8 2012: 10</p>	<p>Paul Loubet, Gade, Felina Superheroína, Santi Casiasesino, Laura Pires y Andrés Ado. Muestra colectiva: Luxor (2) + Una Muñeca Rusa (2). Muestra colectiva "Chicos en el aire": Vanesa Antonucci, Melisa Rheingrüber, Valeria Vinograd, Fernando Piñeiro Muestra colectiva "Fantasías animadas": Mercedes Ferngani, Della Iglesias, Reina Ledesma, Amparo Villarreal Muestra colectiva "Música de cañerías": Andrés Ado, Andrés D'onofrio, Capital Potasio. Una Muñeca Rusa Muestra colectiva "Desde adentro": Luis Kimil Valle, Jus Justina, Luxor, Mica Azul. Jorge crowe (aka h.cosas) y Juan orozco (a.k.a. jago). Corina Arrieta y soyGarbincompraMiscuados. Muestra colectiva "Jardín ausente": Anilina, Gabriela Caregnato, Jazmin Varela, Lucila Piazzolla, Roberita, Sabrina Saucedo y Vic Vanni. Javi Punga. Muestra colectiva "Vista previa": Angela Corti, Dimas Meli, Lucía Delfino, María Luque. Valentino Tettamanti (también se presentó como muestra en "La Noche de los Museos").</p>
<p>Galería Club Còsmiko</p> <p>Apertura: agosto de 2010</p>	<p>2012: 10</p>	<p>Matias Perego y Felina Superheroína, Dardo Malatesta, Valentino Tettamanti, Pum Pum y Nerf, Vic y Alejandro Sordi, Tormenta. "La Noche de los Museos": Trastienda de obras.</p>
<p>Galería y Librería Siberia</p> <p>Apertura: mediados de 2012 Como "Isia" surgió en 2010. Apertura del local: 2011.</p>	<p>2011: 5 (en "Isia" y otros espacios) 2012: 5</p>	<p>Paul Loubet. Muestra "Forasteros". Florencia Cugat y Marcos Moreno. Estudio Bosque. Muestra colectiva "Las cosas que perduran, las cosas que enamoran" (en Cap. Fed.): Agustina Girardi, Antolin (Andrés Olgíatti), Bárbara Visconti, Corina Arrieta, Micaela Auzmendi, Paula Giorgi y Valentino Tettamanti. Irene Ripa Alsina y Sofía Wifazki (como Isia). Paula Giorgi (2). Mariela Vita y Magdalena Mujica. Laura Roldán (2) y Dani Lorenzo ("La Noche de los Museos"). Muestra colectiva "Fiesta": Agus Girardi, Ana Buffagni, Barbara Visconti, Corina Arrieta, Irene Ripa Alsina, Julia Dron, Juan Rux, Laura Roldán, Leticia Barbeito, Leonel Pñola, Mariel Uncal, Maru Funes, Noelia zussa, Paula Giorgi, Ro Giorgi, Romina Delligatti, Rosarito Salgado, Victoria Rebollo Pratts, Valentino Tettamanti.</p>

<p>Casa cultural C'est la vie</p> <p>Apertura: julio de 2011</p>	<p>2012: 14</p>	<p>Luxor, Banco de Suplentes y Paula Marcantoni, Ariadna Tepper, Chempes. Muestra colectiva: Florencia Del Gesso. Tomás Borgognoni, Pau Vitale, Marquitos Sanabria, Corazón Cartonero. Muestra del taller de fotografía, ilustración y dibujo. Intervención: Sato Cereceda. Exposición y pintura en vivo: Anilina Mágica. Muestra de colectivos artísticos: Escuadrón Uranio, Los de Acá, Plan Yoyega, Puchero Colectivo y Juantopo Corubi de Arte. Juan Borgognoni, Tatiana Juega y Alejandro Antón. Muestra colectiva: Valeria Mont, Ojo En Blanco, Sol Tavernini, Agustina Erpen. Muestra colectiva "Proyecto Trama", Vulpes Vulpes Ediciones, Florencia Desalvo, Francisco Medail, Mario Alberto Guzmán Cerdo, Marquitos Sanabria, Soledad Maggotti (La 7) Muestra colectiva "Hábitos": Georgina Colletti, Antonella Colletti, Micaela Barreto, Azalea del mar, Florencia Ortega, Misterberle, Sebastian Calcabrini, Julian Landini, Tatiana Catelani, Anabel Saldaqui, Mariana Klappenbach, Ivana Rinomo, Paula Saldaqui Jornada "Así se llega": Expo fotos: Lúla Bauer, Expo dibujos/pinturas: Eli Fidalgo y Ezequiel Dran, Pintura en vivo: Arena Bullicio Cómico. Muestra colectiva "Lumiere": Charly Montes, Flor Vendramín, Pilar Gómez Sánchez, Sofí Finkel, Wanda Loureiro.</p>
<p>Galería del club Alborada</p> <p>Apertura: abril de 2011</p>	<p>2011: 4 2012: 8</p>	<p>Pantufleta refrescante (3 ediciones), Luxor (2), Alién Lanzamidad y Manuel Rubín. Me Gusta (2 ediciones), Encuentro ZigZag. Curaduría de Sintoma: José Fraire, Arena, Ray Mund, Conz Camicasse</p>
<p>Sintoma Curadores</p> <p>Inicio: noviembre de 2011</p>	<p>2011: 1 2012: 7</p>	<p>Luxor (2), José Fraire, Arena, Ray Mund, Dani Lorenzo, Cons Camicaze. Muestra colectiva: Acra, Luxor, Nelson, Pantera. Ruta 5</p>

Cuadro 1. Espacios, muestras y productores. Período: años 2011 y 2012. Se pueden observar por un lado, el aumento de muestras realizadas entre los años y, por otro, la recurrencia y circulación por varios espacios de algunos productores como Luxor (6 muestras), Valentino Tettamanti (4 muestras), Tormenta / Paula Giorgi y Bárbara Visconti (4 muestras) y FelinaSuperHeroína (2), Daniel Lorenzo (2).



Mapa 1. Mapeo de localización de los espacios culturales. En el mismo se puede observar que la mayor cantidad se encuentran ubicados en el casco urbano de la ciudad de La Plata. Además, se aprecia la cercanía entre varios de ellos.

SOBRE LOS AUTORES

Gastón Cingolani

Es Licenciado en Comunicación Social (FPyCS-UNLP), Magíster en Diseño de Estrategias en Comunicación por la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y doctorando por la Universidad de Buenos Aires (FFyL, Lingüística). Es Profesor Adjunto de la asignatura Comunicación y Cultura de la FPyCS (UNLP), y Prof. Asociado de la asignatura Medios y Políticas de la Comunicación del Área Transdepartamental de Crítica de Artes - Instituto Universitario Nacional del Arte (IUNA), donde también dicta el seminario Introducción a las Teorías de la Experiencia Estética de la Maestría en Crítica y Difusión de las Artes. Desde 2007 dirige proyectos de investigación sobre mediatización. Publicó como editor el libro *Discursividad Televisiva* (Eduulp, 2006), además de numerosos artículos en publicaciones periódicas y libros.

Mariano Fernández

Es Licenciado en Comunicación Social (UNLP). Docente de la cátedra de Comunicación y Cultura de la FPyCS (UNLP) y de la de Medios y Políticas de la Comunicación del Área Transdepartamental de Crítica de Artes (IUNA). Becario doctoral del CONICET (IdIHCS-CISH, UNLP). Doctorando en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Su área de investigación es la mediatización de la política y, en ese marco, las relaciones entre sistema mediático y sistema político en la Argentina contemporánea. Miembro del Centro de Investigación en Mediatizaciones (UNR) y del Área de Estudios Políticos (IDIHCS/UNLP).

Matías David López

Es Licenciado y Profesor en Comunicación Social (FPyCS-UNLP). Actualmente es Doctorando en Comunicación Social (UNLP) y Becario doctoral del CONICET (ICom-FPyCS-UNLP). Docente del Liceo Víctor Mercante (UNLP) en el taller “Nuevas tecnologías y espacio público: territorios de intervenciones culturales”. Integrante del proyecto de investigación “Representaciones temporales y prácticas sociales: el cambio social a partir de la intervención en el espacio público” en el marco del Programa Nacional de Incentivos.

Vanina Papalini

Es Doctora en Ciencias de la Información y la Comunicación por la Universidad de París 8 y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magister en Comunicación y Cultura por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y Especialista en Filosofía y Crítica de la Cultura por la Universidad Nacional del Comahue. Es directora del programa “Transformaciones Culturales Contemporáneas”, un programa de investigación de doble dependencia que pertenece al Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad del CONICET y al Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Es investigadora adjunta del CONICET y profesora adjunta de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha publicado los libros *Anime. Mundos tecnológicos, animación japonesa e imaginario social*, editado por La Crujía y el libro colectivo *La comunicación como riesgo. Cuerpo y subjetividad*, editado por editorial Al Margen. Es directora de la revista científica *Astrolabio. Nueva Época*. Se ocupa también de la coordinación académica del Doctorado en Comunicación Social de la Escuela de Ciencias de la Informa-

ción de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha dictado cursos de posgrados en Comunicación en la Universidad de la República, la Universidad Autónoma de Barcelona, la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Quilmes y la Universidad Nacional de Córdoba, entre otras.

Nora Rabotnikof

Argentina, radicada en México. Es investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Entre sus principales publicaciones: *En busca del pasado perdido* (en colaboración), *Max Weber. Desencanto política y democracia*, *En busca de un lugar común: el espacio público en la teoría política contemporánea*, *Espacio público y democracia*, *La tenacité de la politique*, y numerosos artículos en temas de Filosofía Política. Ha sido profesora invitada en L Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (Paris), Universidad Carlos III (Madrid), Universidad Nacional de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, FLACSO (México, Ecuador y Chile).

Ramiro Segura

Es Licenciado en Antropología (UNLP) y Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Investigador del CONICET. Profesor de Antropología Social (UNLP) y Antropología Urbana (IDAES/UNSAM). Se especializa en el campo de la Antropología Urbana, sobre el cual ha dictado cursos, seminarios y conferencias. Ha publicado artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras. Publicó los libros *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (junto a Alejandro Grimson y Cecilia Ferraudi Curto; Prometeo, 2009) y *Ciudad, cultura y procesos de segre-*

gación urbana (junto a María Carman y Neiva Vieira Cunha; FLACSO Ecuador, en prensa). Actualmente realiza una estancia postdoctoral en la Red de Investigación sobre Desigualdades Interdependientes en América Latina (desigualdades.net), con sede en la Freie Universität Berlín (FU Berlín).

Soledad Stoessel

Es Licenciada en Sociología (FAHCE-UNLP), Magíster (en curso) en Ciencias Políticas (FLACSO-Ecuador). Becaria doctoral del CONICET en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales-Centro de Investigaciones Socio-Históricas (UNLP). Docente de la cátedra Opinión Pública en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

Sandra Valdetaro

Es Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de Rosario, Master en Ciencias Sociales por FLACSO y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario. Es Profesora Titular Ordinaria de la cátedra Epistemología de la Comunicación de la carrera de Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario. Es Directora del CIM (Centro de Investigaciones en Mediatizaciones) del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Es Directora de la Maestría en Estudios Culturales del CEI (Centro de Estudios Interdisciplinarios) de la Universidad Nacional de Rosario. Es Investigadora categoría 1. Dirige distintos proyectos de investigación y es autora de libros, capítulos de libros y artículos de su especialidad. Es docente de doctorados y maestrías en distintas universidades nacionales y extranjeras.

Mariano Vázquez

Es Periodista y Licenciado en Comunicación Social (FPyCS-UNLP). Doctorando en Comunicación Social (FPyCS-UNLP). Ayudante adscripto graduado en el Taller de tecnologías de la comunicación y en la materia Comunicación y Teorías.

El libro reflexiona acerca de la *temporalidad* de aquello que, tradicionalmente, se concibe como “espacio” público. Al mismo tiempo, toma como punto de partida la *inestabilidad* del estatuto de lo público, tensionado, como está, por la yuxtaposición entre las experiencias mediatizadas y no mediatizadas de la vida colectiva y por el debilitamiento de las perspectivas tradicionales, particularmente aquellas orientadas por pretensiones normativas. Se parte de una intuición sobre las formas del desplazamiento de lo público entre el mundo no mediático y el de la mediatización; y entre los imaginarios espaciales y la temporalidad de la experiencia social. En este sentido, el *umbral* remite a un imaginario espacio-temporal: un intermedio de entrada/salida en el cual también se puede permanecer, aunque no indefinidamente, y en el que quedan los rastros del pasaje entre un polo y el otro. Es decir: el *umbral* como respuesta a la pregunta sobre el estatus, la entidad, la localización, la duración, la emergencia o la dilución de lo público.

ISBN 978-950-34-1045-5



FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA